

JULIAN BARNES

La mesa limón



Lectulandia

En algún momento, todos, de repente, lo sabemos. Nos desvela en la mitad de la noche, nos enfurece, nos desespera. Podemos resignarnos, o empezar a correr contra el tiempo. Pero, y ya para siempre, tenemos la certeza de que somos mortales.

En estos cuentos de la mediana edad, los protagonistas han envejecido, y ya no pueden ignorar que sus vidas tendrán un final. Como el músico de «El silencio», aunque él habla antes de la vida y, después, de su último y final movimiento. En «Una breve historia de la peluquería», toda una vida se mide en los cortes de pelo del protagonista. «La de cosas que sabes» cuenta los secretos de dos mujeres que fueron jóvenes en los años sesenta y que saben demasiadas cosas la una de la otra, cosas que nunca podrían ser dichas en los encuentros que tienen cada mes. En «Higiene», un militar retirado que vive en provincias con su mujer, va todos los años a Londres, a su reunión anual con sus compañeros de promoción. Y desde hace veinte años, en cada uno de estos viajes se encuentra con Babs, una prostituta que es como su esposa paralela. El melómano de «Vigilancia» lleva a cabo una implacable campaña de acoso contra los que tosen en los conciertos, una campaña que tal vez no tenga que ver con el placer de la música, sino con las manías de la vejez. En «Corteza», Jean Étienne Delacour, un burgués de sesenta años del siglo XIX, empedernido jugador, apuesta a un seguro de vida que sólo será rentable si consigue sobrevivir a todos sus contemporáneos...

Lectulandia

Julian Barnes

La mesa limón

ePub r1.0

Sibelius 08.12.13

Título original: *The Lemon Table*

Julian Barnes, 2004

Traducción: Jaime Zulaika

Ilustración: «Limón (n.º 2)», Neal Brown, colección privada / Bridgeman Art Library

Editorial Anagrama, S. A., 2005

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Una breve historia de la peluquería

1

La primera vez, después de la mudanza, le acompañó su madre. En teoría para examinar al barbero. Como si la frase «corto por detrás y a los lados, y rebaje un poquito en la coronilla» pudiese significar algo distinto en aquel nuevo barrio. Él lo había puesto en duda. Todo lo demás parecía igual: el sillón de tortura, los olores quirúrgicos, el suavizador y la navaja plegada, no como una garantía, sino como una amenaza. Sobre todo, el torturador jefe era el mismo, un majara con las manos grandes que te empujaba la cabeza hacia abajo hasta que casi te partía la tráquea, y que te apretaba la oreja con un dedo de bambú. «¿Inspección general, señora?», dijo, untuoso, cuando hubo terminado. Su madre se había sacudido los efectos de la revista que estaba leyendo y se había levantado. «Muy bien», dijo vagamente, inclinándose sobre él, que olía a cosas. «La próxima vez vendrá él solo.» En la calle, le había frotado la mejilla, mirado con ojos perezosos y murmurado: «Pobre cordero esquilado.»

Ahora él iba a la barbería solo. Al pasar por delante de la inmobiliaria, la tienda de deportes y el banco con entramado de madera, se ejercitaba diciendo: «Corto por detrás y a los lados y rebaje un poquito en la coronilla.» Lo decía muy deprisa, sin la coma; había que recitar bien las palabras, como una plegaria. Llevaba un chelín y tres peniques en el bolsillo; encajó el pañuelo más adentro para que no se salieran las monedas. Le disgustaba que no se le autorizase a tener miedo. En el dentista era más sencillo: tu madre te acompañaba siempre y el dentista siempre te hacía daño, pero después te daba un caramelo de fruta por haber sido un buen chico, y al volver a la sala de espera fingías delante de los otros pacientes que estabas hecho de una pasta dura. Tus padres estaban orgullosos de ti. «¿Has estado en la guerra, compadre?», le preguntaba su padre. El dolor te introducía en el mundo de las expresiones adultas. El dentista decía: «Dile a tu padre que vales para ultramar. Él lo entenderá.» Así que volvía a casa y su padre decía: «¿Has estado en la guerra, compadre?», y él respondía: «El señor Gordon dice que valgo para ultramar.»

Se sintió casi importante al entrar empujando la puerta con energía de adulto. Pero el barbero se limitó a saludar con la cabeza, a señalar con el peine la hilera de sillas de respaldo alto y a reanudar sus manipulaciones encorvado sobre un vejete de pelo blanco. Gregory se sentó. La silla crujió. Le entraron ganas de hacer pis. Había a su lado un cubo de revistas que no se atrevió a explorar. Miró los mechones en el suelo, como nidos de hámster.

Cuando le llegó su turno, el barbero deslizó un grueso cojín de caucho en el asiento. El acto pareció insultante: Gregory llevaba pantalones largos desde hacía ya diez meses y medio. Pero aquello era típico: nunca estabas seguro de las normas, nunca sabías si torturaban a todo el mundo de la misma manera o si sólo era a ti.

Como ahora: el barbero estaba intentando estrangularle con la sábana, se la apretaba fuerte contra el cuello y luego le metía un paño dentro del cuello de la camisa. «¿Qué se le ofrece hoy, joven?» El tono insinuaba que una cochinilla ignominiosa e impostora como Gregory se había colado en el local por una serie imprecisa de motivos distintos.

Tras una pausa, Gregory dijo:

—Un corte de pelo, por favor.

—Bueno, me parece que has venido al sitio apropiado, ¿no?

El barbero le dio un golpecito con el peine en la coronilla; no un golpe doloroso, pero tampoco suave.

—Corto-por-detrás-y-a-los-lados-y-rebaje-un-poquito-en-la-coronilla.

—Marchando —dijo el barbero.

Sólo atendían a chicos a ciertas horas de la semana. Había un anuncio que decía «Chicos: sábado por la mañana no». De todos modos, como el sábado por la tarde estaba cerrado, habría podido decir que no admitían a chicos los sábados. Los chicos tenían que ir cuando no iban los hombres. Por lo menos, los hombres con un trabajo. Él iba a veces cuando los demás clientes eran jubilados. Había tres peluqueros, todos de mediana edad, con batas blancas, que dividían su tiempo entre jóvenes y viejos. Untaban de brillantina a los vejetes carrasposos, entablaban con ellos conversaciones misteriosas y alardeaban de su habilidad con las tijeras. Los vejestorios llevaban abrigo y bufanda incluso en verano, y dejaban propina al marcharse. Gregory observaba la transacción con el rabillo del ojo. Un hombre le daba dinero a otro, y en el apretón de manos secreto los dos fingían que no había habido un intercambio.

Los chicos no daban propina. Quizá por eso los barberos los odiaban. Pagaban menos y no daban propina. Tampoco se estaban quietos. O, al menos, lo estaban si sus madres les decían que se estuviesen quietos, pero esto no impedía que el barbero les aporrease la cabeza con una palma tan sólida como la cara plana de una hachuela, murmurando: «Estáte *quieto*.» Corrían rumores de que había chicos a los que les habían rebanado la punta de las orejas porque no se estaban quietos. A las navajas las llamaban degolladoras. Todos los barberos estaban majaras.

—Lobezno, ¿no?

Gregory tardó un rato en comprender que se dirigía a él. Luego no supo si mantener la cabeza gacha o mirar al barbero en el espejo. Al final mantuvo la cabeza gacha y dijo:

—No.

—¿Ya eres boy scout?

—No.

—¿Cruzado?

Gregory no sabía lo que significaba. Empezó a levantar la cabeza, pero el barbero

le dio un golpe con el peine en la coronilla. «Estáte *quieto*, te he dicho.» Gregory tenía tanto miedo del majara que no pudo responder, lo que el barbero interpretó como una negativa.

—Una gran organización, los cruzados. Piénsatelo.

Gregory pensó en que le rajaban curvas espadas sarracenas, en que le ataban a un poste en el desierto y le comían vivo las hormigas y los buitres. Entretanto, se sometió a la fría tersura de las tijeras, siempre frías aunque no lo estuvieran. Con los ojos bien cerrados, sobrellevó el tormento de los pelos picajosos que le caían sobre la cara. Sentado en el sillón, sin mirar, estaba convencido de que el barbero debería haber dejado de cortar hacía siglos, pero como estaba tan majara era probable que siguiera rapándole hasta dejar a Gregory calvo. Todavía faltaba pasar la navaja por el cuero para suavizarla, lo cual quería decir que iban a rebanarte la garganta: la sensación seca y rasposa de la hoja junto a las orejas y la nuca; el matamoscas que te metían en los ojos y la nariz para barrer los pelos.

Estos eran los toques que te estremecían cada vez. Pero había siempre algo más espeluznante. Él sospechaba que era algo soez. Las cosas que no conoces o que están hechas para que no las conozcas suelen resultar soeces. Como el poste del barbero: soez, a todas luces. La barbería adonde iba antes sólo tenía una tabla vieja de madera pintada, con colores todo alrededor. El de aquí funcionaba con electricidad y no paraba de dar vueltas, como un remolino. Algo todavía más soez, pensó. Luego estaba el cubo lleno de revistas. Seguro que algunas de ellas eran soeces. Todo era soez si querías que lo fuese. Era la gran verdad sobre la vida que él acababa de descubrir. Tampoco le importaba. A Gregory le gustaban las cosas soeces.

Sin mover la cabeza, miró en el espejo contiguo al jubilado que estaba dos sillones más allá. Había estado cotorreando con esa voz alta que siempre tenían los vejetes. Ahora el barbero, encorvado sobre él, le estaba cortando pelos de las cejas con un par de tijeras pequeñas de punta redonda. Hizo lo mismo con los orificios nasales y luego con las orejas. Le extraía de ellas grandes hebras. Qué asquerosidad. Por último, el barbero empezó a untar de polvos con un cepillo la nuca del viejales. ¿Para qué eran los polvos?

El torturador jefe sacaba ahora la maquinilla. Era otra de las cosas que a Gregory no le gustaban. A veces utilizaban maquinillas manuales, como abrelatas, que chirrían y rechinan alrededor del cráneo hasta que te abren los sesos. Pero aquella era eléctrica, todavía peor, porque te podían electrocutar con ella. Se lo había imaginado centenares de veces. El barbero se distrae parlotando, no se entera de lo que está haciendo, te odia, de todos modos, porque eres un chico, te corta un cacho de oreja, la sangre fluye sobre la maquinilla, se produce un cortocircuito y te quedas electrocutado allí mismo. Debe de haber sucedido millones de veces. Y el barbero siempre sobrevivía porque llevaba zapatos con suela de goma.

En la escuela nadaban desnudos. El señor Lofthouse llevaba un taparrabos y no se le veía la pilila. Los chicos se quitaban toda la ropa, se duchaban por si tenían piojos o verrugas o cosas así, o porque olían mal, como en el caso de Wood, y se lanzaban a la piscina. Dabas un gran salto hacia arriba y al aterrizar el agua te daba en las pelotas. Como era algo soez, procurabas que el profe no te viera hacer esto. El agua te ponía las pelotas muy duras, con lo cual la minga sobresalía más, y después todos se secaban con una toalla y se miraban unos a otros sin mirar, como de reojo, como en el espejo de la barbería. Todos los alumnos de la clase tenían la misma edad, pero algunos seguían siendo calvos ahí abajo; algunos, como Gregory, tenían una especie de franja de vello en la parte de arriba, pero nada en los huevos; y algunos, como Hopkinson y Shapiro, eran ya tan velludos como un hombre, y con un vello de un tono más oscuro, más moreno, como el de papá una vez que había fisgado desde el mingitorio de al lado. Por lo menos él tenía *algo* de vello, no como Hall y Wood y el lampiño de Bristowe. Pero ¿de dónde lo habían sacado Hopkinson y Shapiro? Todo el mundo tenía pilila, pero ellos dos tenían ya un badajo.

Tenía ganas de mear. No podía. Tenía que pensar en otra cosa. Podía aguantar hasta que llegase a casa. Los cruzados combatieron contra los sarracenos y liberaron del infiel la Tierra Santa. ¿Como el infidel Castro, señor? Era uno de los chistes de Wood. Llevaban cruces en la tela sobre la armadura. La cota de malla debía de dar calor en Israel. Tenía que dejar de pensar en que ganaría una medalla de oro en un torneo de a ver quién meaba más alto contra una pared.

—¿Vives aquí? —dijo de pronto el barbero. Por primera vez, Gregory le miró como es debido en el espejo. Cara roja, bigotito, gafas, pelo del mismo color amarillento que una regla del cole. *Quis custodiet ipsos custodes*^[1], les habían enseñado en clase. Entonces, ¿quién corta el pelo a los peluqueros? Se veía a la legua que aquél, aparte de majara, era un perverso. Todo el mundo sabía que había millones de perversos sueltos. El monitor de natación era uno de ellos. Después de clase, cuando todos estaban tiritando con la toalla encima y las pelotas tiesas y las pililas y los dos badajos que sobresalían, Lofthouse recorría andando toda la longitud de la piscina, se subía al trampolín, hacía una pausa hasta que todos le prestaban atención, con sus músculos enormes y el tatuaje y los brazos extendidos, y el taparrabos atado con cuerdas alrededor de las nalgas, respiraba hondo, se zambullía y buceaba un largo entero. Veinticinco metros buceando. Tocaba la pared, emergía y todos aplaudían —aunque lo hiciesen sin ganas—, pero él no se inmutaba y practicaba diferentes estilos. Era un perverso. Probablemente lo eran la mayoría de los profesores. Había uno que llevaba anillo de boda. Eso demostraba que lo era.

Y éste también. «¿Vives en el barrio?», estaba diciendo otra vez. Gregory no iba a picar el anzuelo. El barbero iría a verle para que se alistase en los scouts o los cruzados. Luego le preguntaría a mamá si podía llevarse a Gregory a una acampada

en el bosque; sólo que habría una sola tienda y le contaría a Gregory historias de osos, y aunque en clase habían estudiado geografía y sabía que los osos se habían extinguido en Gran Bretaña, allá por la época de las cruzadas, si el pervertido le decía que había un oso él casi se lo creería.

—No por mucho tiempo —contestó Gregory. Al instante se dio cuenta de que no era una respuesta muy sagaz. Acababan de mudarse al barrio. El barbero le lanzaría pullas cuando él siguiese yendo a la barbería durante años y años. Gregory lanzó una mirada al espejo, pero el pervertido no delataba nada. Estaba dando un último tijeretazo distraído. Luego hundió las manos en el cuello de Gregory y lo sacudió para asegurarse de que le cayese la mayor cantidad de pelo posible dentro de la camisa.

—Piensa en los cruzados —dijo, cuando empezaba a quitarle la sábana—. Podría interesarte.

Gregory se vio renacer debajo del sudario, sin más cambios que en las orejas, ahora más salientes. Empezó a deslizarse hacia delante sobre el cojín de caucho. El peine le golpeó la coronilla, más recio ahora que tenía menos pelo.

—No tan deprisa, jovencito.

El barbero recorrió de un lado a otro la estrecha barbería y volvió con un espejo oval como una bandeja. Lo bajó para que Gregory se viese la nuca. Él miró al primer espejo, vio el reflejo en el segundo, volvió a mirar el primero. No era su nuca. La suya no era así. Notó que se sonrojaba. Tenía ganas de mear. El pervertido le estaba enseñando la nuca de otra persona. Magia negra. Gregory miró y remiró, cada vez más colorado, la nuca de otra persona, toda afeitada y esculpida, hasta que comprendió que la única manera de volver a casa era seguirle el juego al barbero, y entonces echó una última ojeada a aquel cráneo ajeno, alzó una mirada intrépida hacia la parte superior del espejo, hacia las gafas indiferentes del barbero y dijo, en voz baja: «Sí.»

El peluquero echó un vistazo, con un desprecio cortés, y pasó un cepillo exploratorio por el pelo de Gregory: como si, en el fondo de aquella maleza, pudiese haber una raya perdida hacía mucho tiempo, como una senda de peregrinos medievales. Un displicente floreo del cepillo desplazó la masa de pelo sobre los ojos de Gregory y hasta la barbilla. Por debajo de aquella cortina súbita, pensó: Que te jodan, tío. Estaba allí únicamente porque Allie ya no le cortaba el pelo. Bueno, por el momento, en todo caso. Evocó de ella un recuerdo apasionado: él en la bañera, ella le lavaba el pelo y luego se lo cortaba mientras él estaba sentado. Él quitaba el tapón y ella le cepillaba los pelos cortados con la alcachofa de la ducha, jugando con el chorro, y cuando él se levantaba ella, la mayoría de las veces, le chupaba la polla, así, como si nada, al mismo tiempo que le sacudía los últimos pelos. Sí.

—¿Algún sitio... en especial..., señor?

El tío fingía que se daba por vencido en su búsqueda de una raya.

—Córtelo hacia atrás.

Gregory dio un cabezazo vengativo para que el pelo volviera a su sitio sobre la coronilla. Sacó las manos de la fina sábana de nailon, se peinó con los dedos como estaba antes y luego se ahuecó el pelo. Igual que lo tenía cuando entró en el local.

—¿Cómo de largo..., señor?

—Un palmo más abajo del cuello. Por los lados hasta el hueso, hasta aquí.

Señaló la línea con los dedos corazón.

—¿Y quiere un afeitado, ya que estamos?

Un puto descarado. *Eso* es lo que es un afeitado en estos tiempos. Sólo los abogados, los ingenieros y los guardas forestales hurgaban en sus neceseres todas las mañanas y se abrían tajos en el rastrojo de barba, como calvinistas. Gregory se colocó de costado ante el espejo y se examinó con los ojos entornados.

—A ella le gusta así —dijo, a la ligera.

—Casado, ¿eh?

Ojo, cabronazo. No me vaciles. No ensayes conmigo el rollo de la complicidad. A menos que seas marica. No es que yo tenga nada contra ellos. Estoy a favor de la libertad de elección.

—¿O está ahorrando para ese suplicio?

Gregory no se molestó en contestar.

—Veintisiete años de casado, servidor —dijo el tío, al dar los primeros cortes—. La cosa tiene altibajos, como todo.

Gregory gruñó de un modo más o menos expresivo, como en el dentista cuando tienes la boca llena de hierros y el mecánico insiste en contarte un chiste.

—Dos críos. Bueno, el chico ya es mayor. La chica todavía vive en casa. Crecerá

y se irá antes de que nos demos cuenta. Al final todos ahuecan el ala.

Gregory miró al espejo, pero el tío no le estaba buscando la mirada: sólo cortaba, con la cabeza gacha. Quizá no fuese un mal tío. Aparte de ser un pelma. Y, por supuesto, su psicología sufría la deformación terminal causada por decenios de complicidad en el nexo de la explotación entre amo y siervo.

—Pero quizá usted no sea de los que se casan, señor.

Ésta sí que es buena. ¿Quién acusa a quién de ser marica? Siempre había aborrecido a los peluqueros, y aquél no era una excepción. Puto marido provinciano con dos-coma-cuatro hijos, paga la hipoteca, lava el coche y lo guarda en el garaje. Una bonita parcela de jardín al lado de la vía del tren, mujer con cara de perro chato tendiendo la colada en uno de esos tendederos de metal, sí, sí, ya veo. Seguro que él juega de árbitro los sábados por la tarde en alguna liga de mierda. No, ni siquiera de árbitro, sólo de linier.

Gregory se percató de que el tío hacía una pausa, como si aguardase una respuesta. ¿Quería una respuesta? ¿Qué derecho tenía a pedirla? Vale, vamos a meterle en cintura.

—El matrimonio es la única aventura accesible a los cobardes.

—Sí, bueno, seguro que usted es más inteligente que yo, señor —contestó el peluquero, en un tono que obviamente no era afable—. Por haber ido a la universidad.

Gregory se limitó a gruñir de nuevo.

—No soy quién para juzgar, claro, pero me parece que las universidades enseñan a los estudiantes a despreciar más cosas de las que debieran. Al fin y al cabo, las pagamos con nuestro dinero. Pero me alegro de que mi chico fuera a la politécnica. No le ha venido mal. Ahora gana buena pasta.

Sí, sí, suficiente para mantener a los siguientes dos-coma-cuatro hijos y para tener una lavadora un poco más grande y una mujer un poco menos perruna. Bueno, había gente así. Puñetera Inglaterra. Pero todo aquello iba a ser erradicado. Y los primeros en desaparecer serían estos locales retrógrados de amo y siervo, conversación forzada, conciencia de clase y propinas. Gregory no era partidario de dejar propina. Lo consideraba un refuerzo de la sociedad respetuosa, tan degradante para quien la da como para quien la recibe. Degradaba las relaciones sociales. De todas formas, él no se la podía permitir. Y, además, qué coño iba a darle propina a un tijeras que le acusaba de ser un chupapollas.

Estos capullos eran una especie en extinción. Había sitios en Londres diseñados por arquitectos, donde ponían los últimos éxitos en un equipo de sonido funky, mientras un esquilador te rebajaba el pelo y lo adaptaba a tu personalidad. Costaba un riñón, por lo visto, pero era mejor que *esto*. No era de extrañar que el local estuviese vacío. Una radio de baquelita rajada en una estantería alta estaba emitiendo música de

té danzante. Deberían vender bragueros, corsés ortopédicos y suspensorios. Acaparar el mercado de prótesis. Piernas de madera, ganchos de acero para manos cercenadas. Y pelucas, por supuesto. ¿Por qué los peluqueros no vendían pelucas? Al fin y al cabo, los dentistas vendían dientes postizos.

¿Qué edad tendría aquel pollo? Gregory lo miró: huesudo, con ojos despavoridos, un corte de pelo absurdamente corto y alisado con gomina. ¿Ciento cuarenta tacos? Probó a calcularla. Veintisiete años de casado. ¿Cincuenta, entonces? Cuarenta y cinco si la dejó embarazada en cuanto se la sacó. Si es que alguna vez fue tan intrépido. El pelo ya entrecano. Seguramente también el vello púbico. ¿Encanecía el vello púbico?

El peluquero terminó la fase de poda, dejó caer las tijeras, de un modo insultante, en un vaso de desinfectante, y sacó otro par más pequeño y grueso. Chic, chic. Pelo, piel, carne, sangre, todo tan cerca, cojones. Barberos-sangradores es lo que habían sido en los viejos tiempos, cuando la cirugía significaba una carnicería. La cinta roja alrededor del poste tradicional de los barberos indicaba la tira de tela que te enrollaban en el brazo cuando te sangraban. En su enseña comercial había también un cuenco, el cuenco donde caía la sangre. Ahora han abandonado todo aquello y se han hecho peluqueros. Propietarios de un huerto, que sangran la tierra en lugar de un antebrazo extendido.

Todavía no lograba comprender por qué Allie le había plantado. Dijo que era demasiado posesivo, que no la dejaba respirar, que estar con él era como estar casada. No me hagas reír, dijo él: estar con ella era como estar con alguien que salía con otra media docena de tíos al mismo tiempo. Justo a eso me refiero, dijo ella. Te quiero, dijo él, con súbita desesperación. Era la primera vez que se lo decía a alguien, y supo que era un error. Uno lo decía cuando se sentía fuerte, no débil. Si me quisieras me comprenderías, contestó ella. Bueno, entonces respira y vete a tomar por el culo, había dicho él. Sólo fue una pelea, nada más que una estúpida y puñetera pelea. No tenía importancia. Excepto que habían roto.

—¿Le pongo algo en el pelo, señor?

—¿Qué?

—¿Algo en el pelo?

—No. No hay que alterar la naturaleza.

El peluquero suspiró, como si en los últimos veinte minutos la hubiese estado contaminando, y como si en el caso de Gregory aquella injerencia absolutamente necesaria hubiera acabado en una derrota.

El fin de semana por delante. Corte de pelo, camisa limpia. Dos fiestas. Esta noche, compra comunitaria de un barril de cerveza. Ponerse ciego y a ver qué pasa: es la idea que tengo de no alterar la naturaleza. Ay. No. Allie. Allie, Allie, Allie. Átame el brazo. Te extiando las muñecas, Allie. Donde tú quieras. No con propósitos

médicos, pero clava la lanceta. Adelante, si lo necesitas. Sángrame.

—¿Qué ha dicho del matrimonio hace un momento?

—¿Eh? Ah, que es la única aventura accesible a los cobardes.

—Pues si permite que le diga algo, señor, a mí el matrimonio siempre me ha ido muy bien. Aunque claro que usted, como ha estado en la universidad, es más inteligente que yo.

—Era una cita —dijo Gregory—. Pero le tranquilizará saber que la autoridad que dijo eso era un hombre más inteligente que nosotros dos.

—Tanto que no creía en Dios, me figuro.

Sí, *tanto*, quiso decir Gregory, *tan inteligente como eso*. Pero algo le contuvo. Sólo se atrevía a negar la existencia de Dios cuando estaba entre escépticos como él.

—Y, si me permite preguntar, señor, ¿era de los que no se casan?

Uf. Gregory lo pensó. No había habido una esposa, ¿verdad? Exclusivamente amantes, estaba seguro.

—No, creo que no era de los que se casan, como usted dice.

—Entonces, señor, ¿quizá no fuese un experto?

En los viejos tiempos, reflexionó Gregory, las barberías habían sido lugares de mala fama, donde individuos ociosos se reunían para contarse las últimas noticias, y donde tocaban el laúd y la viola para esparcimiento de los clientes. Todo aquello volvía ahora, por lo menos en Londres. Lugares llenos de cotilleo y de música, regentados por estilistas cuyo nombre salía en las páginas mundanas. Primero unas chicas con suéter negro te lavaban el pelo. Guau. No tener que lavarte el pelo antes de ir a que te lo corten. Al entrar saludabas con la mano y te sentabas con una revista.

El experto en el matrimonio sacó un espejo y le mostró dos vistas gemelas de su obra. No estaba mal, tuvo que admitir, corto por los lados, largo por detrás. No como algunos tipos de la facultad, que se dejaban crecer el pelo por todas partes a la vez, barbas que parecían broza de una ciénaga, antiguas patillas de boca de hacha, a la usanza inglesa, cascadas grasientas cayendo por detrás, lo que se te ocurra. No, el lema de Gregory era alterar la naturaleza sólo un poquito. La tirantez constante entre la naturaleza y la civilización era lo que nos mantenía alerta. Aunque, por supuesto, así no se hacía nada más que eludir la cuestión de cómo defines la naturaleza y cómo la civilización. No era tan sencillo como elegir entre la vida de un animal y la de un burgués. Tenía que ver más bien con..., bueno, toda clase de cosas. Sintió una aguda añoranza de Allie. Sángrame, y luego átame. Si la recuperaba sería menos posesivo. Aunque para él, cuando vivían juntos, aquello había sido como ser una pareja. Al principio a ella le había gustado. Bueno, no había puesto objeciones.

Se percató de que el peluquero seguía sosteniendo el espejo.

—Sí —dijo, con desgana.

El espejo fue depositado sobre su cara reflectante y desatada la fina sábana de

naïlon. Un cepillo le barrió de parte a parte el cuello. A él le hizo pensar en un batería de jazz con la muñeca floja. Pishh, pishh. Quedaba cantidad de vida por delante, ¿no?

La peluquería estaba vacía y de la radio seguía saliendo un quejido pegajoso, pero aun así fue una voz baja, cerca de su oreja, la que sugirió:

—¿Algo para el fin de semana, señor?

Tuvo ganas de decir que sí, un billete de tren a Londres, una cita con Vidal Sassoon, un paquete de salchichas para una barbacoa, una caja de cervezas, unos cuantos cigarrillos de hierba, música que te adormezca la mente y una mujer a la que yo le guste de verdad. Pero bajó la voz y respondió:

—Un paquete de condones, por favor.

Conchabado por fin con el peluquero, salió al día radiante reclamando que empezara el fin de semana.

Antes de salir, entró en el cuarto de baño, sacó el espejo de afeitarse del brazo extensible, lo colocó en el lado del maquillaje y sacó el cortaúñas del neceser. Primero se recortó unos pelos largos y espesos de las cejas, después se ladeó ligeramente para verse las orejas a la luz y dio un par de tijeretazos. Algo deprimido, levantó la nariz y examinó las aberturas del túnel. No había nada de una longitud exuberante; no por el momento. Humedeció una punta de la toalla y se restregó detrás de las orejas, rastrilló con un movimiento circular los conductos cartilagosos y dio un toque final a las grutas cerosas. Al mirarse en el espejo, tenía las orejas de un color rosa vivo, a causa de la presión, como si fuera un chico asustado o una estudiante que tiene miedo de besar.

¿Cómo se llamaba la excrecencia que blanquea tu toalla mojada? Costra de la oreja, la llamaba él. Quizá los médicos tuviesen un término técnico. ¿Había infecciones de hongos detrás de las orejas, el equivalente auricular del pie de atleta? No era muy probable: era una zona demasiado seca. Quizá costra, por lo tanto, valía; y quizá todo el mundo tenía un nombre particular para ella y no hacía falta un término común.

Qué extraño que nadie hubiese inventado un nombre nuevo para los podadores y los esquiladores. Primero barberos, después peluqueros. Pero ¿cuándo fue la última vez que llevaste una peluca al peluquero? ¿Estilistas? Suena pijo. ¿Un tijeras? Chistoso. También lo era la expresión que ahora empleaba con Allie. «Me voy al Barnet», anunciaba él.

—Tengo cita a las tres con Kelly.

Una ña azul descendió por una lista de mayúsculas a lápiz. «Sí. ¿Gregory?»

Él asintió. La primera vez que reservó por teléfono y le preguntaron su nombre respondió: «Cartwright.» Como ahora hubo una pausa, dijo: «Cartwright», antes de comprender el motivo de la pausa. Ahora vio su nombre boca abajo en el libro: GREGGORY.

—Kelly le atenderá dentro de un minuto. Le lavamos ahora mismo.

Al cabo de todos aquellos años, todavía no se acomodaba bien a la postura. Quizá le estaba menguando la columna vertebral. Con los ojos entornados, tanteaba con la nuca el borde de la palangana. Era como nadar de espaldas sin saber dónde estaba el borde de la piscina. Y allí estabas, con el cuello apoyado en la fría porcelana y la garganta al aire. La cabeza hacia atrás, aguardando el filo de la guillotina.

Una chica gorda, con manos indiferentes, le dio el palique habitual —«¿Demasiado caliente?» «¿Ha estado de vacaciones?» «¿Acondicionador?»—, al tiempo que intentaba impedir, con la palma ahuecada y sin muchas ganas, que entrase agua en los oídos de Gregory. Al cabo de los años, él había adoptado en el Barnet una

pasividad divertida a medias. La primera vez que una de las aprendizas de cara colorada le había preguntado «¿Quiere acondicionador?», él había respondido: «¿Qué opina usted?», creyendo que la visión superior que ella tenía de su cuero cabelludo le otorgaba un juicio más objetivo sobre la cuestión. Una lógica fría sugería que algo llamado «acondicionador» sólo podía mejorar el estado de tu pelo; por otra parte, ¿por qué lo preguntaban si no existía una respuesta válida? Pero pedir consejo sólo servía para confundir y suscitar la cautelosa respuesta: «Es cosa suya.» Así que se contentaba con decir «Sí» o «Hoy no, gracias», según se le antojase. Y según también lo buena o mala que fuese la chica en evitar que le entrara agua en los oídos.

Ella, vigilante, casi le guio hasta el sillón, como si el chorro fuese un estado parecido a la ceguera.

—¿Quiere un té, un café?

—Nada, gracias.

La verdad, no es que hubiera laúdes y violas y una parroquia de paisanos ociosos contándose las últimas noticias. Pero sí había una música ensordecedora, una bebida a elegir y un buen surtido de revistas. ¿Qué habría sido de *Reveille* y *Tit-Bits*, que los vejetes leían en los tiempos en que él se moría de vergüenza sobre el cojín de caucho? Cogió un número de *Marie Claire*, una de las revistas femeninas que estaba bien visto que leyera un tío.

—Hola, Gregory, ¿cómo te va?

—Bien. ¿Y a ti?

—No me quejo.

—Kelly, me gusta tu corte.

—Sí. Ya ves, estaba aburrida.

—Me gusta. Es bonito, te queda bien. ¿A ti te gusta?

—No sé decirte.

—No, es precioso.

Ella sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Sabía bandearse en aquel rollo, las bromas de cliente, medio en chanza, medio en serio. Sólo había tardado unos veinticinco años en dar con el tono correcto.

—¿Qué va a ser hoy?

Él levantó la mirada hacia el reflejo de ella en el espejo, una chica alta cuya coleta a él, en realidad, no le gustaba; en su opinión, le hacía la cara demasiado angulosa. Pero ¿qué sabía él? A él le tenía sin cuidado su propio pelo. Kelly era una presencia relajante que había comprendido enseguida que no quería que le preguntasen por sus vacaciones.

Como él no respondió de inmediato, ella dijo:

—¿Nos damos un lujo y hacemos lo mismo que la última vez?

—Buena idea.

Lo mismo que la última vez y que la siguiente y que la próxima.

El salón tenía una atmósfera parecida a la de un alegre pabellón de pacientes externos que no sufrían nada grave. Aun así, la soportaba; las aprensiones sociales habían desaparecido hacía mucho tiempo. Los pequeños triunfos de la madurez. «Así pues, Gregory Cartwright, haznos la crónica de tu vida hasta la fecha.» «Bueno, ya no tengo miedo a la religión ni a los barberos.» Nunca se había afiliado a los cruzados, fueran lo que fuesen; en los colegios y en la facultad había eludido a los evangelizadores de ojos ardientes; ahora sabía lo que tenía que hacer cuando sonaba el timbre un domingo por la mañana.

—Será Dios —le decía a Allie—. Yo me ocupo.

Y allí, en el umbral, había una pareja peripuesta y educada, uno de ellos a menudo era un negro, a veces acompañados de un niño angelical, y que ofrecía un exordio nada beligerante, como por ejemplo: «Vamos de casa en casa preguntando a la gente si le preocupa el estado del mundo.» El truco estaba en evitar tanto el sí sincero como el no engreído, porque entonces les dejabas un hueco por donde abordarte. Así que les dedicaba una sonrisa hogareña y cortaba en seco: «¿Religión?» Y antes de que ellos pudieran decidir si la respuesta correcta a su brutal intuición era sí o no, Gregory ponía punto final a la entrevista con un enérgico: «Que haya más suerte en la puerta de al lado.»

En realidad, no le desagradaba que le lavasen el pelo. Pero lo demás era un mero proceso. Sólo le procuraba un placer ligero el contacto corporal que es tan frecuente hoy día. Kelly apoyaba una cadera inadvertida contra la región superior del brazo de Gregory, o bien había un roce con alguna otra zona del cuerpo de Kelly; y ella no llevaba mucha ropa, que digamos. Tiempo atrás, habría pensado que aquello sólo le ocurría a él, y habría agradecido la sábana que le cubría las rodillas. Hoy ni siquiera le distraía del *Marie Claire*.

Kelly le estaba contando que había solicitado un empleo en Miami. En los cruceros. Navegabas cinco días, una semana, diez días, y luego te dejaban desembarcar para gastarte el dinero que habías ganado. Tenía una amiga trabajando allí en aquel momento. Parecía divertido.

—Estupendo —dijo él—. ¿Cuándo te vas?

Pensó: Miami es violento. Tiroteos. Cubanos. Vicio. Lee Harvey Oswald. ¿No será peligroso para ella? ¿Y el acoso sexual en los transatlánticos? Era una chica de buen ver. Lo siento, *Marie Claire*, quería decir mujer. Pero chica en un sentido, porque despertaba pensamientos cuasi paternales en alguien como él: alguien que se quedaba en casa, iba al trabajo y a cortarse el pelo. Reconocía que su vida había sido una larga aventura cobarde.

—¿Qué edad tienes?

—*Veintisiete* —dijo Kelly, como si fuera el páramo final de la juventud. Si no

tomaba medidas de inmediato, su vida estaría comprometida para siempre; un par de semanas más la convertirían en un vejestorio como aquel con rulos de la otra punta del salón.

—Tengo una hija casi de tu edad. Bueno, tiene veinticinco. Es decir, tenemos otro. Tenemos dos hijos.

No parecía que lo expresase bien.

—Entonces, ¿cuántos años llevas casado? —preguntó Kelly, con un asombro cuasi matemático.

Gregory alzó la mirada para verla en el espejo.

—Veintiocho años.

Ella esbozó una sonrisa jubilosa ante la idea de que alguien hubiera podido estar casado durante el enorme período transcurrido desde que ella había llegado al mundo.

—El mayor ya se ha ido de casa, por supuesto —dijo—. Pero Jenny vive todavía con nosotros.

—Qué bien —dijo Kelly, pero él vio que estaba aburrída. Aburrída de él, concretamente. No era más que otro carroza de pelo cada vez más fino y escaso que pronto tendría que peinarse con mayor cuidado. A mí dame Miami, y deprisa.

A Gregory le asustaba el sexo. Ésa era la verdad. No había llegado a saber de qué iba. Lo disfrutaba cuando ocurría. Se figuraba que con el paso del tiempo lo practicaría cada vez menos, y luego, al llegar a cierto punto, nada en absoluto. Pero no era esto lo que le asustaba. Tampoco era algo relacionado con la explicitud abrumadora con que las revistas hablaban del tema. Cuando eran más jóvenes habían conocido su propia explicitud abrumadora. En aquel tiempo todo parecía perfectamente claro e intrépido, cuando él se levantaba en la bañera y ella se metía la polla en la boca. Todo aquello había sido normal y de una autenticidad imperativa. Ahora se preguntaba si no lo habría entendido siempre mal. No sabía de qué iba el sexo. Pensaba que nadie lo sabía, lo cual no arreglaba las cosas. Tuvo ganas de aullar. De aullarle al espejo y de verse aullar.

Kelly tenía ahora la cadera contra el bíceps de Gregory: no el borde, sino la curva interior de la cadera. Al menos conocía la respuesta a una de sus preguntas juveniles: sí, el vello púbico encanece.

No le preocupaba la cuestión de la propina. Tenía un billete de veinte libras. Diecisiete para el corte, una para la chica que le había lavado el pelo y dos para Kelly. Y por si acaso habían subido el precio, siempre se acordaba de llevar una libra de más. Comprendió que él era de esas personas. El hombre con una libra de más en el bolsillo.

Kelly había terminado y se había colocado directamente detrás. Sus pechos aparecían a ambos lados de la cabeza de Gregory. Le cogió sendas patillas entre el pulgar y el índice y miró a otro lado. Era una argucia suya. Como todo el mundo tiene

la cara un poco ladeada, le había dicho a Gregory, si juzgas con los ojos acabas equivocándote. Ella juzgaba por medio del tacto, mirando hacia la caja y la calle. Hacia Miami.

Satisfecha, cogió el secador y, toqueteando con los dedos, fue forjando un efecto de soufflé que duraría hasta la noche. Ahora trabajaba con piloto automático, y probablemente se preguntaba si tendría tiempo de salir fuera a fumarse un pitillo antes de que le confiaran la siguiente cabeza mojada. Así que todas las veces se olvidaba y cogía el espejo.

Había sido una audacia de Gregory, años atrás. Rebelarse contra la tiranía del puñetero espejo. Este lado, el otro. En los más de cuarenta años que llevaba yendo a la barbería, la peluquería y el estilista, reconociese o no su nuca, siempre había asentido dócilmente. Asentía con una sonrisa, veía su conformidad reproducida en el espejo escorado, y la expresaba verbalmente con un «Muy bien», o «Mucho mejor», «Un corte perfecto» o «Gracias». Si le hubieran tallado una esvástica en la nuca seguramente habría fingido que lo aprobaba. Un buen día pensó: No, no quiero ver la nuca. Si por delante está bien, por detrás lo estará también. No era pretencioso, ¿no? No, era lógico. Estaba bastante orgulloso de su iniciativa. Claro que Kelly siempre se olvidaba, pero daba igual. De hecho, era mejor así, porque significaba que su tímida victoria se repetía cada vez. Cuando ella se le acercó con el espejo colgando y el pensamiento en Miami, él levantó una mano, esbozó su sonrisa indulgente de costumbre y dijo:

—No.

La historia de Mats Israelson

Delante de la iglesia, que albergaba un altar esculpido, traído de Alemania durante la guerra de los Treinta Años, había una hilera de seis palenques. De madera de abeto blanco, cortada y secada a un tiro de piedra de la encrucijada de la ciudad, no tenían adornos y ni siquiera estaban numerados. Sin embargo, su simplicidad y su aparente disponibilidad eran engañosas. En la mente de quienes iban en coche a la iglesia, y también de quienes iban andando, los palenques estaban numerados de derecha a izquierda y de uno a seis, y reservados para los seis hombres más importantes del vecindario. Un forastero que se imaginase que tenía derecho a atar allí a su caballo mientras disfrutaba del *Brännvinsbord* en el Centralhotellet, descubriría al salir que su animal vagaba suelto por el malecón, contemplando el lago.

La propiedad de cada palenque individual era un asunto de arbitrio personal, y se obtenía gracias a un obsequio, una última voluntad o un testamento. Pero mientras que en el interior de la iglesia había bancos reservados, de generación en generación, para determinadas familias, con independencia de su ejecutoria, fuera de ella regían consideraciones de mérito cívico. Un padre, por ejemplo, quería legar un palenque a su hijo primogénito, pero si el chico no manifestaba la suficiente seriedad, el regalo desacreditaba al padre. Cuando Halvar Berggren sucumbió al aquavit, la frivolidad y el ateísmo, y transfirió la propiedad del tercer palenque a un afilador de cuchillos itinerante, la censura no recayó sobre éste, sino sobre Berggren, y se procedió a una designación más idónea a cambio de unos pocos riksdaler.

No sorprendió a nadie que a Anders Bodén se le concediese el cuarto palenque. El director general del aserradero era conocido por su diligencia, su formalidad y su devoción a la familia. Aunque no demasiado piadoso, era caritativo. Un otoño en que la caza había sido buena, llenó de virutas uno de los pozos de la serrería, puso una rejilla de metal encima de la boca y asó un ciervo cuya carne repartió entre los operarios. Aunque no había nacido en la ciudad, se encargaba de enseñarla a los visitantes que, gracias a su insistencia, subían al *klockstapel* contiguo a la iglesia. Con un brazo apoyado en la campana, Anders señalaba la fábrica de ladrillos; más allá, el hospicio de sordomudos; y, justo fuera de la vista, la estatua erigida en el lugar donde Gustavus Vasa habló a los dalecarlianos en 1520. Fornido, barbudo y entusiasta, llegaba incluso a proponer una excursión hasta el Hökberg, para ver la lápida recientemente colocada allí en memoria del jurista Johannes Stiernbock. A lo lejos, un barco de vapor surcaba el lago; abajo, ufano en el palenque, aguardaba su caballo.

Las hablillas decían que Anders Bodén pasaba tanto tiempo con los forasteros que visitaban la ciudad porque así demoraba el regreso a casa; el rumor repetía que la primera vez que había pedido a Gertrud que se casara con él, ella se le había reído en las barbas, y que ella sólo empezó a ver las virtudes de su pretendiente después del desengaño amoroso que sufrió con el hijo de Markelius; los cotilleos conjeturaban que cuando el padre de Gertrud había ido a ver a Anders para pedirle que reanudase

el cortejo de su hija, las negociaciones no habían sido fáciles. Antes, habían considerado impertinente que el director de la serrería abordase a una mujer tan talentosa y artística como Gertrud, quien, al fin y al cabo, había tocado dúos al piano con Sjögren. Pero el matrimonio había prosperado, hasta donde sabían los cotillas, a pesar de que era notorio que ella, alguna vez, le había llamado pelmazo en público. Tenían dos hijos, y el especialista que la ayudó a alumbrar al segundo había prevenido a la señora Bodén en contra de un nuevo embarazo.

Cuando el boticario Axel Lindwall y su mujer, Barbro, llegaron a la ciudad, Anders Bodén les subió al *klockstapel* y se brindó a llevarles andando hasta el Hökberg. Cuando volvió a casa, Gertrud le preguntó por qué no llevaba puesta la insignia del sindicato de turismo sueco.

—Porque no estoy afiliado.

—Deberían nombrarte miembro honorario —contestó ella.

Anders había aprendido a defenderse del sarcasmo de su mujer por medio de la pedantería, respondiendo a sus preguntas como si no tuvieran más sentido que el de las palabras que contenían. Esta táctica solía enfadarla aún más, pero para él era una protección necesaria.

—Parecen una pareja agradable —dijo, como si tal cosa.

—A ti te gusta todo el mundo.

—No, mi amor, creo que eso no es cierto.

Anders quería decir, por ejemplo, que en aquel mismo momento ella no le gustaba.

—Distingues mejor a los leños que a los miembros de la especie humana.

—Los leños, mi amor, son muy distintos unos de otros.

La llegada de los Lindwall a la ciudad no despertó un interés especial. Quienes solicitaron el consejo profesional de Axel Lindwall obtuvieron todo lo que cabía esperar de un boticario: alguien pausado y serio, que halagaba juzgando muy graves todas las dolencias, pero que al mismo tiempo las consideraba curables. Era un hombre bajo y muy rubio: los chismes auguraban que engordaría. En su mujer se fijaron menos, porque no era tan bonita como para representar una amenaza, ni tan fea que concitase el desprecio; no era chabacana ni tampoco peripuesta, no era prepotente ni tampoco retraída. Era una simple recién casada, y por consiguiente tenía que esperar su turno. Como corresponde a quienes acababan de llegar, los Lindwall llevaban una vida discreta, lo cual estaba bien, y asistían asiduamente a la iglesia, lo cual también estaba bien visto. Los chismosos decían que la primera vez que Axel ayudó a embarcar a Barbro en el bote de remos que habían comprado aquel verano, ella le había preguntado, inquieta: «¿Estás seguro de que no hay tiburones en el lago, Axel?» Pero los cotillas, con su seriedad, no podían saber con certeza si la

señora Lindwall lo decía en broma.

Un martes, cada dos semanas, Anders Bodén tomaba el barco de vapor que remontaba el lago para inspeccionar las leñeras de secado. Estaba apoyado en la borda, junto al camarote de primera clase, cuando se percató de una presencia a su lado.

—Señora Lindwall —dijo. Mientras hablaba, las palabras de su mujer le pasaban por la mente: «Tiene menos barbilla que una ardilla.» Avergonzado, miró a la orilla de enfrente y dijo: —Aquello es la fábrica de ladrillos.

—Sí.

Un momento después:

—Y aquello el hospicio de sordomudos.

—Sí.

—Pues claro.

Comprendió que ya le había enseñado al matrimonio los dos edificios desde el *klockstapel*.

Ella llevaba un canotier con una cinta azul.

Dos semanas más tarde, ella viajaba de nuevo en el vapor. Tenía una hermana que vivía un poco más allá de Rättvik. Él procuró ser ameno. Le preguntó si ella y su marido habían visitado la bodega donde escondieron a Gustavus Vasa de sus perseguidores daneses. Le explicó cosas del bosque, que sus colores y texturas cambiaban con las estaciones, y que, incluso desde el barco, él sabía la manera en que lo estaban trabajando, allí donde cualquier otra persona sólo vería una masa de árboles. Ella miró con educación lo que el brazo de Anders señalaba; tal vez fuese cierto que, de perfil, ella tenía la barbilla un poquito hundida y la punta de la nariz extrañamente móvil. Cayó en la cuenta de que nunca había desarrollado una forma de hablar con las mujeres, y de que hasta entonces nunca le había importado.

—Perdone —dijo—. Mi mujer afirma que debería llevar la insignia del sindicato de turismo sueco.

—Me gusta que un hombre me hable de lo que sabe —contestó ella.

Esta respuesta le dejó confundido. ¿Era una crítica a Gertrud, se le estaba insinuando o simplemente hacía constar algo?

Esa noche, en la cena, su mujer dijo:

—¿De qué hablas con la señora Lindwall?

No supo qué contestar o, mejor dicho, cómo contestar. Pero, como de costumbre,

se refugió en el significado más simple de las palabras y fingió que no le sorprendía la pregunta.

—Del bosque. Le explico cosas del bosque.

—¿Y ella se interesa? Por el bosque, digo.

—Se ha criado en la ciudad. No había visto tantos árboles hasta que vino a esta comarca.

—Pues en un bosque hay cantidades de árboles, ¿no, Anders?

Él tuvo ganas de decirle: A ella le interesa más el bosque de lo que a ti te ha interesado en toda tu vida. De decirle: Te burlas de su físico. De decirle: ¿Quién me ha visto hablando con ella? No dijo nada de esto.

A lo largo de la siguiente quincena, se sorprendió pensando que Barbro era un nombre con una resonancia deliciosa, que sonaba más dulce que... otros nombres. Pensó también que una cinta azul alrededor de un sombrero de paja le alegraba el corazón.

La mañana del martes, cuando él se marchaba, Gertrud dijo:

—Saluda de mi parte a esa señora Lindwall.

Él tuvo de pronto deseos de decir: «¿Y si me enamoro de ella?» Pero dijo otra cosa: «Lo haré si la veo.»

Ya en el vapor, a duras penas cumplió las lentas fórmulas de cortesía normales. Antes de zarpar, empezó a hablarle de lo que conocía. De la madera, de cómo se cultiva, se transporta, se talla. Le habló del aserrado en planchas y cuadrados. Le explicó las tres partes que forman el tronco: la médula, el cámbium y el córtex. En los árboles que han alcanzado la madurez, el cámbium ocupa la proporción más grande, y el córtex es firme y elástico.

—Un árbol es como un hombre —dijo—. Tarda setenta años en llegar a la madurez, y después de los cien años no sirve para nada.

Le contó que una vez, en Bergsforsen, donde había un puente de hierro tendido sobre los rápidos, había observado el trabajo de cuatrocientos hombres que atrapaban los leños cuando afloraban del río y los colocaban en los *sorteringsbommar*, de acuerdo con las marcas distintivas de sus dueños. Le explicó, como un hombre de mundo, los diferentes métodos de marcarlos. La madera sueca la pintan con letras rojas, y la de calidad inferior con azules. La madera noruega lleva marcas azules en ambos extremos, junto con las iniciales del exportador. La prusiana ostenta un garabato en los lados, cerca del medio. La rusa se reconoce por un marchamo en seco o una marca de martillo en los extremos. La canadiense está troquelada en negro y blanco. La norteamericana tiene los lados señalados con tiza roja.

—¿Las ha visto todas? —preguntó ella.

Él admitió que todavía no había examinado la madera americana; sólo había leído

sobre ella.

—Entonces, ¿cada hombre conoce sus leños? —preguntó ella.

—Desde luego. De lo contrario podrían robárselos.

Anders no sabía si ella se estaba burlando de él; en realidad, de todo el universo masculino.

De repente llegó un destello desde la orilla. Ella lo miró, volvió a mirar a Anders y en su cara, vista de lleno, cobraron armonía los rasgos de su perfil: su pequeña barbilla realzó los labios, la punta de la nariz, los ojos abiertos y de un azul grisáceo..., fue algo indescriptible, algo que rebasaba incluso la admiración. Supo que adivinaba la pregunta latente en los ojos de ella.

—Es un mirador. Seguramente alguien con un catalejo. Nos están vigilando.

Pero perdió confianza al pronunciar la última palabra. Sonó como si la hubiera dicho otro hombre.

—¿Por qué?

Él no supo qué responder. Al mirar hacia la orilla, el mirador lanzó otro destello. Avergonzado, le contó la historia de Mats Israelson, pero se la contó al revés, y a toda velocidad, y a ella no pareció interesarle. Ni siquiera pareció percatarse de que era verídica.

—Perdone —dijo ella, como consciente de la decepción de Anders—. Tengo poca imaginación. Sólo me interesa lo que ocurre de verdad. Las leyendas me parecen... tontas. Tenemos demasiadas en nuestro país. Axel me regaña por esta opinión mía. Dice que no estoy honrando a mi país. Dice que la gente me tomará por una mujer moderna. Pero tampoco es eso. Es que tengo poca imaginación.

Esta parrafada súbita obró en Anders un efecto sedante. Era como si ella le estuviese guiando. Sin apartar la vista de la orilla, le habló de una visita que una vez había realizado a la mina de cobre de Falun. Le contó sólo las cosas que sucedían de verdad. Le dijo que era la mina de cobre más grande del mundo, después de las que había en el lago Superior; que había sido explotada desde el siglo XIII; que las entradas estaban cerca de un vasto hundimiento del terreno, conocido como *Stöten*, que se había producido a finales del siglo XVII; que el pozo más profundo se hallaba a casi cuatrocientos metros; que, en la actualidad, la producción anual era de unas cuatrocientas toneladas de cobre, sin contar pequeñas cantidades de plata y de oro; que cobraban dos riksdaler por entrar en la mina; que los disparos se pagaban aparte.

—¿Que se pagan aparte?

—Sí.

—¿Para qué son los disparos?

—Para producir ecos.

Le dijo que los visitantes solían telefonar a la mina desde Falun para anunciar su llegada; que les daban un atuendo de minero y que les acompañaba uno auténtico;

que los escalones por donde se bajaba estaban iluminados con teas; que costaba dos ricksdalers. Esto ya se lo había dicho antes.

Advirtió que ella tenía las cejas muy perfiladas y más morenas que el pelo de la cabeza. La señora Lindwall dijo:

—Me gustaría visitar Falun.

Esa noche, notó que Gertrud estaba furiosa. Por fin, ella dijo:

—Una mujer tiene derecho a que su marido sea discreto cuando concierta una cita con su amante.

Cada sustantivo sonaba como una campanada sorda del *klockstapel*.

Él se limitó a mirarla. Ella continuó:

—Por lo menos, debería agradecerte tu ingenuidad. Lo mínimo que harían otros hombres es esperar a que el barco estuviese fuera de la vista para empezar el besuqueo.

—Estás equivocada —dijo él.

—Si mi padre no fuera un empresario, te pegaría un tiro —contestó ella.

—En ese caso tu padre debería estar agradecido de que el marido de la señora Alfredsson, que tiene el *konditori* detrás de la iglesia de Rättvik, sea tan empresario como él.

Era una frase demasiado larga, pensó, pero dio resultado.

Aquella noche, Anders Bodén puso en fila todos los insultos que había proferido su mujer y los apiló en un orden estricto, como si fueran un montón de leña. Si ella es capaz de creer esto, pensó, pues esto es lo que es posible que suceda. Salvo que Anders Bodén no quería una amante, no quería una mujer en una pastelería a quien hacer regalos y de la que presumir en sitios donde los hombres fumaban puritos juntos. Pensó: Pues claro, ahora lo veo, lo cierto es que estoy enamorado de ella desde el día en que nos encontramos en el barco. Sin la ayuda de Gertrud, no habría llegado a darme cuenta tan pronto. Nunca creí que su sarcasmo sirviera para algo; pero esta vez así es.

Las dos semanas siguientes no se permitió soñar. No le hacía falta, porque todo era real y estaba ya claro y decidido. Desempeñó su trabajo y en los ratos de asueto pensaba en que ella no había prestado atención a la historia de Mats Israelson. La había tomado por una leyenda. Sabía que se la había contado sin gracia, y en consecuencia empezó a practicar, como un colegial que aprende una poesía. Volvería a contársela y esta vez ella sabría, nada más que por el modo de contarla, que era verídica. No era una historia muy larga. Pero era importante que aprendiese a narrarla del mismo modo que le había referido la visita a la mina.

En 1719, empezó, con cierto temor de que la fecha lejana la aburriese, pero asimismo persuadido de que daba autenticidad al relato. En 1719, empezó, de pie en el muelle, aguardando el vapor de regreso, fue descubierto un cadáver en la mina de cobre de Falun. Era, prosiguió, contemplando la orilla, el cuerpo de un joven, Mats Israelson, que había muerto en las minas cuarenta y nueve años antes. El cadáver, informó a las gaviotas que inspeccionaban el barco con chillidos estentóreos, estaba perfectamente conservado. La causa de este hecho, explicó con algún detalle al mirador, el hospicio de sordomudos y la fábrica de ladrillos, era que los efluvios del vitriolo de cobre habían impedido la descomposición. Se supo que era el cuerpo de Mats Israelson, murmuró al marinero que atrapaba en el malecón la soga arrojada, porque fue identificado por una vieja bruja que le había conocido en vida. Cuarenta y nueve años atrás, concluyó, ahora entre dientes, en un caluroso insomnio, mientras su mujer gruñía suavemente a su lado y el viento levantaba la cortina, cuarenta y nueve años antes, cuando Mats Israelson había desaparecido, aquella anciana, en aquel entonces tan joven como él, era su prometida.

Evocó cómo Barbro Landwill, mirándole de frente, con la mano en la borda, para que se viese el anillo de boda, le había dicho, con toda sencillez: «Me gustaría visitar Falun.» Se imaginó a otras mujeres diciéndole: «Me encantaría conocer Estocolmo.» O: «Por las noches sueño con Venecia.» Eran mujeres desafiantes, envueltas en pieles mundanas, y la sola reacción que querían suscitar era una admiración sobrecogida que te instaba a quitarte el sombrero. Pero ella había dicho: «Me gustaría visitar Falun», y a él esta simplicidad le había impedido responder. Practicó la respuesta, enunciada con la misma sencillez: «Yo la llevaré.»

Se convenció de que si le contaba como se debía la historia de Mats Israelson, ella volvería a decir: «Me gustaría visitar Falun.» Y él contestaría: «Yo la llevaré.» Y todo quedaría decidido. Así pues, trabajó el relato hasta que tuvo una forma que a ella le agradase: simple, recia, auténtica. Se lo contaría diez minutos después de haber zarpado, en el lugar que él ya consideraba el de ellos dos, junto a la borda frente al camarote de primera clase.

Repasó la historia una última vez en el camino hacia el embarcadero. Era el primer martes del mes de junio. Había que ser preciso en materia de fechas. Para empezar, 1719. Y para acabar: el primer martes de junio del año de gracia de 1898. El cielo brillaba, el lago estaba límpido, las gaviotas en silencio y el bosque en la ladera, detrás de la ciudad, lleno de árboles tan rectos y sinceros como un hombre. Ella no apareció.

Los bulos divulgaban que la señora Lindwall no había acudido a su cita con Anders

Bodén. Los bulos insinuaban que habían reñido. Los bulos replicaron que habían optado por la clandestinidad. Los bulos se preguntaban si el director de un aserradero, que había tenido la gran suerte de haberse casado con una mujer que poseía un piano importado de Alemania, consentiría de veras que los ojos se le fueran detrás de la mujer común y corriente del boticario. Los bulos alegraron que Anders Bodén siempre había sido un zopenco con serrín en el pelo, y que no hacía nada más que buscar a una mujer de su misma condición, como hacen los zopencos. Los bulos añadían que las relaciones conyugales no se habían reanudado en el hogar de los Bodén desde el nacimiento del segundo hijo. Los bulos se preguntaban de pasada si no habrían los bulos inventado la historia completa, pero concluían que la peor interpretación de los sucesos solía ser la más verosímil y, al final, la más cierta.

Los bulos cesaron o, al menos, disminuyeron, cuando se descubrió que el motivo de que la señora Lindwall no hubiera ido a visitar a su hermana era que estaba embarazada de su primer hijo. Los bulos juzgaron que esta noticia era un salvamento fortuito de la reputación puesta en peligro de la dama.

Y eso fue todo, pensó Anders Bodén. Una puerta se abre y se cierra antes de que tengas tiempo de cruzarla. Un hombre posee tanto control sobre su destino como un leño marcado con letras rojas, que es devuelto al torrente por unos hombres armados con unos palos que tienen un pincho en la punta. Quizá él sólo fuese lo que decían: un zoquete que tenía la suerte de estar casado con una mujer que en otro tiempo había tocado dúos con Sjögren. Pero comprendió que de ser así, y si su vida, en lo sucesivo, no iba a cambiar nunca, él tampoco cambiaría. Permanecería congelado, detenido en aquel momento; no: en el momento que estuvo a punto de acontecer, que pudo haber sucedido la semana anterior. No había nada en el mundo, nada que su mujer, la iglesia o la sociedad hiciesen, que pudiera entorpecer la decisión de Anders: que su corazón no volvería a conmoverse jamás.

Barbro Lindwall no estuvo segura de sus sentimientos hacia Anders Bodén hasta que se percató de que en adelante pasaría el resto de su vida con su marido. Primero llegó el pequeño Ulf y después, al año siguiente, Karin. Axel adoraba a sus hijos, al igual que Barbro. Quizá bastaba con eso. Su hermana se trasladó al remoto norte, donde crecían los camemoros, y todas las estaciones enviaba tarros de mermelada amarilla. En verano, ella y Axel remaban en el lago. Él, como era previsible, ganó peso. Los niños crecían. Una primavera, un trabajador del aserradero que nadaba por delante del vapor fue arrastrado por el barco y el agua quedó teñida como si se lo hubiera llevado un tiburón. Un pasajero que viajaba en la cubierta de proa declaró que el hombre había nadado sin parar hasta el último instante. Los chismes aseguraban que a la mujer de la víctima la habían visto internarse en el bosque con un compañero de trabajo del marido. Los chismes agregaban que estaba borracho y que había hecho

una apuesta de que cruzaría nadando por delante de la proa del barco. El forense llegó a la conclusión de que le ensordeció el agua que le había entrado en los oídos y emitió un veredicto de muerte accidental.

Sólo somos caballos en nuestro palenque, se decía a sí misma Barbro. Los palenques no están numerados, pero aun así conocemos el nuestro. No existe otra vida.

Pero ojalá que él hubiera sabido leer mi corazón antes que yo. Yo no hablaba con hombres de aquel modo, no los escuchaba, no los miraba así a la cara. ¿Por qué no se dio cuenta?

La primera vez que volvió a verlo, cada uno formaba parte de otra pareja que paseaba junto al lago después de la iglesia, y ella se alegró de estar embarazada, porque diez minutos más tarde sufrió un acceso de náusea cuya causa, de lo contrario, habría sido obvia. Lo único que acertó a pensar, mientras vomitaba en la hierba, era que los dedos que le sujetaban la cabeza pertenecían al hombre que no era.

Nunca veía a Anders Bodén a solas; se cuidaba de hacerlo. Un día, al divisarle embarcando en el barco de vapor delante de ella, Barbro volvió sobre sus pasos hacia el malecón. Algunas veces, en la iglesia, vislumbraba la nuca de Anders y se figuraba que oía su voz aislada de las otras. Cuando salía, se protegía con la presencia de Axel; en casa, mantenía a sus hijos cerca. Un día, Axel propuso que invitaran a los Bodén a tomar café; ella contestó que la señora Bodén sin duda esperaría que les sirvieran madeira y bizcocho, y que aunque se los dieran miraría por encima del hombro a un simple boticario y a su mujer, unos advenedizos. Axel no volvió a proponerle.

Ella no sabía qué pensar de lo que había ocurrido. No tenía a nadie a quien preguntar; pensó en otros ejemplos, pero todos eran de dudosa reputación y no parecían guardar relación alguna con su caso. No estaba preparada para un dolor constante, silencioso, secreto. Un año, cuando llegó la mermelada de camemoro de su hermana, miró el tarro, el cristal, la tapa metálica, el círculo de muselina, la etiqueta escrita a mano, la confitura amarilla, y pensó: Esto es lo que he hecho con mi corazón. Y todos los años, cuando llegaban tarros desde el norte, pensaba lo mismo.

Al principio, Anders continuó contándole, en voz baja, todas las cosas que sabía. En ocasiones era guía turístico y en ocasiones director del aserradero. Podría haberle hablado, por ejemplo, de los *defectos de la madera*. «Temblor de copa» es una hendidura natural en el interior del árbol, entre dos anillos anuales. El «temblor de estrella» se produce cuando hay fisuras que irradian en varias direcciones. El «temblor de corazón» se observa a menudo en árboles viejos y se extiende desde la médula o núcleo del árbol hacia su circunferencia.

En años posteriores, cuando Gertrud le reprendía, cuando el *aquavit* hacía efecto, cuando miradas corteses le decían que, verdaderamente, se había convertido en un pelmazo, cuando el lago se congelaba por los bordes y la carrera de patines hasta Rättvik podía celebrarse, cuando su hija salió de la iglesia como una mujer casada y él vio en sus ojos más esperanza de la que sabía que existía, cuando empezaron las largas noches y su corazón parecía cerrarse para hibernar, cuando su caballo se detuvo en seco y empezó a temblar ante lo que presentía pero no veía, cuando el viejo barco de vapor entró en dique seco y lo pintaron con colores nuevos, cuando unos amigos de Trondheim le pidieron que les enseñase la mina de cobre de Falun y él accedió y luego, una hora antes de la partida, se vio a sí mismo en el cuarto de baño, metiéndose los dedos hasta la garganta para provocarse el vómito; cuando en el vapor pasó por delante del hospicio de sordomudos, cuando las cosas cambiaron en la ciudad, cuando las cosas en la ciudad siguieron sin cambios un año tras otro, cuando las gaviotas abandonaron sus puestos junto al malecón y empezaron a chillarle dentro de su cráneo, cuando tuvieron que amputarle el índice izquierdo a la altura del segundo artejo, después de haber tirado por inadvertencia de una pila de madera en uno de los cobertizos de secado: en estas ocasiones, y en muchas otras, pensaba en Mats Israelson. Y a medida que pasaban los años, Mats Israelson pasó de ser en su mente un conjunto de hechos claros, que podían obsequiarse como un regalo de enamorado, a transformarse en algo más difuso pero más poderoso. En una leyenda, quizá: en algo que a ella no le habría interesado.

Ella había dicho: «Me gustaría visitar Falun», y lo único que él debería haber respondido era: «La llevaré allí.» Tal vez si ella, en realidad, hubiese dicho, como una de aquellas mujeres imaginarias: «Me encantaría conocer Estocolmo», o: «Por las noches sueño con Venecia», él le habría entregado su vida, comprado billetes de tren a la mañana siguiente, causado un escándalo y, meses más tarde, habría vuelto a casa borracho y suplicante. Pero él no era de esa manera, porque ella tampoco era así. «Me gustaría visitar Falun» había sido una frase mucho más peligrosa que «Por las noches sueño con Venecia».

A medida que pasaban los años y que sus hijos crecían, a Barbro Lindwall la asaltaba a veces una aprensión terrible: que su hija se casaría con el hijo de los Bodén. Aquello sería, a su juicio, el peor castigo del mundo. Llegado el momento, sin embargo, Karin se encariñó de Bo Wicander y no hubo forma de disuadirla. Pronto, todos los hijos de los Bodén y los Lindwall estuvieron casados. Axel se convirtió en un hombre gordo que resollaba en la botica y que en secreto temía envenenar a alguien por error. Gertrud Bodén se volvió canosa y un ataque le paralizó una de las manos con que tocaba el piano. Barbro, por su parte, se arrancaba las canas cada vez

con más frecuencia, y al final se las tiñó. Se le antojaba una burla que hubiese conservado su silueta con poca ayuda de la corsetería.

—Tienes una carta —le dijo Axel una tarde. Lo dijo con una voz neutra. Se la entregó. La letra no era conocida, el matasellos era de Falun.

«Querida señora Lindwall, estoy en el hospital de aquí. Hay un asunto del que me gustaría muchísimo hablar con usted. ¿Le sería posible visitarme un miércoles? Atentamente, Anders Bodén.»

Ella entregó la carta a su marido y observó cómo la leía.

—¿Y bien? —dijo él.

—Me gustaría visitar Falun.

—Por supuesto.

Quería decir: Por supuesto que te gustaría, los rumores siempre han proclamado que eres su amante; nunca lo supe seguro, pero está claro que debería haber intuido lo que significaban tu súbita frialdad y todos estos años de expresión ausente; pues claro, pues claro. Pero ella sólo oyó: «Por supuesto, vete.»

—Gracias —dijo ella—. Iré en tren. Quizá tenga que pasar allí la noche.

—Por supuesto.

Postrado en la cama, Anders Bodén meditaba lo que iba a decir. Por fin, al cabo de todos aquellos años —veintitrés, para ser exactos— habían acabado viendo la escritura del otro. Este intercambio, esta nueva vislumbre mutua, era tan íntimo como un beso. La letra de ella era pequeña, pulcra, de colegiala: no revelaba signos de edad. Pensó por un instante en todas las cartas que habría podido recibir de ella.

Al principio se imaginó que simplemente podría volver a contarle la historia de Mats Israelson, en la versión que había perfeccionado. Así ella, al conocerla, la comprendería. ¿O no? Que él hubiese transportado la historia día tras día durante más de dos decenios no significaba necesariamente que ella se acordase de algunos fragmentos. Podría pensar que era una treta o un juego, y las cosas quizá se torcieran.

Pero era importante no decirle que se estaba muriendo. Sería cargarla con un peso injusto. Peor aún, quizá la compasión modificara la respuesta de Barbro. Él también quería la verdad, no una leyenda. Dijo a las enfermeras que una prima muy querida iba a visitarle, pero como padecía una debilidad cardíaca, bajo ningún concepto debían informarla de su estado. Les pidió que le recortaran la barba y le peinaran el pelo. Cuando se marcharon, se frotó las encías con unos polvos dentales y deslizó debajo de la sábana su mano incompleta.

Al recibir la carta, a ella le había parecido franca; o, si no franca, al menos indiscutible. Por primera vez en veintitrés años, él le había pedido algo; por

consiguiente, su marido, a quien siempre había sido fiel, tenía que concederle el permiso. Lo había hecho, pero a partir de entonces las cosas empezaron a perder claridad. ¿Qué debía ponerse para el viaje? No parecía haber ropa para una ocasión así, que no era una festividad ni un funeral. En la estación, el hombre de la taquilla había repetido «Falun», y el jefe de la estación había lanzado una ojeada a su maleta. Ella se sintió totalmente vulnerable; habría bastado con que alguien la hubiese incitado para que ella empezase a explicar su vida, sus propósitos, su virtud. «Voy a ver a un hombre que está moribundo», habría dicho. «Sin duda tiene un último mensaje para mí.» Tenía que ser eso, ¿no?: que se estaba muriendo. De lo contrario aquello no tenía sentido. De lo contrario, él habría establecido contacto cuando el último de los hijos se hubo marchado de casa, cuando ella y Axel volvieron a ser una simple pareja.

Se registró en el Stadshotellet, cerca del mercado. De nuevo notó que el recepcionista curioseaba su maleta, su estado civil, sus motivos.

—Vengo a visitar a una amiga en el hospital —dijo, aunque no le habían preguntado nada.

En la habitación, miró la cama con aros de hierro, el colchón, el ropero flamante. Nunca había estado sola en un hotel. Allí iban las mujeres, comprendió: cierta clase de mujeres. Sintió que las habladurías la veían sentada sola en una habitación con una cama. Le pareció asombroso que Axel la hubiese autorizado a hacer el viaje. Le pareció asombroso que Anders Bodén la hubiese convocado sin ninguna explicación.

Su estado vulnerable empezó a disfrazarse de irritación. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué la obligaba a hacer él? Pensó en libros que había leído y que Axel desaprobaba. En los libros, se aludía a escenas en habitaciones de hotel. En los libros había parejas que se fugaban..., pero no cuando uno de los dos estaba en el hospital. En los libros había reconfortantes ceremonias nupciales en el lecho de muerte..., pero no cuando los dos estaban aún casados. Entonces, ¿qué iba a ocurrir? «Hay un asunto del que me gustaría muchísimo hablar con usted.» ¿Hablar? Ella era una mujer de mediana edad que le llevaba un tarro de mermelada de camemoro a un hombre al que había conocido un poco veintitrés años atrás. Bueno, a él le correspondía dar un sentido a la cita. Él era el hombre, y ella, yendo a verle, había cumplido su parte. No por azar había sido una respetable mujer casada durante todos aquellos años.

—Ha adelgazado.

—Dicen que me favorece —contestó él, con una sonrisa. «Dicen»: era obvio que se refería a «mi mujer».

—¿Dónde está su mujer?

—Me visita otros días. —Lo cual sería evidente para el personal hospitalario. Oh, su mujer le visita tales días y «ella» le visita a espaldas de su mujer.

—Pensé que estaría muy enfermo.

—No, no —respondió él, alegremente. Ella parecía muy nerviosa; sí, había que decirlo, un poco como una ardilla de ojos inquietos y saltones. Él, en fin, debía calmarla, sosegarla—. Estoy bien. Me pondré bien.

—Pensé... —Hizo una pausa. No, las cosas tenían que estar claras entre ellos—. Pensé que se estaba muriendo.

—Duraré tanto como cualquier abeto a la orilla del Hökberg.

Sonreía, sentado en la cama. Le acababan de recortar la barba, tenía el pelo peinado a la moda; en definitiva, no estaba agonizando, y su mujer estaba en otra ciudad. Ella aguardó.

—Eso es el tejado de la Kristina-Kyrka.

Ella se volvió, se encaminó a la ventana y miró la iglesia de enfrente. Cuando Ulf era pequeño, ella tenía que darse la vuelta antes de que él le contase un secreto. Quizá Anders Bodén necesitase lo mismo. Así que miró el tejado de cobre que resplandecía al sol y aguardó. Al fin y al cabo, él era el hombre.

El silencio de Barbro y el que le diera la espalda alarmaron a Anders. Aquello no era lo que había planeado. Ni siquiera había conseguido llamarla Barbro, de pasada, como hacía largo tiempo. ¿Qué le había dicho una vez ella? «Me gusta que un hombre me cuente lo que sabe.»

—La iglesia fue construida a mediados del siglo diecinueve —comenzó—. No sé la fecha exacta. —Ella no respondió—. El tejado es de cobre extraído de la mina local. —Tampoco hubo respuesta—. Pero no sé si el tejado fue construido al mismo tiempo que la iglesia o si fue un añadido posterior. Quiero averiguarlo —agregó, procurando parecer resuelto. Ella siguió sin responder. La única voz que él oía era la de Gertrud, susurrando: «La insignia del sindicato de turismo sueco.»

Ahora la ira también embargaba a Barbro. Por supuesto que nunca le había conocido, no había conocido cómo era en realidad. No había hecho más que consentirse una fantasía juvenil durante todos aquellos años.

—¿No se está muriendo?

—Duraré tanto como cualquier abeto a la orilla del Hökberg.

—Entonces está en condiciones de venir a mi habitación del Stadshotellet.

Lo dijo con toda la aspereza que pudo, menospreciando a todo el universo masculino, con sus puros, sus queridas y su barba vanidosa y estúpida.

—Señora Lindwall...

Había perdido toda claridad mental. Quería decirle que la amaba, que siempre la había amado, que pensaba en ella la mayor parte..., no, todo el tiempo. «Pienso en usted la mayor parte..., no, todo el tiempo», había tenido intención de decir. Y después: «La he amado desde el momento en que la encontré en el barco. Ha sostenido mi vida desde entonces.»

Pero la irritación de Barbro le desanimó. Ella pensaba que era un simple seductor. Por tanto, las palabras que él había preparado parecerían las de un seductor. Y, después de todo, él no la conocía. Tampoco sabía cómo hablar a las mujeres. Le enfureció que hubiese por el mundo hombres de labia que sabían lo que había que decir. Oh, quítatelo de encima, pensó de repente, captando la irritación de Barbro. Pronto estarás muerto, sácate esta espina.

—Pensé —dijo, y su tono fue rudo, agresivo, como el de un hombre que regatea—. Pensé que me amaba, señora Lindwall.

Vio que los hombros de ella se ponían rígidos.

—Ah —contestó ella. La vanidad masculina. Qué imagen más falsa había conservado de él todos aquellos años, como la de una persona discreta, con tacto y una ineptitud casi censurable para expresarse. En verdad, era otro hombre más, que se comportaba como los hombres se comportan en los libros, y ella era sólo una mujer más, por creer otra cosa.

Ella le respondió sin mirarle, como si él fuese el pequeño Ulf con uno de sus secretos infantiles.

—Se equivoca —dijo, y se volvió hacia aquel galán abyecto y sonriente, aquel hombre que sin duda sabía cómo llegar a una habitación de hotel—. Pero gracias... —no estaba dotada para el sarcasmo, y buscó rápidamente un motivo—, gracias por enseñarme el hospicio de sordomudos.

Pensó en llevarse consigo el tarro de mermelada, pero lo juzgó indecoroso. Había un tren esa noche que aún tendría tiempo de coger. Le repugnaba la idea de pasar la noche en Falun.

Durante un largo rato, Anders Bodén no pensó. Observó cómo el tejado de cobre iba adquiriendo una tonalidad más oscura. Sacó la mano incompleta de debajo de la sábana y se desordenó el pelo con ella. Dio el tarro de mermelada a la primera enfermera que entró en la habitación.

Una de las cosas que había aprendido en la vida y en la que esperaba poder apoyarse, era que un dolor más grande disipa otro menor. Una tensión muscular desaparece ante un dolor de muelas, y un dolor de muelas ante un dedo aplastado. Confió —era su única esperanza ahora— en que el dolor del cáncer, el dolor de agonizar, dispararía los dolores del amor. No parecía probable.

Cuando el corazón se rompe, pensó, se parte como la madera, a lo largo de toda la longitud del tablón. En sus primeros días en el aserradero había visto a Gustaf Olsson coger una pieza de madera sólida, introducir una cuña e imprimirle un pequeño giro. La madera se partía de un extremo a otro, a lo largo de la veta. Era lo único que se necesitaba saber del corazón: dónde estaba la veta. Entonces, con un giro, con un gesto, con una palabra, podías destruirlo.

Caía la noche y a medida que el tren bordeaba el lago oscurecido en donde todo había empezado, a medida que se debilitaban la vergüenza y los reproches que se hacía a sí misma, procuró pensar con claridad. Era la única forma de mantener el dolor a raya: pensar claramente, interesarse sólo en lo que ocurre de verdad, en lo que sabes que es cierto. Y sabía lo siguiente: que el hombre por quien, en cualquier momento de los últimos veintitrés años, habría abandonado a su marido y a sus hijos, el hombre por quien habría perdido su reputación y su lugar en la sociedad, con quien se habría fugado Dios sabe adonde, no era, y nunca lo había sido, digno de su amor. Axel, a quien respetaba, que era un buen padre y les procuraba el sustento, valía mucho más que Anders. Y sin embargo no le amaba, no si lo que sentía por Anders Bodén era la medida de las cosas. Tal era, pues, la desolación de su vida, dividida entre no amar a un hombre que lo merecía y amar a otro que no lo merecía. Lo que había creído que era el pilar de su vida, la compañía continua de una posibilidad, tan fiel como una sombra o un reflejo en el agua, no era más que eso: una sombra, un reflejo. No era nada real. Aunque se preciaba de tener poca imaginación, y aunque no prestaba atención a las leyendas, se había permitido pasar la mitad de su vida en un sueño frívolo. Sólo cabía decir en su defensa que había conservado la virtud. ¿Y qué clase de defensa era ésa? Si la hubieran puesto a prueba, ella no habría resistido un segundo.

Cuando pensó sobre esto con claridad y verdad, su vergüenza y sus reproches retornaron, pero con mayor virulencia. Desató el botón de su manga izquierda y se soltó de la muñeca una tira de cinta azul, descolorida. La dejó caer al suelo del vagón.

Axel Lindwall arrojó el cigarrillo a la rejilla de la chimenea vacía cuando oyó que se acercaba el carruaje. Tomó la maleta de su mujer, la ayudó a apearse y pagó al cochero.

—Axel —dijo ella, con un tono de vivo afecto, en cuanto estuvieron dentro de la casa—, ¿por qué fumas siempre que no estoy aquí?

Él la miró. No supo qué decir ni qué hacer. No quería hacerle preguntas para no obligarla a responderle mentiras. O para no forzarla a decirle la verdad. Temía las dos cosas por igual. El silencio perduró. Bueno, pensó él, no podemos vivir juntos en silencio durante el resto de nuestra vida. En consecuencia, al final contestó:

—Porque me gusta fumar.

Ella se rio un poco. Estaban de pie delante de la chimenea apagada; él sostenía aún la maleta en la mano. Que él supiera, contenía todos los secretos, todas las verdades y mentiras que no quería escuchar.

—He vuelto antes de lo que pensaba.

—Sí.

—Decidí no pasar la noche en Falun.

—Sí.

—La ciudad huele a cobre.

—Sí.

—Pero el tejado de la Kristina-Kyrka resplandece al ponerse el sol.

—Eso me han dicho.

Era doloroso para él ver a su mujer en semejante estado. Simplemente era humano dejarla que le dijese las mentiras que había preparado. Se permitió, pues, una pregunta.

—¿Cómo está... él?

—Oh, está muy bien. —No se dio cuenta de lo absurdo que sonaba hasta que lo dijo—. Es decir, está en el hospital. Está muy bien, pero supongo que no puede estarlo.

—Por lo general, la gente que está muy bien no ingresa en el hospital.

—No.

Lamentó su sarcasmo. Un profesor había dicho una vez a su clase que el sarcasmo era una debilidad moral. ¿Por qué lo recordaba ahora?

—¿Y...?

Ella no se había percatado hasta entonces de que tendría que explicar su visita a Falun; no sus pormenores, sino su propósito. Cuando se marchó, se había imaginado que a su regreso todo habría cambiado, y que sólo haría falta explicar ese cambio, el cambio que fuese. Sucumbió al pánico cuando se prolongó el silencio.

—Quiere que te quedes con el palenque. El de la iglesia. Es el número cuatro.

—Sé que es el número cuatro. Ahora vete a la cama.

—Axel —dijo ella—. En el tren estaba pensando que nos haremos viejos. Cuanto antes mejor. Creo que las cosas son más fáciles cuando eres viejo. ¿Lo crees posible?

—Vete a la cama.

Solo, encendió otro cigarrillo. La mentira de Barbro era tan absurda que hasta habría podido ser cierta. Pero daba lo mismo. Si era una mentira, entonces la verdad era que había ido, más abiertamente que nunca hasta entonces, a visitar a su amante. ¿Su antiguo amante? Si era verdad, el regalo de Bodén era un pago sarcástico del amante burlón al marido injuriado. El tipo de obsequio que las habladoras adoraban y que nunca olvidan.

A la mañana siguiente daría comienzo lo que le quedaba de vida. Y lo cambiaría, lo cambiaría totalmente, saber que gran parte de su vida hasta entonces no había sido como él creía. ¿Habría recuerdos, una parte del pasado, que subsistirían incontaminados por lo que había sido confirmado aquella noche? Quizá ella tuviese razón y deberían intentar envejecer juntos, y contar, andando el tiempo, con que el

corazón se endurece.

—¿Qué era eso? —preguntó la enfermera. El enfermo empezaba a decir incoherencias. Sucedió a menudo en las fases terminales.

—Lo que se paga aparte.

—¿Sí?

—El dinero para los disparos.

—¿Disparos?

—Para producir ecos.

—¿Sí?

Él forzó la voz al repetir la respuesta.

—Los disparos que producen ecos se pagan aparte.

—Perdone, señor Bodén, pero no sé de qué me está hablando.

—Entonces espero que no lo sepa nunca.

En el funeral de Anders Bodén, su ataúd, de madera de abeto cortada y secada a un tiro de piedra de la encrucijada de la ciudad, fue colocado delante del altar esculpido que habían traído de Alemania durante la guerra de los Treinta Años. El párroco ensalzó al director de la serrería diciendo que era un árbol alto que había sido talado por el hacha de Dios. No era la primera vez que la feligresía oía este símil. Fuera de la iglesia, el palenque número cuatro permanecía vacío en homenaje al difunto. No lo mencionaba en su testamento y su hijo se había trasladado a Estocolmo. Tras las consultas oportunas, se adjudicó el palenque al capitán del barco de vapor, un hombre notable por sus méritos cívicos.

La de cosas que sabes

—¿Café, señoras?

Las dos levantaron la mirada hacia el camarero, pero él ya estaba acercando el termo a la taza de Merrill. Cuando terminó de servir, movió los ojos no hacia Janice, sino hacia la taza de Janice. Ella la tapó con la mano. Seguía sin comprender, al cabo de tantos años, por qué los americanos querían café en cuanto llegaba el camarero. Tomaban café caliente, después zumo de naranja frío y después más café. No tenía ni pies ni cabeza.

—¿No quiere café? —preguntó el camarero, como si el gesto de Janice hubiera sido ambiguo. Llevaba un delantal de lino verde y el pelo con tanto fijador que se le notaba cada marca del peine.

—Tomaré té. Más tarde.

—¿English Breakfast, Orange Pekoe, Earl Grey?

—English Breakfast. Pero más tarde.

El camarero se retiró como ofendido y evitando todavía el contacto visual. Janice no estaba sorprendida, y mucho menos dolida. Ellas eran dos ancianas y él seguramente era homosexual. Tenía la impresión de que en América había cada vez más camareros homosexuales, o por lo menos cada vez más abiertamente. Quizá siempre lo habían sido. Al fin y al cabo, debía de ser un buen método de conocer a hombres de negocios solitarios. Esto en el supuesto de que los hombres de negocios solitarios fuesen homosexuales, lo cual reconocía que no tenía por qué ser el caso.

—Me apetece un huevo escalfado —dijo Merrill.

—Un huevo escalfado estaría bien.

Pero que Janice estuviese de acuerdo no significaba que fuese a pedirlo. Para ella era un plato de almuerzo, no de desayuno. Había montones de cosas en aquel menú que para ella tampoco eran de desayuno: gofres, tortitas al estilo casero, halibut del Ártico. ¿Desayunar pescado? No le veía el sentido. Bill solía tomar arenques, pero ella sólo le dejaba tomarlos cuando estaban hospedados en un hotel. Dejan un olor apestoso en la cocina, le decía ella. Y repiten todo el día. Lo cual, en gran medida, aunque no del todo, era un problema de él, pero aun así. Había sido un motivo de cierta fricción entre ellos.

—Bill solía tomar arenques —dijo, con ternura.

Merrill le lanzó una mirada como preguntándose si se habría perdido algún eslabón lógico en la conversación.

—Claro que no conociste a Bill —dijo Janice, como si hubiese sido una incorrección por parte de Bill (de la cual ella ahora se disculpaba) haberse muerto antes de conocer a Merrill.

—Querida —dijo Merrill—, en mi caso es Tom hacía esto, Tom hacía lo otro.

Tienes que pararme porque me embalo.

Reanudaron el estudio del menú, una vez acordados más o menos los términos en que iba a transcurrir el desayuno.

—Fuimos a ver *La delgada línea roja* —dijo Janice—. Nos gustó muchísimo.

Merrill no sabía a quién se refería aquel «fuimos». En cierta época, se habría referido a «Bill y yo». ¿De quién hablaba ella ahora? ¿O era sólo una costumbre? Quizá Janice, incluso al cabo de tres años de viudez, no soportaba volver a emplear el «yo».

—A mí no me gustó —dijo Merrill.

—Oh. —Janice miró de reojo el menú, como si buscara inspiración—. Nos pareció que estaba muy bien hecha.

—Sí —dijo Merrill—. Pero a mí me pareció..., bueno, aburrida.

—No nos gustó *Little Voice* —dijo Janice, como una concesión.

—Oh, a mí me encantó.

—Si te digo la verdad, sólo fuimos por ver a Michael Caine.

—Oh, a mí me encantó.

—¿Crees que ha ganado un Óscar?

—¿Michael Caine? ¿Por *Little Voice*?

—No, en general, me refiero.

—¿En general? Yo diría que sí. Al cabo de tanto tiempo.

—Al cabo de tanto, sí. Debe de ser casi tan viejo como nosotras.

—¿Tú crees?

En opinión de Merrill, Janice hablaba demasiado de la vejez, o al menos de hacerse más viejas. Debía de ser porque era muy europea.

—O si todavía no lo es, pronto lo será —dijo Janice. Las dos lo pensaron y después se rieron. No porque Merrill estuviera de acuerdo, aunque riera la broma. Era lo que pasaba con las estrellas de cine, que se las apañaban para no envejecer al ritmo normal. Tampoco tenía que ver con la cirugía. De algún modo seguían teniendo la misma edad que tenían cuando las viste por primera vez. Ni siquiera te lo creías del todo cuando empezaban a interpretar a personajes más maduros; seguías viéndolos jóvenes, aunque actuaran en papeles de viejos, y a menudo no eran muy convincentes.

Merrill apreciaba a Janice, pero la encontraba un poco anticuada. Se empeñaba en vestirse de gris, de verde claro y beige, y tampoco le favorecían aquellas vetas grises en el pelo. Eran tan naturales que parecían falsas. Por el amor de Dios, hasta aquel pañolón prendido de un hombro, como si lo exhibiera, era de un gris verdoso. Y desde luego no casaba con pantalones, no, en todo caso, con aquéllos. Qué lástima. Podría haber sido mona. No una belleza, por supuesto. Pero mona. Ojos bonitos. Bueno, bastante bonitos. Tampoco hacía nada para realzarlos.

—Es terrible lo que está ocurriendo en los Balcanes - dijo Janice.

—Sí. —Hacía mucho que Merrill ya no leía aquellas páginas del *Sun-Times*.

—Hay que dar un escarmiento a Milosevic.

—Yo no sé qué pensar.

—Los serbios nunca cambian.

—Yo no sé qué pensar —repitió Merrill.

—Yo me acuerdo de Múnich.

Esto pareció zanjar el tema. Janice había dicho muchas veces «Yo me acuerdo de Múnich» en los últimos tiempos, aunque en realidad lo que quería decir era que, de niña, debía de haber oído a los adultos hablar de Múnich como si fuera una traición reciente y vergonzosa. Pero no valía la pena explicarlo; sólo serviría para restar fuerza a la autoridad de la declaración.

—Creo que sólo tomaré cereales y una tostada de pan integral.

—Es lo que tomas siempre —señaló Merrill, aunque sin impaciencia, más como si se tratase de una indulgencia.

—Sí, pero me gusta pensar que podría tomar otra cosa.

Además, cada vez que tomaba cereales tenía que acordarse de la muela floja.

—Bueno, creo que voy a pedir el huevo escalfado.

—Es lo que tomas siempre —respondió Janice. Los huevos estreñían, los arenques repetían, los gofres no eran un plato de desayuno.

—¿Le llamas tú?

Era típico de Merrill. Siempre llegaba la primera y escogía el asiento desde donde no podía llamar la atención del camarero sin que le diera tortícolis. De modo que Janice tuvo que agitar la mano unas cuantas veces, procurando no incomodarse porque el camarero tuviese otras prioridades. Era tan molesto como intentar parar a un taxi. Hoy en día ni te ven, pensó.

Se reunían allí, en el comedor del Harborview, entre los hombres de negocios presurosos y los veraneantes indolentes, el primer martes de cada mes. Brillara el sol o lloviera, decían. Aunque cayeran chuzos de punta. En realidad, aún peor, aunque a Janice la operasen de la cadera o Merrill hiciese con su hija un viaje desafortunado a México. Aparte de esto, la cita se había convertido en periódica durante los últimos tres años.

—Ya estoy lista para el té —dijo Janice.

—¿English Breakfast, Orange Pekoe, Earl Grey?

—English Breakfast.

Lo dijo con una sequedad tan nerviosa que el camarero dejó de anotar el pedido. Lo más cerca que estuvo él de disculparse fue un gesto de asentimiento impreciso.

—Ahora mismo les sirvo —dijo, cuando ya se retiraba.

—¿Crees que es un sarasa?

Por alguna razón que ella misma ignoraba, Janice había evitado adrede emplear una palabra más moderna, aunque el efecto fue, en todo caso, más mordaz.

—Me importa un pepino —dijo Merrill.

—A mí también —dijo Janice—. Sobre todo a mi edad. De todos modos, son muy buenos camareros. —Esto tampoco parecía oportuno, por lo que añadió—: Es lo que decía Bill.

Bill no había dicho nada parecido, que ella recordase, pero su confirmación póstuma era una ayuda cuando se aturullaba.

Miró a Merrill, enfrente, con una chaqueta de color burdeos sobre una falda púrpura. En la solapa lucía un broche dorado que por su tamaño podría haber sido una estatuilla. A su pelo, corto y de un indefinido y vivo color paja, no parecía importarle lo poco natural que resultaba; se limitaba a decir: «Es para recordarte que en otro tiempo fui rubio, más o menos rubio, en cualquier caso.» Era más un recordatorio que un color de pelo, pensó Janice. Era una lástima que Merrill no pareciese comprender que, rebasada cierta edad, las mujeres no deberían pretender ser lo que fueron. Deberían someterse al tiempo. Mostrar neutralidad, discreción, dignidad. La negativa de Merrill debía de tener algo que ver con el hecho de que era americana.

Lo que las dos tenían en común, aparte de la viudez, eran los zapatos de ante planos, con suelas de una adherencia especial. Janice los había encontrado en un catálogo de venta por correo, y Merrill la dejó sorprendida cuando pidió otro par para ella. Eran muy buenos para pavimentos mojados, como Janice los seguía llamando, y llovía muchísimo allí, en el noroeste del Pacífico. La gente no paraba de decirle que debía de recordarle a Inglaterra, y ella siempre decía que sí, pero pensaba que no.

—En fin, pensaba que no debían admitirlos en las fuerzas armadas, pero no tenía prejuicios al respecto.

Merrill, en respuesta, acuchilló el huevo.

—Cuando yo era joven, todo el mundo era mucho más discreto sobre su vida privada.

—Yo también —se apresuró a decir Janice—. O sea, cuando yo también era joven. Lo cual debió de ser por la misma época. —Merrill la miró de refilón, y Janice, captando un reproche, añadió—: Aunque en otra parte del mundo, por supuesto.

—Tom siempre decía que se les distingue por los andares. Y eso que a mí me da igual.

Pero sí parecía importarle un poco.

—¿Cómo andan?

Al hacer esta pregunta, Janice se sintió transportada a la adolescencia, hasta antes de casarse.

—Oh, ya sabes —dijo Merrill.

Janice observó cómo Merrill comía un bocado de huevo escalfado. Si quería darle a entender algo, no tenía la menor idea de qué era. No se había fijado en los andares del camarero.

—No sé —dijo, como si fuese una ignorancia culpable, casi infantil.

«Con las manos hacia fuera», quería decir Merrill. Pero, de un modo impropio de ella, volvió la cabeza y gritó: «Café», sorprendiendo tanto a Janice como al camarero. Quizá le estaba incitando a hacer una demostración.

Al volver de nuevo la cabeza, estaba otra vez serena.

—Tom estuvo en Corea —dijo—. Hojas de roble y racimos.

—Mi Bill cumplió el servicio militar. Bueno, entonces era obligatorio.

—Hacía tanto frío que si ponías el té en el suelo la taza se convertía en un pedazo de hielo.

—Añoraba Suez. Era reservista, pero no le llamaron.

—Hacía tanto frío que tenías que meter la navaja en agua caliente antes de usarla.

—Se lo pasó muy bien. Bill era una persona muy sociable.

—Hacía tanto frío que si ponías la mano en la superficie de un tanque se te quedaba pegada la piel.

—Seguramente más sociable que yo, la verdad sea dicha.

—Hasta la gasolina se congelaba y se volvía sólida. La gasolina.

—Hubo un invierno muy frío en Inglaterra. Justo después de la guerra. En el cuarenta y seis, creo, o quizá el cuarenta y siete.

Merrill sintió una súbita impaciencia. ¿Qué tenían que ver los sufrimientos de Tom con una racha de frío en Europa? Por favor.

—¿Cómo están los cereales?

—Duros para los dientes. Se me mueve una muela. —Janice sacó una avellana del cuenco y le dio un golpecito en un lado—. Se parece un poco a un diente, ¿verdad? —Soltó una risita que disgustó aún más a Merrill—. ¿Qué opinas de esos implantes?

—Tom tenía todos los dientes cuando murió.

—Bill también.

Esto distaba de ser cierto, pero decir otra cosa sería hacerle un feo al difunto.

—No podían clavar una pala en la tierra para enterrar a sus muertos.

—¿Quiénes? —Bajo la mirada fija de Merrill, Janice cayó en la cuenta—. Sí, claro. —Notó que empezaba a sucumbir al pánico—. Bueno, supongo que en un sentido no tenía importancia.

—¿En qué sentido?

—Oh, nada.

—¿En qué sentido?

Merrill se complacía en decir —en decirse a sí misma y a los demás— que aunque no era partidaria de la discrepancia y las situaciones embarazosas, sí lo era de decir las cosas a las claras.

—En..., pues en que... si hacía tanto frío..., los que esperaban para enterrarlos..., ya sabes a qué me refiero.

Merrill lo sabía, pero optó por mantenerse implacable.

—Un auténtico soldado siempre entierra a sus muertos. Deberías saberlo.

—Sí —dijo Janice, recordando *La delgada línea roja*, pero sin querer mencionarlo. Qué extraño que a Merrill le diera por comportarse como una pomposa viuda de militar. Janice sabía que a Tom lo habían reclutado. Janice, sabía un par de cosas sobre él, en realidad. Lo que decían en el campus. Lo que ella había visto con sus propios ojos.

—No conocí a tu marido, por supuesto, pero todo el mundo decía maravillas de él.

—Tom era maravilloso —dijo Merrill—. Fue un matrimonio por amor.

—Era muy popular, me han dicho.

—¿Popular?

Merrill repitió la palabra como si fuera particularmente inadecuada en aquellas circunstancias.

—Eso decía la gente.

—No hay más remedio que afrontar el futuro —dijo Merrill—. Mirarlo de frente. No hay otro remedio.

Tom le había dicho esto cuando se estaba muriendo.

Más vale afrontar el futuro que el pasado, pensó Janice. ¿De verdad no se habría

enterado de nada? Janice recordó de repente lo que había visto desde la ventana de un cuarto de baño: un hombre detrás de un seto que se bajaba la cremallera, una mujer que extendía la mano, el hombre que le empujaba la cabeza, la mujer que se negaba, una discusión como de escena muda mientras el ruido de la fiesta retumbaba en el piso de abajo, el hombre que agarraba a la mujer por el cuello y la empujaba hacia abajo, la mujer que escupía en el chisme del hombre, el hombre que le asestaba un golpe en la coronilla, todo ello en cuestión de unos veinte segundos, como una toma cinematográfica de lascivia y cólera, la pareja que se separa, el héroe de guerra, el casado por amor y el sobón del campus que se cierra la bragueta, alguien que forcejea con la manilla de la puerta del baño, Janice que baja corriendo y que le pide a Bill que la lleve a casa de inmediato, Bill que comenta que ella tiene la cara colorada y hace conjeturas sobre la copa o las copas de más que ha debido de tomarse mientras él no miraba, Janice que le suelta un exabrupto y luego se disculpa. A lo largo de los años, se había obligado a olvidar aquella escena, a desterrarla a la trastienda de la mente, casi como si en cierto sentido ella y Bill fueran los protagonistas. Después, cuando Bill ya había muerto y ella conoció a Merrill, hubo otro motivo para intentar olvidarla.

—La gente decía que no lo superaría nunca. —La expresión de Merrill le pareció a Janice monstruosamente suficiente—. Es verdad. *No lo superaré nunca.* Fue un matrimonio por amor.

Janice untó de mantequilla una tostada. Por lo menos allí no te la servían ya untada, como en otros sitios. Era otra de las costumbres americanas a las que no conseguía habituarse. Trató de desenroscar la tapa de un tarrito de miel, pero no tenía suficiente fuerza en la muñeca. Luego lo intentó con la mermelada de zarzamora, igualmente sin éxito. Merrill pareció no percatarse. Janice se introdujo en la boca un triángulo de tostada a secas.

—Bill nunca miró a otra mujer en treinta años.

La agresión había brotado en Janice como un eructo. Prefería coincidir con los demás en una conversación y procuraba agrandar, pero a veces la tensión resultante la empujaba a decir cosas que le asombraban. No lo que decía, sino el hecho de decirlo. Y como Merrill no respondió, sintió el impulso de insistir.

—Bill nunca miró a otra mujer en treinta años.

—Sin duda tienes razón, querida.

—Cuando murió me quedé desconsolada. Absolutamente. Pensé que mi vida había llegado a su fin. Y así era. Procuro no autocompadecerme, me entretengo; no, supongo que sería más exacto decir que me distraigo, pero sé que es mi destino, en realidad. Tuve una vida y ahora la he enterrado.

—Tom me decía que sólo con verme en la otra punta de una habitación se le alegraba el ánimo.

—Bill nunca olvidó un aniversario de boda. Ni una sola vez en treinta años.

—Tom hacía una cosa de lo más romántica. Íbamos a la montaña, a pasar el fin de semana, y se registraba en el hotel con un nombre falso. Eramos Tom y Merrill Humphrey, o Tom y Merrill Carpenter, o Tom y Merrill Delivio, y nos llamábamos así todo el fin de semana, y él pagaba al contado cuando nos marchábamos. Era... emocionante.

—Bill fingió que se olvidaba un año. No había flores por la mañana, y me dijo que como tenía que trabajar hasta tarde comería un bocado en su despacho. Intenté no pensar en ello, y a media tarde me llamó por teléfono una empresa de taxis para comprobar si podían pasar a recogerme a las siete y media para llevarme al French House. ¿Te imaginas? Hasta había pensado en que me avisaran con un par de horas de tiempo. Y se las había ingeniado para llevarse a escondidas su mejor traje al trabajo, sin que yo me diese cuenta, para cambiarse allí. *Qué* noche aquélla. Ah.

—Yo siempre hacía un esfuerzo antes de ir al hospital. Me decía: Merrill, por muy afectada que estés, asegúrate de que te ve como algo por lo que vale la pena vivir. Hasta me compré ropa nueva. Él decía: «Cariño, eso no te lo he visto nunca, ¿verdad?», y me sonreía.

Janice asintió, imaginando la escena de un modo distinto: el sobón del campus, en su lecho de muerte, ve que su mujer gasta dinero en comprarse ropa para gustar a su sucesor. No bien se le ocurrió la idea, se avergonzó y siguió hablando deprisa.

—Bill me dijo que si había alguna forma de enviarme un mensaje... después..., que la descubriría. Buscaría el modo de ponerse en contacto conmigo.

—Los médicos me dijeron que nunca habían visto a nadie aguantar tanto tiempo. Dijeron que era un valiente. Yo les dije: Sí, hojas de roble y racimos.

—Pero supongo que aunque esté tratando de enviarme un mensaje, quizá yo no reconozca la forma en que me lo envía. Me consuela pensar eso. Aunque la idea de que Bill esté intentando contactar conmigo y vea que yo no comprendo es insoportable.

Ahora empezará otra vez con esa chorrada de la reencarnación, pensó Merrill. Que todos volvemos, transformados en ardillas. Escucha, mi niña, tu marido no sólo está muerto, sino que cuando estaba vivo caminaba con las manos hacia fuera, ¿me sigues? No, probablemente no lo pille. Tu marido era conocido en el campus como el inglesito maricón de las oficinas, ¿te lo digo más claro? Era un moñas, ¿vale? Pero nunca se lo diría a Janice. Una cuestión demasiado delicada. La haría trizas.

Era extraño. Saber aquello daba a Merrill un sentimiento de superioridad, pero no de poder. La inducía a pensar: Alguien tiene que hacerse cargo de ella, ahora que no está el mariconcillo de su marido, y por lo visto tú te has presentado voluntaria, Merrill. Cierto que de vez en cuando te saca de tus casillas, pero Tom habría querido que te ocuparas de que ella saliera adelante.

—¿Más café, señoras?

—Un poco de té recién hecho, por favor.

Janice esperaba que le ofreciera de nuevo el surtido de English Breakfast, Orange Pekoe o Earl Grey. Pero el camarero se limitó a retirar la miniatura, una tetera para una taza que los americanos, por razones misteriosas, consideraban que era suficiente para el té de la mañana.

—¿Cómo va la cadera? —preguntó Merrill.

—Oh, ahora mucho mejor. Me alegro muchísimo de que me operasen.

Cuando el camarero volvió, Janice miró la tetera y dijo, con un tono brusco:

—Le he dicho recién hecho.

—¿Perdón?

—Le he dicho que quería otro té. No le he pedido más agua caliente.

—¿Perdón?

—Esta —dijo Janice, extendiendo la mano hacia la etiqueta amarilla que colgaba de la tapa de la tetera— es la misma bolsa de antes.

Miró fijamente al joven altanero. Estaba muy enfadada.

Después se preguntó por qué él se habría molestado tanto, y por qué a Merrill le había entrado de pronto una risa histérica, por qué había levantado la taza de café y había dicho:

—A tu salud, querida.

Janice levantó su taza de té vacía y, con un tintineo sordo, sin eco, brindaron.

—Es el hombre indicado para las rodillas. Ella estaba otra vez al volante al cabo de dos días.

—Muy rápido es eso —dijo Merrill.

—Vi a Steve el otro día.

—¿Y?

—No anda bien.

—Es el corazón, ¿no?

—Y tiene un sobrepeso excesivo.

—Lo cual no ayuda mucho.

—¿Crees que hay una relación entre el corazón y el corazón?

Merrill movió la cabeza, sonriendo. Era tan graciosa, Janice. Nunca sabías por dónde te iba a salir.

—No te sigo, Janice.

—Oh, ¿tú crees que se puede sufrir un ataque cardíaco por estar enamorado?

—No lo sé. —Reflexionó—. Pero sé otra cosa que te puede provocar un ataque cardíaco. —Janice la miró perpleja—. Nelson Rockefeller.

—¿Qué tiene que ver él con este asunto?

—Murió de eso.

—¿Cómo que murió de eso?

—Dijeron que estuvo trabajando hasta altas horas en un libro de arte. Pero yo no me lo creí ni por asomo.

Aguardó hasta que estuvo segura de que Janice lo había captado.

—La de cosas que sabes, Merrill. —Y las que yo sé, también.

—Sí, la de cosas que sé.

Janice empujó el desayuno para hacer sitio a sus codos. Medio cuenco de cereales y una tostada. Dos tazas de té. A su edad, los líquidos recorrían muy rápido su cuerpo. Miró a Merrill, su cara picuda y plana, su pelo poco convincente. Era una amiga. Y como era una amiga, Janice la protegería de lo que sabía sobre aquel marido horrible que había tenido. Menos mal que sólo se habían conocido de viudas; Bill habría detestado a Tom.

Sí, era una amiga. Y, sin embargo..., ¿era eso ser más que una aliada? Como habían sido las cosas al principio. Cuando eras niña, pensabas que tenías amigas, pero de hecho sólo tenías aliadas, personas a tu lado que te acompañaban hasta que eras una adulta. Después —como en su caso— te abandonaban y eras ya una adulta, y Bill, y los hijos, y la partida de los hijos, y la muerte de Bill. ¿Y después? Después necesitabas otra vez aliados, personas que te acompañaran hasta el final. Aliados que se acordaban de Múnich, que se acordaban de las películas antiguas, que seguían

siendo las mejores, aunque procurases que te gustaran las nuevas. Aliados que te ayudaban a entender la declaración de la renta y a abrir tarritos de mermelada. Aliados que se preocupaban tanto como tú por el dinero, aunque sospecharas que algunos de ellos tenían más de lo que confesaban.

—¿Te has enterado de que han duplicado el depósito para Stanhope? —dijo Merrill.

—No, ¿cuánto es ahora?

—Mil al año. Antes eran quinientos.

—Bueno, es muy bonito. Pero las habitaciones son muy pequeñas.

—Como en todas partes.

—Y necesitaré dos dormitorios. Tengo que tener dos dormitorios.

—Todo el mundo necesita dos.

—Las habitaciones de Norton son grandes. Y está en el centro.

—Pero he oído que la otra gente es aburrida.

—Yo también.

—Wallingford no me gusta.

—A mí tampoco.

—Tendrá que ser Stanhope, quizá.

—Si duplican el depósito de buenas a primeras tienes que estar segura de que no doblarán los gastos nada más mudarte.

—Donde está Steve tienen un buen sistema. Te piden que claves un anuncio diciendo en qué puedes ayudar: por ejemplo, si puedes llevar a alguien al hospital, arreglar una estantería o rellenar una declaración de la renta.

—No es mala idea.

—Siempre que no te haga depender demasiado de los demás.

—Eso sí es mala idea.

—No me gusta Wallingford.

—A mí tampoco.

Se miraron armoniosamente.

—Camarero, ¿puede hacernos dos cuentas?

—Oh, la dividimos nosotras, Merrill.

—Pero yo he tomado el huevo.

—Ah, tonterías.

Janice le tendió un billete de diez dólares.

—¿Llega con esto?

—Bueno, son doce, si vamos a medias.

La típica Merrill. La típica puñetera Merrill. Con el dinero que le dejó el sobón del campus. Mil dólares al año sólo por estar en la lista de espera es calderilla para ella. Y además del huevo se ha tomado el zumo. Pero Janice se limitó a abrir el bolso

con un chasquido, sacó dos billetes de un dólar y dijo:
—Sí, vamos a medias.

Higiene

«Bien, ya está, chico.» Su petate descansaba entre los asientos, el impermeable doblado a su lado. Billete, cartera, neceser, condones, lista de recados. La puñetera lista. Se puso una visera cuando el tren arrancó. A él no le molaba aquel rollo sensiblero: la ventanilla bajada, el pañuelo que ondea, los ojos enrojecidos. Tampoco se podía bajar ya la ventanilla, tenías que quedarte sentado en aquellos vagones de ganado con otros gilipollas de billete barato y mirar afuera por el cristal sellado. Y si miraba tampoco vería a Pamela. Estaría en el aparcamiento, puliendo los tapacubos con el bordillo de cemento al maniobrar con el Astra para acercarlo al chisme de la ranura para la ficha. Siempre se quejaba de que los tíos que diseñaban las barreras no se daban cuenta de que las mujeres tenían los brazos más cortos que los hombres. Él decía que eso no justificaba una pelotera con el bordillo, si no alcanzabas te apeabas y listo, mujer. Total, que ella estaría allí ahora, torturando una rueda como contribución personal a la batalla de sexos. Y ya estaba en el aparcamiento porque no quería ver cómo él la miraba desde el tren. Y él no la estaba mirando desde el tren porque ella insistió en añadir cosas a su puñetera lista de tareas en el puñetero último momento.

El queso Stilton de Paxton, como de costumbre. El surtido de hilos, agujas, cremalleras y botones, como de costumbre. Los aros de caucho para los termos, como de costumbre. Los polvos de Elizabeth Arden. Todo en orden, como de costumbre. Pero todos los años ella se acordaba de algo en el día D menos treinta segundos, algo concebido para que él saliera disparado al centro en busca de alguna tontería. Trae otro vaso para reponer el que se rompió; a saber, el que tú, el comandante Jacko Jackson, jubilado o, mejor dicho, otrora jubilado pero en la actualidad sometido a un consejo de guerra por la intendencia de las fuerzas armadas, rompiste de un modo intencional y alevoso después de haberte emborrachado con el líquido de hacer gárgaras. Inútil señalar que era uno de esos vasos que se habían agotado incluso antes de que los compráramos de segunda mano. Este año había sido: Vete al John Lewis grande de Oxford Street a ver si venden la parte de fuera del escurridor de ensalada, cuya grieta era un peligro mortal desde que se le cayó a fulano o mengano, porque la parte de dentro funciona bien todavía y puede que vendan la de fuera por separado. Y en el aparcamiento ella había agitado aquel trasto para que él se lo llevara y no comprara uno del tamaño que no era o algo así. Prácticamente intentó metérselo por la fuerza en el petate. Ajj.

Aun así, siempre le había reconocido que hacía un buen café. Puso el termo en la mesa y desenvolvió el papel de aluminio. Galletas de chocolate. Las galletas de chocolate de Jacko. Él todavía las llamaba así. ¿Hacía bien o mal? ¿Eras tan joven como te sentías o tan viejo como aparentabas? Esa era la gran pregunta hoy día, en su opinión. Quizá la única. Se sirvió café y mordisqueó una galleta. El suave, familiar paisaje inglés, verde grisáceo, le sosegó y después le levantó el ánimo. Ovejas,

ganado, árboles peinados por el viento. Un canal indolente. Cárgatelo, brigada. *Sí, señor.*

La postal de este año le complacía bastante. Una espada ceremonial en su vaina. Un detalle sagaz, pensó. Hubo un tiempo en que enviaba postales de cañones de campaña y famosos campos de batalla de la guerra civil. Bueno, entonces era más joven. Querido Babs: cena el 17 de los corrientes. Reserva la tarde libre. Siempre tuyo, Jacko. De lo más directo. Nunca se molestaba en meter la postal en un sobre. Principios de ocultación, sección 5b, apartado 12: es muy poco probable que el enemigo detecte algo que le plantan directamente delante de las narices. Ni siquiera se molestaba en ir a Shrewsbury. Echaba la postal en el buzón del pueblo.

¿Eras tan joven como te sentías o tan viejo como aparentabas? El revisor, o inspector o jefe de tren, o como los llamasen ahora, ni siquiera le había mirado. Sólo vio a un ciudadano de edad, con billete de ida y vuelta para una excursión entre semana, y lo consideró sin interés e inofensivo, un agarrado que se llevaba su propio café para ahorrar dinero. Pues era cierto. La pensión ya no cundía tanto como al principio. Hacía mucho que había cancelado la suscripción al club. Aparte de para la cena anual del regimiento, sólo necesitaba ir a la ciudad si los piños le causaban problemas y no se fiaba de la pericia del veterinario local. Era más sensato hospedarse en una pensión cercana a la estación. Si pedías el desayuno completo, jugabas bien tus cartas y te ligabas una salchicha de más, tenías resuelto el día. Hacías lo mismo el viernes y así te las apañabas hasta el momento de volver a casa. De regreso a la base. Me presento a darle el parte, todas las escurrideras presentes y en buen estado, *señora.*

No, todavía no pensaría en eso. Era su permiso anual. Dos días de licencia. Había ido a cortarse el pelo, como de costumbre. Había llevado a limpiar la chaqueta. Era un hombre ordenado, de expectativas y placeres metódicos. Aunque esos placeres ya no fuesen tan intensos como antaño. Diferentes, digamos. A medida que envejeces, ya no tienes la cabeza de antes para la bebida. No puedes emborracharte como en los viejos tiempos. Así que bebes menos y lo disfrutas más, y acabas tan mamado y ciego como antes. Bueno, el principio era ése. No siempre funcionaba, por supuesto. Y con Babs ocurría lo mismo. Cómo se acordaba de aquella primera tanda, tantos años atrás. Sorprendente que se acordara, teniendo en cuenta su estado etílico. Y otra cosa era que estar mamado y ciego no parecía cambiar nada la prestación del honorable miembro. Tres veces. Eres perro viejo, Jacko. Una vez para saludar; otra para el polvo en serio; y otra más para el viaje de vuelta. Bueno, ¿por qué, si no, vendían los condones en paquetes de tres? Provisión de una semana para algunos tíos, sin duda, pero cuando te has estado reservando como él...

Cierto que ya no podía emborracharse como solía. Y el honorable miembro ya no podía con la maña de las tres cartas. Seguramente bastaba con una, a la edad en que te

hacían descuento en los trenes. No había que forzar el corazón. Y la idea de que Pamela tuviera que afrontar algo semejante... No, no tenía intención de forzar la máquina. La espada ceremonial en su vaina, y sólo media botella de champán entre los dos. En los viejos tiempos se despachaban una entera. Tres copas cada uno, una por cada tanda. Ahora sólo la mitad —una oferta especial de aquel abrevadero cerca de la estación— y muchas veces no la terminaban. A Babs le daba ardor de estómago y él no quería estar hecho miga para la cena del regimiento. Hablaban, sobre todo. Algunas veces dormían.

No se lo reprochaba a Pamela. Algunas mujeres dejaban de hacerlo después de la menopausia. Una simple cuestión de biología, no era culpa de nadie. Era sólo la estructura femenina. Montas un mecanismo, el mecanismo produce lo que está programado que produzca —es decir, manufactura de críos: testigos, Jennifer y Mike — y después se para. La vieja madre naturaleza cesa de lubricar las piezas. No es de extrañar, ya que la madre naturaleza es de inequívoca filiación femenina. No es culpa de nadie. Así que él tampoco tenía que culparse. Lo único que hacía era cerciorarse de que *su* maquinaria estaba todavía operativa. El viejo padre naturaleza todavía lubricaba las piezas. Una cuestión de higiene, en realidad.

Sí, así era. Estaba en paz consigo mismo a este respecto. Nada de evasivas. No podía hablar de este tema con Pam, pero mientras pudieras mirarte de frente en el espejo de afeitarse... Se preguntó si los tíos que estaban sentados en el otro lado de la mesa durante aquella cena, un par de años antes, podrían hacerlo. Su modo de hablar. Muchas de las antiguas reglas del comedor habían desaparecido, por supuesto, o se pasaban por alto, y aquellos pitopáusicos que al principio de la cena ponían cara de ratas habían empezado a despotricar del sexo débil antes de que sirvieran el oporto. Él mismo les habría metido un puro. En su opinión, el regimiento había reclutado a demasiados huevones en los últimos tiempos. Así que había escuchado a los tres que disertaban como si tuvieran a su disposición toda la sabiduría de los siglos. «El quid del matrimonio está en lo que puedes sacar de él», dijo el cabecilla, y los otros habían asentido. Pero no era esto lo que se le había atragantado. Fue cuando el fulano siguió explicando o, más exactamente, cuando se jactó de cómo había reanudado relaciones con una antigua novia, muy anterior a la época en que conoció a su mujer. «Eso no cuenta», había contestado uno de los listos. «El adulterio preexistente no cuenta.» Jacko tardó un buen rato en caer en la cuenta, y cuando lo hizo no le gustó mucho lo que entendió. Palabras equívocas.

¿Él era así cuando conoció a Babs? No, no lo creía. No intentaba fingir que las cosas no eran como eran. No se decía a sí mismo: Ah, es porque estaba mamado y ciego, y: Ah, es porque Pam ahora es así. Tampoco decía: Ah, es porque Babs es rubia y a mí siempre me han ido las rubias, lo cual es extraño, porque Pam es morena, a no ser, claro, que no tenga nada de raro. Babs era una chica maja, estaba allí, era

rubia y habían tocado el gong tres veces aquella noche. Sólo había habido eso. Salvo que él la recordaba. La recordaba y al año siguiente la volvió a ver.

Extendió la mano encima de la mesa. Un palmo y dos centímetros, era el diámetro de la escurridera. Pues claro que me acordaré, le había dicho a ella: ¿No pensarás que se me van a encoger las manos en las próximas veinticuatro horas? No, no me metas las piezas en el petate, Pamela, te he dicho que no quiero cargar con ellas hasta la ciudad. Quizá pudiera comprobar hasta qué hora John Lewis estaba abierto por la tarde. Llamarles desde la estación, ir en una escapada esta noche en lugar de mañana. Así ganaría tiempo. Y a la mañana siguiente podría hacer todos los demás recados. Hay que pensar con precisión, Jacko.

Al año siguiente no estaba seguro de si Babs se había acordado de él, pero aun así se alegraba de verle. Él había comprado por si acaso una botella de champán, y esto, en cierto modo, había arreglado las cosas. Se quedó toda la tarde, le habló de sí mismo y tocaron el gong otras tres veces. Dijo que le enviaría una postal la próxima vez que fuese a la ciudad, y así habían mantenido en marcha el asunto. Y ahora hacía... ¿cuánto, veintidós, veintitrés años? Le llevó flores el día del décimo aniversario y en el vigésimo una planta en un tiesto. Una poinsetia. Pensar en Babs le daba ánimos aquellas mañanas crudas en que salía a alimentar a las gallinas y a revolver en la carbonera. Ella era —¿qué palabra empleaban ahora?— su oportunidad. Ella había intentado romper una vez —jubilarse, había bromeado—, pero él no la dejó. Había insistido, y casi montaron una escena. Ella cedió y le acarició la cara, y al año siguiente, cuando le envió la postal, estaba muerto de miedo, pero Babs cumplió su palabra.

Claro que habían cambiado. Todo el mundo cambia. Para empezar, Pamela: la partida de los hijos, el jardín, el cariño que había cogido a los perros, el corte de pelo tan al rape como el césped, el que siempre estuviera limpiando la casa. Tampoco es que a él las cosas le pareciesen distintas de como eran antes de que ella se pasara la vida limpiándola. Y ella ya no quería ir a ningún sitio, decía que ya había viajado bastante. Él decía que ahora tenían tiempo libre; pero lo tenían y no lo tenían. La verdad es que tenían más tiempo y hacían menos cosas. Y tampoco estaban ociosos.

Él también había cambiado. En el miedo que sentía cuando se subía a la escalera para limpiar los canalones. Lo había hecho durante veinticinco años, cielo santo, era la primera de su lista de tareas cada primavera, y en una casita de una planta no estabas tan lejos del suelo, pero así y todo tenía miedo. No era miedo a caerse. Siempre cerraba las abrazaderas laterales de la escalera, no tenía vértigo y sabía que si se caía lo más probable era que aterrizase sobre césped. Era sólo que mientras estaba allí, con la nariz un poco más arriba del canalón, raspando con una paleta el musgo, las hojas empapadas y la suciedad, tirando las ramitas y las briznas de nidos de pájaro fallidos, comprobando si había tejas rotas y si la antena de la tele estaba

firme; mientras estaba allí, perfectamente protegido, calzado con botas de agua y envuelto en la cazadora, con la gorra de lana en la cabeza y los guantes de goma en las manos, a veces notaba que le afluían las lágrimas y sabía que no era por culpa del viento, y se atascaba, agarrado al canalón con una mano de goma y con la otra haciendo como que rebuscaba en la curva de plástico grueso, y se moría de miedo. De todo el maldito asunto.

Le gustaba pensar que Babs no cambiaba, y era cierto, no cambiaba en su mente, en su recuerdo de ella y en sus expectativas. Pero al mismo tiempo reconocía que ya no tenía el pelo tan rubio como antes. Y también había cambiado después de que él la hubiese convencido de que no se jubilara. A ella no le gustaba desvestirse en su presencia. Se quedaba con el camisón puesto. El champán le daba acidez de estómago. Un año, él le había comprado el más caro que había, pero el resultado había sido el mismo. Apagaba la luz cada vez más a menudo. Ya no se esforzaba tanto en excitarle. Dormía cuando él dormía; a veces se dormía antes.

Pero seguía siendo lo que él esperaba que fuese cuando daba de comer a las gallinas, recogía carbón o limpiaba el canalón mientras las lágrimas afluían y él se aplastaba los pómulos con el envés de su guante de goma. Ella era su vínculo con el pasado, un pasado en el que podía emborracharse y tocar todavía el gong tres veces seguidas. Ella se ponía un poco maternal, pero todo el mundo necesitaba también eso, ¿no? ¿Una galleta de chocolate, Jacko? Había algo de esto. Pero también: Eres un hombre de verdad, ¿sabías, Jacko? No quedan muchos hombres de una pieza por ahí, son una especie en extinción, pero tú eres uno de ellos.

Se aproximaban a Euston. Un jovenzuelo sentado enfrente de Jacko sacó su puñetero móvil y marcó con ansiedad. «Hola, cariño..., sí, escucha, el maldito tren está parado en algún sitio fuera del maldito Birmingham. No nos dicen nada. No, como mínimo una hora o más, calculo, y luego tengo que cruzar todo Londres... Sí... Sí, hazlo... Yo también... Adiós.» El mentiroso se guardó el teléfono y miró alrededor, desafiando a cualquiera que le hubiese oído.

Bien: repasemos otra vez las órdenes del día. Estación, telefonar a John Lewis con referencia al descubrimiento temprano de la rotura de la escurridera. Cena en uno de esos restaurantes cerca de la pensión: indio, turco, da igual. Gasto máximo 8 libras. En el Marquis of Granby, sólo dos pintas, no quiero mantener despierto al personal con mucho ruido de cisterna por la noche. Desayuno, salchicha adicional si es posible. Media botella de champán de Thresher.

Recados para la intendencia general de las fuerzas armadas: el Stilton como siempre, los aros de termo como siempre, los polvos a granel, como siempre. A las dos en punto Babs. De dos a seis. Sólo pensarlo... Capitán, ¿estás durmiendo ahí abajo? Que los honorables miembros hagan el favor de levantarse... La espada ceremonial en su funda. De dos a seis. Té en algún momento. Té y una galleta.

Curioso que esto también haya pasado a formar parte de la tradición. Y Babs sabía estimular tan bien a un tío, era tan buena para hacerle sentir por un momento, incluso a oscuras, incluso con los ojos cerrados, sólo por un momento, que él era... lo que quería ser.

«Bien, ya está, chico. A casa, James, y azuca a los caballos.» Su petate descansaba entre los asientos, el impermeable doblado a su lado. Billetero, cartera, neceser, la lista de recados ahora llena de marcas claras. ¡Condomes! Había mantenido aquella broma particular. Todo el asunto era una broma. Hizo una inspección por la ventanilla precintada: un puesto de bocadillos excesivamente iluminado, un tren con equipajes parado, un porteador con un uniforme estúpido. ¿Por qué los conductores de tren no tienen hijos? Porque siempre salen a tiempo. Ja, jodido, ja. Poner los condoms en la lista siempre había sido su broma anual, porque no los había necesitado. Durante años. Después de conocerle y fiarse de él, Babs dijo que no tenían que preocuparse. Él había preguntado qué hay de lo otro, o sea, la manufactura de niños. Ella le contestó: «Jacko, creo que ese peligro ha pasado hace mucho.»

Todo había ido sobre ruedas de entrada. Todo perfecto. El tren a su hora, la travesía de la ciudad hasta John Lewis, la palma extendida para indicar las dimensiones de la escurridera, tamaño reconocido pero, ay, no se vendían piezas sueltas, aunque había una oferta especial, seguramente más barata ahora que cuando la señora la compró. Deliberación consigo mismo sobre si dejar las piezas no necesarias de la escurridera en el lugar de compra y decir que había conseguido encontrar un cuenco suelto. Toma la decisión de presentar el artículo completo. Al fin y al cabo, el viejo de manos torpes podría celebrar una noche tirando, para variar, las tripas del chisme. Sólo que, conociendo su suerte, seguro que rompía el cuenco otra vez y se iban a pasar el resto de sus vidas almacenando piezas.

Trayecto de regreso. Reconocido y recordado por el tío extranjero que lleva la pensión. Moneda en la ranura, informe a la base sobre la llegada sano y salvo. Un curry de pollo muy decente. Dos pintas, ni más ni menos, en el Marquis of Granby. Disciplina mantenida. Ninguna presión anómala sobre la vejiga y próstata. Noche superada con una sola visita a las letrinas. Duerme como un bebé, como suele decirse. Con palabras melosas, liga una salchicha de más a la mañana siguiente. Oferta especial de media botella de champán en Thresher. Lista de recados cumplida sin pegajos ni percances. Lavado y cepillado, limpieza de dientes. Se presenta para la revista a las dos en punto.

Y ahí fue donde terminaron las ofertas especiales. Había llamado al timbre imaginando los rizos rubios conocidos y la bata rosa, oyendo las risitas. Pero una mujer morena teñida y de mediana edad abrió la puerta. Se quedó perplejo, sin habla.

—¿Un regalo para mí? —dijo ella, es probable que sólo para dar conversación, y

extendió la mano y cogió por el cuello la botella. En vez de contestar, él sujetó la botella y tuvieron un tira y afloja hasta que él dijo:

—Babs.

—Babs tardará un ratito —dijo ella, abriendo más la puerta. No parecía lo correcto, pero él la siguió al cuarto de estar que había sido decorado de nuevo desde la última vez del año pasado. Decorado como el salón de una puta, pensó.

—¿La pongo en la nevera? —preguntó ella, pero él no soltó la botella.

—¿Viene del campo? —preguntó ella.

—¿Militar? —preguntó ella.

—¿Le ha comido la lengua un gato? —preguntó ella.

Guardaron silencio durante un cuarto de hora, hasta que él oyó que una puerta se cerraba, y luego otra. Ahora tenía delante a la mujer morena, acompañada de una rubia alta cuyo sujetador le ofrecía las tetas como si fuese un frutero.

—Babs —repitió él.

—Yo soy Babs —dijo la rubia.

—Tú no eres Babs —dijo él.

—Si usted lo dice —respondió ella.

—Tú no eres Babs —repitió él.

Las dos mujeres se miraron y la rubia dijo, con un tono despreocupado y seco:

—Mire, abuelo, soy quien usted quiera, ¿vale?

Él se levantó. Miró a las dos furcias. Se explicó, tan despacio que hasta el recluta más bisoño le hubiera entendido.

—Ah —dijo una de ellas—. Se refiere a Nora.

—¿Nora?

—Bueno, la llamábamos Nora. Lo siento. No, se fue hace unos nueve meses.

Él no había comprendido. Pensó que se referían a que se había mudado. Pero tampoco había comprendido. Pensó que se referían a que había sido asesinada, que había muerto en un accidente de tráfico o algo parecido.

—Era mayorcita —dijo una de ellas, al final, a modo de explicación. Él debió de poner una expresión feroz, porque ella añadió, un poco nerviosa—: No se ofenda. No se lo tome a mal.

Habían abierto el champán. La mujer morena sacó copas que no eran. Él y Babs siempre lo tomaban en vaso. El champán estaba caliente.

—Envié una postal —dijo él—. Una espada ceremonial.

—Sí —respondieron ellas, sin interés.

Apuraron las copas. La morena dijo:

—Bueno, ¿todavía le apetece lo que ha venido a hacer?

Él no se paró a pensarlo. Debió de asentir. La rubia dijo:

—¿Quiere que yo sea Babs?

Babs era Nora. Fue lo que captó su cerebro. Notó que volvía a enfurecerse.

—Quiero que seas la que eres.

Era una orden.

Las dos mujeres se miraron otra vez. La rubia dijo, con firmeza pero sin resultar convincente:

—Soy Debbie.

Él debería haberse marchado entonces. Debería haberse ido por respeto a Babs, por lealtad a Babs.

El paisaje desfilaba al otro lado de la ventanilla precintada, como todos los años, pero él no le veía una forma. A veces confundía la lealtad a Babs con la lealtad a Pamela. Metió la mano en el petate en busca del termo. Algunas veces —oh, sólo unas cuantas, pero había sucedido— había confundido el follar con Babs con follar con Pamela. Era como si hubiese estado en casa. Y como si hubiese ocurrido en casa.

Había entrado en la que había sido la habitación de Babs. También decorada de nuevo. No logró captar lo que era nuevo, sino sólo lo que ya no estaba. Ella le había preguntado qué quería hacer. Él no había contestado. Ella le cogió dinero y le dio un condón. Él lo sostuvo en la mano. Babs no lo hacía, Babs no lo habría...

—¿Quiere que se lo ponga, abuelo?

Él le apartó la mano de un manotazo y se bajó los pantalones, y después los calzoncillos. Sabía que no pensaba con claridad, pero parecía la mejor opción, la única. Para eso había ido, en definitiva. Para eso había pagado. El honorable miembro estaba ocultando transitoriamente su luz, pero si le indicaba lo que había que hacer, si le impartía órdenes, entonces... Intuyó que Debbie le miraba, de pie sobre una pierna y con una rodilla apoyada en la cama.

Él se calzó con los dedos el condón en la polla, esperando que así se activaría de golpe. Miró a Debbie, al frutero que le ofrecía, pero no le ayudó. Se miró la polla flácida, miró el condón arrugado, con su tetina caída e imposible de llenar. Sintió el recuerdo del caucho lubricado en la yema de los dedos. Pensó para sus adentros: Bien, ya está, chico.

Ella había sacado un puñado de toallas de papel de la caja acolchada que había encima de la mesilla, y se las entregó. Él se enjugó la cara. Ella le devolvió una pequeña parte del dinero; sólo un poco. Él se vistió rápidamente y salió a las calles cegadoras. Vagó sin rumbo. Un reloj digital encima de alguna tienda le informó de que eran las tres y doce. Se percató de que aún llevaba puesto el condón.

Ovejas. Vacas. Un árbol peinado por el viento. Un puñetero, estúpido y pequeño campamento de bungalows lleno de gilipollas idiotas que le dieron ganas de gritar y tirar del cordón de alarma o del puto chisme que hubiera ahora en su lugar. Gilipollas como él. Y él regresaba a su propia estúpida y puñetera pequeña casa que tantos años se había pasado remozando. Desenroscó el termo y se sirvió café. Dos días en el

termo y estaba helado. En los viejos tiempos solía amenizarlo con el contenido de una petaca. Ahora estaba sólo frío, frío y rancio. Normal, ¿eh, Jacko?

Tendría que darle otra capa de barniz para yates al suelo de la terraza, más allá de las puertaventanas, porque aquellas sillas nuevas de jardín lo dejaban lleno de marcas... En el trastero bastaba una mano de pintura... Tendría que sacar la segadora y llevarla a que le afilasen las cuchillas, aunque era difícil encontrar a alguien que lo hiciera, te miraban y te aconsejaban que comprases uno de esos artilugios con un chirimbolo de plástico anaranjado en lugar de una cuchilla...

Babs era Nora. Él no tenía que ponerse un condón porque ella sabía que él no andaba con otras y ella ya no podía quedarse embarazada. Ella sólo cancelaba por él, una vez al año, su condición de jubilada; te he cogido cariño, Jacko, eso es todo. Un día ella había bromeado sobre el pase de autobús que tenía, y así se había enterado de que era mayor que él; mayor también que Pamela. Una vez, cuando todavía despachaban una botella entera en el curso de una tarde, ella se había brindado a chupársela después de haberse quitado la parte superior de la dentadura, y él se rio pero le pareció asqueroso. Babs era Nora y Nora había muerto.

Los colegas no habían notado ningún cambio en la cena. Mantuvo su disciplina. No hizo ningún feo. «La verdad es que ya no envaso tanto como antes, compadre», había dicho, y alguien soltó una risita, como si fuese un chiste. Se escaqueó temprano y tomó una copa en el Marquis of Granby. No, hoy sólo la mitad. La verdad es que ya no envaso tanto como antes. No se dé por vencido, respondió el camarero.

Se despreciaba por haber fingido con aquella furcia. ¿Todavía le apetece lo que ha venido a hacer? Oh, sí, todavía le apetecía, pero ella no tenía por qué haberlo sabido. Él y Babs no lo habían hecho desde hacía... ¿cinco, seis años? El último o los dos últimos años no habían hecho más que beber el champán a sorbitos. A él le gustaba que ella se pusiera aquel camisón de mamá por el que siempre le tomaba el pelo, que se subiese a la cama con él, apagara la luz y hablase de los viejos tiempos. De cómo habían sido. Uno para saludar, otro ya en serio y otro para el viaje de vuelta. Eras un tigre en aquella época, Jacko. Me dejabas para el arrastre. Me tomaba libre el día siguiente. Qué va. Ah, sí, de verdad. Pues yo nunca... Oh, sí, Jacko, un auténtico tigre.

Ella no quería subir la tarifa, pero el alquiler era el alquiler, y él pagaba por el espacio y el tiempo, quisiera lo que quisiese hacer o dejar de hacer. Era lo bueno de aquella tarjeta de tren para la tercera edad, que ahora podía ahorrar en el viaje. Pero ya no había más «ahora». Era su última visita a Londres. Por el amor de Dios, había queso Stilton y escurrideras en Shrewsbury. La cena del regimiento sería cada vez más una reunión para ver quién no iba, en lugar de quién iba. En cuanto a los dientes, se los arreglaría el veterinario del pueblo.

Los paquetes estaban en la rejilla de arriba. Su lista de recados era una serie de

marcas. Pam estaría camino de la estación, quizá ya entrando en el aparcamiento de estancia breve. Siempre entraba de morro en la plaza de parking. No le gustaba meter la marcha atrás, prefería dejarlo para más tarde; o, lo más probable, para que lo hiciera él. Él era distinto. Prefería entrar de culo. Así estabas preparado para salir deprisa. Herencia de la instrucción, suponía: mantenerse en el *qui vive*. Pamela decía: Últimamente, ¿cuándo hemos tenido que salir deprisa? De todos modos, suele haber cola en la salida. Él decía: Si salimos los primeros no habrá cola. Total, la pescadilla que se muerde la cola. Y etcétera.

Se prometió a sí mismo que no comprobaría si ella había rayado aún más los tapacubos. No haría comentarios cuando él bajase la ventanilla y extendiese la mano hacia la ranura de fichas. No diría: «Mira lo lejos que están las ruedas y aun así llego.» Sólo preguntaría cómo estaban los perros, si había habido noticias de los chicos, si ya habían entregado el fertilizante Super Dug.

Pero lamentaba la pérdida de Babs y se preguntó cómo sería llorar la de Pamela. Si ella se iba antes que él, por supuesto.

Había cumplido sus recados. Cuando el tren se acercaba a la estación, miró por la ventanilla precintada con la esperanza de ver a su mujer en el andén.

El reestreno

1. PETERSBURGO

Era una antigua obra suya, escrita en Francia en 1849; prohibida enseguida por el censor, su publicación no fue autorizada hasta 1855. Se estrenó diecisiete años más tarde y se representó cinco míseras noches en Moscú. Ahora, treinta años después de que la escribiera, ella le había teleografiado pidiéndole permiso para representarla, abreviada, en Petersburgo. Él accedió, aunque con la pequeña objeción de que su invención juvenil había sido concebida para la lectura, no para la escena. Añadió que la obra era indigna de una actriz de tanto talento como ella. Era la clásica galantería, porque nunca la había visto actuar.

Como la mayoría de sus escritos, la obra versaba sobre el amor. Y, al igual que en su vida, en sus escritos el amor era un fracaso. El amor podía o no podía producir bondad, gratificar la vanidad y limpiar la piel, pero no conducía a la felicidad; en el amor había siempre una desigualdad de sentimiento o intención. Tal era su naturaleza. Por supuesto, «funcionaba» en el sentido de que era la causa de las emociones más profundas de la vida, y a él le daba la lozanía de una flor de tilo en primavera y le quebraba como a un traidor la rueda de tormento. Le impulsaba a pasar de una timidez educada a una audacia relativa, aunque algo teórica, tragicómicamente incapaz de emprender una acción. Le enseñó la locura paralizante de la expectación, la desdicha del fracaso, el gemido del arrepentimiento y la tonta afición a recordar. Conocía bien el amor. También se conocía bien a sí mismo. Treinta años antes, se había expresado a través de Rakitin, el personaje que expone al público sus conclusiones acerca del amor: «En mi opinión, Alexéi Nikoláievich, todos los amores, los felices y los infelices, son un auténtico desastre si te entregas por entero a ellos.» Estos conceptos fueron tachados por el censor.

Había supuesto que ella interpretaría a la protagonista femenina, Natalia Petrovna, la mujer casada que se enamora del tutor de su hijo. Pero ella prefirió el papel de la pupila de Natalia, Veroshka, que, como sucede en las obras de teatro, también se enamora del tutor. La obra se estrenó; él fue a Petersburgo; ella fue a visitarle a su habitación en el Hotel de l'Europe. Había pensado que él la intimidaría, pero descubrió que le cautivaba el «elegante y agradable abuelo» que encontró. La trató como a una niña. ¿Era tan sorprendente? Ella tenía veinticinco años y él sesenta.

El 27 de marzo asistió a una representación de su obra. No obstante haberse escondido en las profundidades del palco del director, le reconocieron y, al final del segundo acto, el público empezó a gritar su nombre. Ella fue a sacarle al escenario; él se negó, pero hizo una reverencia desde el palco. Concluido el tercer acto, fue al camerino de ella, le tomó las manos y la examinó a la luz de gas.

—Veroshka —dijo—. ¿De verdad he escrito esta Veroshka? No le presté mucha atención cuando lo estaba escribiendo. El centro de la obra para mí era Natalia

Petrovna. Pero usted es la Veroshka viva.

2. EL VIAJE REAL

¿Se enamoró, entonces, de su propia creación? Veroshka en el escenario bajo los focos, Veroshka fuera de escena bajo la luz de gas, ¿era ahora tanto más valiosa por haberla vislumbrado en su texto treinta años antes? Si el amor, como sostienen algunos, tiene por única referencia a sí mismo, si el objeto del amor carece, a la postre, de importancia, porque lo que los amantes valoran son sus propias emociones, ¿qué mejor retorno al punto de partida que el hecho de que un dramaturgo se enamore de su propio personaje? ¿Quién necesita la interferencia de la persona real, de la *ella* real bajo la luz del sol, de la farola, del corazón? He aquí una foto de Veroshka, vestida como para ir a la escuela: tímida y atrayente, con ardor en los ojos y una palma abierta que denota confianza.

Pero si esta confusión se produjo, la suscitó ella. Años después escribió en sus memorias: «No *interpretaba* a Veroshka, oficiaba un rito sagrado... Sentía con toda claridad que Veroshka y yo éramos la misma persona.» Así que debemos ser indulgentes si «la Veroshka viva» fue lo primero que a él le conmovió; lo primero que la conmovió a ella fue quizá otra cosa que no existía: el autor de la obra, desaparecido hacía mucho tiempo, treinta años más tarde. Y recordemos también que él sabía que aquél sería su último amor. Ya era un anciano. Le aplaudían dondequiera que fuese como a una institución, al representante de una época, a alguien cuya obra estaba hecha. En el extranjero le colgaban togas y cintas. Tenía sesenta años y era viejo por elección y también lo era en la realidad. Un año o dos antes, había escrito: «Después de los cuarenta años, sólo hay una palabra que resuma el fundamento de la vida: *renuncia*.» Ahora tenía la mitad de años más que en aquel aniversario definitorio. Tenía sesenta, y ella veinticinco.

En las cartas, le besaba las manos, le besaba los pies. Por su cumpleaños le envió una pulsera de oro con los nombres de ambos grabados en el interior. «Ahora siento que te amo sinceramente», le escribió. «Creo que te has convertido en una parte de mi vida de la que nunca me separaré.» Son fórmulas convencionales. ¿Eran amantes? Parece que no. Para él era un amor fundado en la renuncia, cuyas emociones consistían en si-hubiera y lo-que-podría-haber-sido.

Pero todo amor necesita un viaje. Todo amor, simbólicamente, es un viaje que precisa encarnarse. Su viaje tuvo lugar el 28 de mayo de 1880. Él estaba en su finca en el campo; la instó a que le visitara allí. Ella no podía: era una actriz en activo o de gira; hasta ella debía renunciar a cosas. Pero tenía que desplazarse de Petersburgo a Odessa, y en el trayecto pasaría por Mtsensk y Oriol. Él consultó el horario para ella. Había tres trenes que salían de Moscú y recorrían la línea Kursk. El de las 12.30, el de las 4 y el de las 8.30: el expreso, el correo y el que paraba en todas las estaciones. Horas respectivas de llegada a Mtsensk: 10 de la noche, 4.30 de la madrugada y 9.45

de la mañana. Había que tener en cuenta la viabilidad del idilio. ¿Debía la amada llegar con el correo o en el equivalente ferroviario del farolillo rojo? La exhortó a tomar el de las 12.30, rectificando que la hora exacta de su llegada era las 9.55.

En esta precisión hay un lado irónico. Él era notoriamente impuntual. Durante una época, llevaba encima sin disimulo una docena de relojes; aun así, llegaba a una cita con horas de retraso. Pero el 28 de mayo, temblando como un muchacho, aguardó el expreso de las 9.55 en la pequeña estación de Mtsensk. La noche había caído. Embarcó en el tren. Había cincuenta kilómetros de trayecto desde Mtsensk a Oriol.

Viajó esos cincuenta kilómetros en el compartimento de ella. La miró, besó sus manos, inhaló el aire que ella respiraba. No se atrevió a besarla en los labios: una renuncia.

O bien lo intentó y ella apartó la cara: vergüenza, humillación. Y banalidad también, a la edad de él. O bien la besó y ella le devolvió los besos con igual ardor: sorpresa y un brinco de miedo. No lo sabemos: el diario de él fue quemado más tarde, las cartas de ella no sobrevivieron. Lo único que tenemos son las cartas posteriores del autor, cuya garantía de fiabilidad radica en que fechan aquel viaje de mayo en el mes de junio. Sabemos que ella viajaba con una compañera, Raisa Alexéievna. ¿Qué hizo Raisa? ¿Fingir que dormía, simular que poseía una súbita visión nocturna para el paisaje oscurecido, esconderse detrás de un libro de Tolstói? Recorrieron cincuenta kilómetros. Él se apeó del tren en Oriol. Ella, sentada en su asiento, le despidió agitando el pañuelo mientras el expreso la llevaba hacia Odessa.

No, hasta este pañuelo es una invención. Pero la cosa es que hicieron su viaje juntos. Ahora podría ser evocado, mejorado, transformado en la encarnación, la realización del si-hubiera. Él siguió invocándolo hasta la muerte. Fue, en un sentido, su último viaje, el último del corazón. «Mi vida queda atrás», escribió, «y aquella hora pasada en un vagón de tren, en que casi me sentí como un joven de veinte años, fue la última llamada.»

¿Quiere esto decir que casi tuvo una erección? Nuestra época documentada reprende a su antecesora por sus perogrulladas y sus evasivas, sus chispas, sus llamas, sus fuegos, sus chamusquinas imprecisas. El amor no es una hoguera, por Dios, es una polla tiesa y un coño húmedo, regañamos a aquella gente que se derretía y renunciaba. ¡Adelante! ¿Por qué no lo hiciste? ¡Hatajo de pollas miedosas y de coños cerrados con candado! ¡Besarle las *manos*! Sabemos perfectamente lo que quería besarle de verdad. Entonces, ¿por qué no? Y además en un tren. Sólo tenías que haber posado la lengua en el sitio y que el traqueteo del tren lo hiciera todo por ti. ¡Tac-tac, tac-tac!

¿Cuándo fue la última vez que te besaron las manos? Y si así fue, ¿cómo sabes que él las besaba bien? (Aún más, ¿cuál fue la última vez que te *escribieron* que iban

a besarte las manos?) He aquí el razonamiento para el mundo de las renunciadas. Nosotros sabemos más sobre consumación, ellos sabían más sobre deseo. Nosotros sabemos más de números, ellos sabían más sobre desesperación. Nosotros sabemos alardear, ellos sabían recordar. Ellos besaban los pies, nosotros lamemos los dedos del pie. ¿Sigues prefiriendo nuestro lado de la ecuación? Tal vez tengas razón. Entonces probemos un enunciado más sencillo: sabemos más sobre sexo, pero ellos sabían más sobre amor.

O quizá esto sea erróneo y confundimos lo que eran las gradaciones del estilo cortesano con realismo. Quizá besar los pies siempre significaba lamer los dedos. El también le escribió: «Beso tus manos pequeñas, tus pequeños pies, beso todo lo que me consientas besarte y hasta lo que no me consientas.» ¿No es suficientemente claro, tanto para el remitente como para el destinatario? Y si es así, quizá lo inverso es asimismo cierto: que la lectura de los sentimientos se practicaba tan toscamente entonces como ahora.

Pero cuando nos burlamos de las blandenguerías de una época anterior, deberíamos prepararnos para las mofas de un siglo posterior. ¿Cómo es posible que nunca pensemos en ello? Creemos en la evolución, al menos en el sentido de que la evolución culmina en nosotros. Olvidamos que esto entraña que la evolución rebasará nuestro yo solipsista. Los rusos de aquel tiempo sabían soñar tiempos mejores, y con la mayor frescura afirmamos que sus sueños constituyen nuestro aplauso.

Mientras el tren seguía su viaje hacia Odessa, él pernoctó en un hotel de Oriol. Fue una noche bipolar, espléndida en sus pensamientos sobre ella, desdichada en que evocarla le impidió dormir. Le embargaba el voluptuoso placer de la renuncia. «Mis labios murmuran: “¡Qué noche habríamos pasado juntos!”» A lo que nuestro siglo pragmático e irritado contesta: «¡Pues toma otro tren! ¡Intenta besarla donde no lo hiciste!»

Un acto así sería excesivamente peligroso. Tiene que preservar la imposibilidad del amor. Así que ofrece a su amada un exagerado si-hubiera. Confiesa que cuando el tren estaba a punto de partir, se vio de pronto tentado por la «locura» de secuestrarla. Como era de esperar, renunció a la tentación: «Sonó la campana y *ciao*, como dicen los italianos.» Pero imagínate los titulares de los periódicos si hubiera llevado a cabo su plan momentáneo: «ESCÁNDALO EN LA ESTACIÓN DE ORIOL». Se lo imagina para ella con deleite. Si hubiera. «Un suceso extraordinario aconteció aquí ayer: el autor T..., un hombre anciano, se hallaba acompañado de la famosa actriz S..., que viajaba a Odessa para una brillante temporada en el teatro de la ciudad, cuando, en el momento en que el tren se disponía a partir, él, como poseído por el diablo en persona, desembarcó a la señora S... por la ventana de su compartimento y, venciendo los esfuerzos desesperados de la artista, etc., etc.» Si hubiera. El momento real —el posible pañuelo agitado en la ventanilla, la probable lámpara de gas que ilumina la

blanca melena de un anciano— se reescribe en forma de farsa y de melodrama, de jerga periodística y de «locura». La seductora hipótesis no se refiere al futuro; se encuentra en un lugar seguro del pasado. La campana sonó y *ciao*, como dicen los italianos.

También recurrió a otra táctica: la de precipitarse en el futuro con el fin de confirmar la imposibilidad de amor en el presente. Ya, y sin que hubiese ocurrido «nada», mira atrás hacia aquel «algo» que habría sucedido. «Si volvemos a vernos dentro de dos o tres años, yo seré un viejo, un vejestorio. Tú, en cambio, habrás ingresado definitivamente en el curso normal de tu vida y nada quedará de nuestro pasado...» Dos años, pensó, convertirían a un anciano en un hombre viejísimo; la «vida normal», por el contrario, la aguarda a ella en la forma banal pero oportuna de un oficial de húsares que entrechoca sus espuelas fuera del escenario y resopla como un caballo. N. N. Vsevolozhski. Qué útil era el uniforme relumbrante para el civil descolorido y encorvado.

A estas alturas, no deberíamos seguir pensando en Veroshka, la pupila infortunada e ingenua. La actriz que la interpretaba era robusta, temperamental, bohemia. Ya estaba casada y esperaba el divorcio para procurarse un húsar; se casaría tres veces en total. Sus cartas no han sobrevivido. ¿Le engañó ella? ¿Estaba un poco enamorada de él? ¿Estaba, quizá, un poco más que enamorada de él, pero desalentada por sus expectativas de fracaso, por sus renunciadas voluptuosas? ¿Se sentía, quizá, tan atrapada como él por su pasado? Si el amor, para él, siempre había significado derrota, ¿por qué habría de ser distinto con ella? Si te casas con un fetichista de los pies, no debería extrañarte sorprenderle acurrucado en tu zapatero.

Cuando en sus cartas a ella evocaba aquel viaje, hacía alusiones oblicuas a la palabra «cerrojo». ¿Era acaso la llave de su compartimento, de sus labios, de su corazón? ¿O la llave de su piel? «¿Sabe cuál fue el suplicio de Tántalo?», escribió. El suplicio de Tántalo fue sufrir la tortura de una sed insaciable en las regiones infernales; estaba sumergido en agua hasta el cuello, pero cada vez que inclinaba la cabeza para beber, el río se alejaba. ¿Debemos inferir de esto que intentó besarla, pero que cada vez que él avanzaba ella retrocedía y retiraba su boca mojada?

Por otra parte, un año después, cuando ya no corre riesgo y todo está perfilado, él escribe: «Al final de tu carta dices: “Un beso afectuoso.” ¿Cómo? ¿Te refieres a uno igual al de aquella noche de junio, en el compartimento de aquel tren? Aunque viva cien años jamás olvidaré aquellos besos.»

Mayo se ha convertido en junio, el tímido pretendiente se ha transformado en el destinatario de un sinfín de besos, el cerrojo ha sido descorrido un poco. ¿La verdad es ésta o aquélla? Ahora nos gustaría que entonces hubiera sido nítido, pero rara vez lo es; si es el corazón el que arrastra al sexo o el sexo el que arrastra al corazón.

3. EL VIAJE SOÑADO

Él viajó. Ella viajó. Pero *ellos* no viajaron; nunca más. Ella le visitó en su finca; nadó en su estanque —«la ondina de San Petersburgo», la llamaba— y cuando ella se marchó, él puso su nombre a la habitación donde había dormido. Le besaba las manos, le besaba los pies. Se conocieron, se cartearon hasta que él murió, y después ella protegió su recuerdo de interpretaciones vulgares. Pero sólo viajaron juntos cincuenta kilómetros.

Podrían haber viajado. Si hubiera..., si hubiera.

Pero él era un entendido en si-hubiera, y por lo tanto viajaron. Viajaron en el pasado condicional.

Ella estaba a punto de casarse por segunda vez. N. N. Vsevolozhski, oficial de húsares, clic, clac. Cuando ella le pidió su opinión sobre el enlace, él declinó responder. «Es demasiado tarde para pedírmela. *Le vin est tiré; il faut le boire.*» ¿Le estaba preguntando, de un artista a otro, qué pensaba del matrimonio convencional que ella iba a contraer con un hombre con el que tenía poco en común? ¿O había algo más? ¿Le estaba proponiendo su propio si-hubiera, pidiéndole que aprobara que dejase plantado a su prometido?

Pero el abuelo, que no se había casado nunca, declina tanto refrendar como aplaudir. *Le vin est tiré; il faut le boire.* ¿Tiene la costumbre de decir frases en una lengua extranjera en momentos emotivos clave? ¿Poseen el francés y el italiano eufemismos melosos que le ayudan a evadirse?

Por supuesto, si hubiera alentado una abstención tardía de su segundo matrimonio, ello habría deparado una realidad excesiva, lo habría puesto en presente de indicativo. Él zanja el asunto: bebe el vino. Impartida esta orden, la fantasía puede reanudarse. En su carta siguiente, veinte días más tarde, él escribe: «Por mi parte, sueño en lo agradable que sería viajar —los dos solos— durante un mes, como mínimo, y de tal manera que nadie supiera quiénes somos ni adónde vamos.»

Es un sueño de evasión normal. Juntos, anónimos, con tiempo disponible. Es además, desde luego, una luna de miel. ¿Y adonde, sino a Italia, iría a pasar la luna de miel la clase artística refinada? «Imagina sólo la siguiente escena», le incita él. «Venecia (quizá en octubre, el mejor mes en Italia) o Roma. Dos viajeros con ropa de viaje; uno alto, torpe, con el pelo blanco, zanquilargo, pero muy satisfecho; la otra, una mujer esbelta con unos ojos oscuros y un pelo negro extraordinarios. Supongamos que ella también está contenta. Recorren la ciudad, navegan en góndola. Visitan museos, iglesias y demás, cenan juntos, van juntos al teatro... ¿y después? Aquí mi imaginación se detiene, respetuosa. ¿Es para ocultar algo o porque no hay nada que ocultar?»

¿Detuvo el respeto su imaginación? La nuestra no. Nos parece muy obvio en

nuestro siglo posterior. Un hombre en ruinas en una ciudad ruinosa que pasa una luna de miel vicaria con una joven actriz. Los gondoleros les llevan de regreso al hotel después de una cena íntima, la banda sonora es una opereta, ¿y hace falta que nos expliquen lo que sucede a continuación? Como no hablamos de la realidad, aquí no se trata de la fragilidad de una piel anciana, debilitada por el alcohol; estamos en el suelo firme del modo condicional, envueltos en la manta de viaje. Así que... si hubieras..., si hubieras..., te la habrías follado, ¿verdad? No lo niegues.

Tejer la fantasía de la luna de miel en Venecia con una mujer entre dos maridos entraña sus peligros. Naturalmente, puesto que de nuevo has renunciado a ella, hay poco riesgo de que excitando su imaginación la encuentres una mañana delante de tu puerta, sentada encima de un baúl de viaje y abanicándose tímidamente con su pasaporte. No: el peligro más real es el dolor. La renuncia implica evitar el amor, y de ahí el sufrimiento, pero incluso en esta abstinencia hay trampas. Hay dolor, por ejemplo, en la comparación entre el capricho de Venecia de tu imaginación respetuosa y la realidad inminente de que se la folle sin el menor respeto, en su luna de miel de verdad, un oficial de húsares, N. N. Vsevolozhski, que sabe tan poco de la Accademia como de lo poco fiable que es la carne.

¿Qué cura el dolor? El tiempo, responde el viejo sabihondo. Tú sabes más que él. Tienes el juicio necesario para saber que el tiempo no siempre cura el dolor. Necesita un ajuste la imagen convencional de la hoguera amorosa, de la llama que seca el globo ocular y se transmuta en tristes cenizas. Prueba, si quieres, una sibilante llama de gas que abrasa, pero que también hace algo peor: proyecta luz, una luz ictérica, despiadada, de sombra plana, la clase de luz que ilumina a un anciano en un andén de provincias cuando el tren parte, un inválido que observa una ventanilla amarilla y una mano que se agita y se aleja de su vida, que sigue al tren unos cuantos pasos hasta que en la curva se vuelve invisible, que clava la mirada en la luz roja del furgón de cola hasta que es menos que un planeta rubí en el cielo nocturno, y que luego se da media vuelta y descubre que está aún debajo de la farola del andén, solo, sin nada más que hacer que matar las horas en un hotel mohoso, convenciéndose de que ha ganado pero sabiendo que en verdad ha perdido, y que llena el insomnio con si hubieras de consuelo, y luego vuelve a la estación y está de nuevo solo, bajo una luz más clemente pero para hacer un viaje más cruel, el trayecto de regreso de esos cincuenta kilómetros que la noche anterior ha recorrido con su amada. El viaje de Mtsensk a Oriol, que conmemorará durante el resto de su vida, lo ensombrece siempre el trayecto de vuelta, sin cronista, de Oriol a Mtsensk.

De modo que propone un segundo viaje soñado, otra vez a Italia. Para entonces ella está ya casada, un cambio de estado que no es un tema de conversación interesante. Bebe el vino. Ella viaja a Italia, quizá con su marido, aunque no se le interroga sobre sus compañeros de viaje. Él lo aprueba, aunque sólo sea porque le

permite ofrecerle a ella una alternativa: no una luna de miel rival, sino un recorrido de nuevo en el condicional indoloro. «Hace muchos, muchos años, pasé en Florencia diez de los días más deliciosos de mi vida.» Este empleo del tiempo anestesia el dolor. Tantos años hacía que aún no había «cumplido los treinta», antes de que el fundamento de la vida fuese la renuncia. «Florencia me produjo la impresión más fascinante y poética, a pesar de que la visité *solo*. Cuál me habría producido si hubiera estado acompañado de una mujer comprensiva, buena y hermosa..., ¡esto sobre todo!»

No hay peligro aquí. La fantasía es manejable, su obsequio es un recuerdo falso. Unos decenios más tarde, los dirigentes políticos de su país se especializarían en borrar de la historia con un atomizador a los caídos, en eliminar sus huellas fotográficas. Aquí lo tenemos ahora, encorvado sobre su álbum de recuerdos, insertando meticulosamente la figura de una compañera pretérita. Pégala, pega esa foto de la tímida y atractiva Veroshka, mientras la farola rejuvenece tu pelo blanco con una sombra negra.

4. EN YÁSNAIA POLIANA

Poco después de haberla conocido, fue a visitar a Tolstói, quien le llevó de caza. Le pusieron en el mejor puesto, por encima del cual solían pasar agachadizas. Pero aquel día el cielo, para él, estuvo vacío. De cuando en cuando, sonaba un disparo procedente del puesto de Tolstói; luego otro, y otro más. Todas las aves volaban hacia la escopeta de Tolstói. Parecía normal. Él, por su parte, disparó a una sola pieza que los perros no pudieron encontrar.

Tolstói le consideraba incompetente, titubeante, poco viril, un hombre de mundo frívolo y un despreciable amante de Occidente; lo abrazaba, lo aborrecía, pasó una semana con él en Dijon, se peleaba con él, lo perdonaba, lo valoraba, le visitaba, le retó a un duelo, lo abrazó, lo desdeñó. Así expresó Tolstói su compasión cuando su amigo agonizaba en Francia: «La noticia de tu enfermedad me ha entristecido mucho, sobre todo cuando me aseguraron que era grave. Comprendí lo mucho que te aprecio. Sentí que me apenaría mucho que murieses antes que yo.»

En aquella época, Tolstói menospreciaba el gusto por la renuncia. Más adelante empezó a despotricar contra las lascivias de la carne y a idealizar una cristiana simplicidad campesina. Sus tentativas de castidad fracasaban con cómica frecuencia. ¿Era un farsante, un falso renunciador, o era más bien que no tenía aptitudes y su cuerpo rechazaba la renuncia? Tres decenios más tarde murió en una estación de tren. Sus últimas palabras no fueron: «Sonó la campana y *ciao*, como dicen los italianos.» ¿El que logró renunciar envidiaba a su homólogo fallido? Hay ex fumadores que rechazan el cigarrillo que les ofrecen, pero dicen: «Expulsa el humo hacia mí.»

Ella viajaba; trabajaba; se casó. Él le pidió que le enviara un molde de yeso de su mano. Había besado la de verdad tantas veces que besaba una versión imaginaria de la mano real casi en cada carta que le escribía. Ahora podía depositar sus labios en una versión de yeso. ¿Está el yeso más cerca de la piel que el aire? ¿O el yeso convirtió en un recordatorio el amor de él y la piel de ella? Hay una ironía en la petición que hizo: lo normal es que el molde sea el de la mano creativa del escritor; y cuando el molde se hace suele estar ya muerto.

Así se adentraba poco a poco en la vejez, a sabiendas de que ella era —había sido ya— su último amor. Y puesto que se ocupaba de la forma, ¿recordó en esta época a su primer amor? Era un especialista en la materia. ¿Reflexionó que el primer amor modela una vida para siempre? O bien te empuja a repetir el mismo tipo de amor y fetichiza sus componentes; o bien actúa como una advertencia, una trampa, un ejemplo negativo.

Su primer amor lo había vivido cincuenta años antes. Ella había sido una princesa llamada Shajóvskaia. Él tenía catorce años, ella más de veinte; él la adoraba, ella le trataba como a un niño. Esto le tuvo perplejo hasta el día en que descubrió por qué.

Ella era ya la amante de su padre.

Al año siguiente de la partida de caza con Tosltói, visitó de nuevo Yásnaia Poliana. Era el cumpleaños de Sonia Tolstói y la casa estaba llena de invitados. Él propuso que cada uno refiriese el momento más feliz de su vida. Cuando le llegó su turno en el juego, anunció, con un aire exaltado y una familiar sonrisa melancólica: «El momento más feliz de mi vida es, por supuesto, el del amor. Es el momento en que tu mirada se cruza con los ojos de la mujer que amas e intuyes que ella te ama también. Me ha ocurrido una vez, quizá dos.» A Tosltói esta respuesta le pareció irritante.

Más tarde, cuando los jóvenes insistieron en bailar, él hizo una demostración de lo que estaba de moda en París. Se quitó la chaqueta, insertó los pulgares en las sisas del chaleco y empezó a dar brincos, levantando las piernas, moviendo la cabeza, y el pelo blanco se le alborotaba mientras todo el mundo daba palmadas y aplaudía; él jadeaba, brincaba, jadeaba, brincaba, hasta que se cayó y se desplomó sobre una butaca. Fue un gran éxito. Tolstói escribió en su diario: «El cancán de Turguénev. Triste.»

«Una vez, quizá dos veces.» ¿Fue ella la «quizá dos»? Quizá. En su penúltima carta, le besa las manos. En la última, escrita con un trazo trémulo, no le ofrece besos. Escribe, en cambio: «Mis afectos no cambian... y conservaré exactamente el mismo sentimiento por ti hasta el fin.»

El fin llegó seis meses después. El molde de yeso de su mano se encuentra hoy en el Museo del Teatro de San Petersburgo, la ciudad donde él besó por primera vez la original.

Vigilancia

Todo empezó cuando empujé al alemán. Bueno, quizá fuese austríaco —al fin y al cabo, era un concierto de Mozart— y en realidad quizá no empezó entonces, sino años antes. Aun así, es mejor decir una fecha concreta, ¿no creen?

Pues bien: un jueves de noviembre, en el Royal Festival Hall, a las 7.30 de la tarde, Mozart K595, con Andras Schiff, seguido por Shostakóvich 4. Recuerdo haber pensado, cuando me lancé, que Shostakóvich tenía algunos de los pasajes más altos de la historia de la música, y que desde luego era imposible producir un sonido aún más *fuerte*. Pero me estoy adelantando. Las 7.29: la sala estaba llena, el público era normal. Las últimas personas en entrar venían de beber algo abajo, antes del concierto, por invitación del patrocinador. Ya saben cómo son: Oh, parece que casi son y media, pero vamos a terminar esta copa, hacer un pis y luego subimos corriendo y pasamos por encima de media docena de espectadores hasta nuestros asientos. No hay prisa, tío: el jefe está soltando pasta y el maestro Haitink siempre puede esperar un ratito más en el camerino.

El austrogermano —para ser justo con él— había llegado, como muy tarde, a las 7.23. Era menudo y con una calvicie incipiente, gafas, cuello levantado y una pajarita roja. No vestía exactamente de etiqueta; quizá fuese un atuendo de calle típico de su país de origen. Y era bastante fatuo, pensé, no sólo porque le escoltaban dos mujeres, una a cada lado. Los tres andaban por la treintena, calculo: ya mayorcitos para saber comportarse. «Son buenos asientos», anunció, cuando encontraron sus butacas en la fila de delante. J 37, 38 y 39. Yo estaba en la K 37. Al instante la tomé con él. Dándose pisto ante sus acompañantes por las entradas que había comprado. Supongo que quizá las habría conseguido a través de una agencia, y que estaba aliviado; pero no fue eso lo que dijo, ¿y por qué concederle el beneficio de la duda?

Como digo, el público era normal. El ochenta por ciento, con permiso de día de los hospitales de la ciudad, cuyos pabellones de pulmón y departamentos de otorrinolaringología tenían prioridad para las entradas. Reserva ahora un asiento mejor si tienes una tos que supera los 95 decibelios. Al menos la gente no pedorrea en los conciertos. Yo nunca he oído a nadie echarse pedos, ¿y ustedes? Lo cual me da la razón en parte: si puedes reprimir un extremo, ¿por qué no el otro? Según mi experiencia, recibes más o menos el mismo número de advertencias. Pero la gente, en conjunto, no expele ventosidades estentóreas con Mozart. De lo cual deduzco que se conservan unos pocos vestigios de la fina costra de civilización que nos impide incurrir en una absoluta barbarie.

El *allegro* de obertura fue bastante bien: un par de estornudos, un caso grave de flema compacta en el centro del patio de butacas que exigía casi una intervención quirúrgica, un reloj digital y no poco manoseo de hojas del programa. A veces pienso que deberían poner instrucciones de uso en la portada de los programas. Por ejemplo: «Esto es un programa. Le informa de la música de esta velada. Puede que le apetezca

echarle una ojeada antes de que empiece el concierto. Así sabrá lo que están tocando. Si se entretiene mucho leyéndolo, producirá una distracción visual y cierto grado de ruido ligero, se perderá parte de la música y quizá moleste a sus vecinos, sobre todo al hombre que ocupa la localidad K 37.» En ocasiones el programa contendrá un pequeño texto informativo, vagamente rayano en el consejo, sobre los móviles o el uso del pañuelo para sofocar las toses. Pero ¿alguien hace caso? Es como los fumadores que leen las advertencias sanitarias en un paquete de tabaco. Lo asimilan y no lo asimilan; en cierta medida, no creen que les concierna a ellos. Debe de ocurrir lo mismo con los que tosen. No es que yo quiera parecer demasiado comprensivo; eso sería estar dispuesto a perdonarlos. Y, a título informativo, ¿cuántas veces ves a alguien sacar un pañuelo para amortiguar el ruido? Yo estaba un día al fondo de la platea, en la T 21. El doble concierto de Bach. Mi vecino, en la T 20, de repente empezó a corcovar como si cabalgase a un potro salvaje. Con la pelvis proyectada hacia delante, hurgó frenéticamente en busca de un pañuelo y logró enganchar al mismo tiempo un gran manojo de llaves. Distráido por la caída de las llaves, soltó el pañuelo y el estornudo se disparó en distintas direcciones. Muchas gracias, T 20. Luego se pasó la mitad del movimiento lento mirando las llaves con inquietud. Al final resolvió el problema colocando encima el pie, con lo cual, satisfecho, volvió a centrar la mirada en los solistas. A intervalos, una débil remoción metálica, debajo de su zapato en movimiento, añadía unas notas armónicas a la partitura de Bach.

Concluyó el *allegro* y el maestro Haitink bajó despacio la cabeza, como autorizando a todos a utilizar la escupidera y hablar de las compras navideñas. J 39 —la vienesa rubia, una asidua consultora del programa y amante de arreglarse el pelo— encontró muchas cosas que decir al señor de cuello alto de la J 38. Él hacía gestos de asentimiento sobre el precio de los suéters o algo parecido. Quizá estaban comentando la finura digital de Schiff, pero preferiría dudarlo. Haitink levantó la cabeza para indicar que era el momento de que concluyera la emisión de cháchara, alzó la batuta para exigir que se acabaran las toses y a continuación se volvió ligeramente, ladeando la oreja para dar a entender que, por lo que a él respectaba, tenía intención de escuchar con suma atención la entrada del pianista. El *larghetto*, como seguramente saben, empieza con un solo de piano que anuncia lo que quienes se habían molestado en leer el programa habrían comprendido que era una «melodía simple y apacible». Es también el concierto en que Mozart decidió prescindir de trompetas, clarinetes y tambores: en otras palabras, se nos invita a prestar una atención aún mayor al piano. Y entonces, mientras Haitink ladeaba la cabeza y Schiff nos ofrecía los primeros compases serenos, J 39 se acordó de lo que no había terminado de decir sobre suéters.

Me incliné y pinché con el dedo al alemán. O austríaco. No tengo nada contra los extranjeros, a todo esto. Confieso que si hubiese sido un corpulento británico,

alimentado con hamburguesas y vestido con una camiseta de la copa del mundo, me lo habría pensado dos veces. Y lo hice, en el caso del austrogermano. De la manera siguiente. Una: Has venido a escuchar música a *mi* país, así que no te comportes como si todavía estuvieras en el tuyo. Y dos: Teniendo en cuenta tu probable procedencia, es aún más imperdonable que te comportes así en un concierto de Mozart. Así que pinché a J 38 con un trípode compuesto de pulgar y los dos dedos siguientes. Fuerte. Él se volvió instintivamente y yo le clavé la mirada tocándome los labios con el dedo. J 39 dejó de parlotear. J 38 pareció satisfactoriamente avergonzado y J 37 un poquito asustada. K 37 —yo— volvió a sumirse en la música. Aunque no pude concentrarme del todo. Noté que el júbilo me ascendía por dentro como un estornudo. Por fin lo había hecho, al cabo de tantos años.

Cuando volví a casa, Andrew trató de aplicar su lógica habitual, en un intento de desinflarme. Quizá mi víctima pensara que estaba bien comportarse así, porque todo el mundo a su alrededor estaba haciendo lo mismo: no era un maleducado, sino que intentaba dar muestras de buena educación: *wenn in London...* Además, y como alternativa, Andrew quería saber si no era cierto que gran parte de la música de aquel tiempo fue compuesta para cortes reales o ducales, en cuyo caso, ¿no estarían aquellos mecenas y su séquito deambulando de un lado para otro mientras despachaban una cena, tiraban huesos de pollos al arpista, coqueteaban con las mujeres de sus vecinos y escuchaban a medias al humilde empleado que aporreaba la espineta? Yo objeté que la música no había sido compuesta pensando en malas conductas. ¿Cómo lo sabes?, contestó Andrew: Posiblemente los compositores sabían cómo iban a escuchar su música, y o bien escribían una tan sonora que sofocase el ruido del lanzamiento de huesos de pollo y los eructos generales o, lo que es más probable, procuraban escribir unas melodías de tan abrumadora belleza que hasta el baronet libidinoso de tierra adentro pararía un momento de manosear la piel al descubierto de la mujer del boticario. ¿No era esto el reto, la razón, de hecho, de que la música resultante hubiese perdurado tanto tiempo y tan bien? Además y por último, era muy posible que mi vecino inofensivo, con su cuello de frac, fuese un descendiente de aquel baronet del campo que se comportaba de la misma manera: había pagado la entrada y tenía derecho a escuchar lo mucho o poco que quisiera.

—En Viena —dije— hace veinte o treinta años, cuando ibas a la ópera, si soltabas la más leve tos, venía un lacayo con calzones y una peluca empolvada y te daba un caramelo para la tos.

—Eso debía de distraer aún más al público.

—Le enseñaba a no toser la próxima vez.

—De todos modos, no entiendo por qué sigues yendo a conciertos.

—Por el bien de mi salud, doctor.

—Parece que está causando el efecto contrario.

—Nadie va a impedirme que vaya a conciertos —dije—. Nadie.

—No hablamos de eso —contestó, mirando a otro lado.

—No hablaba de eso.

—Bueno.

Andrew cree que debería quedarme en casa con mi equipo de sonido, mi colección de compactos y nuestros vecinos tolerantes, a los que rara vez se les oye carraspear al otro lado de la pared medianera. ¿Por qué vas a conciertos, me pregunta, si sólo sirven para enfurecerte? Voy, le digo, porque cuando vas a una sala de conciertos, después de haber pagado y de haberte tomado la molestia de ir, escuchas con mayor atención. No, a juzgar por lo que dices, me responde. Al parecer, estás distraído casi todo el tiempo. Bueno, prestaría más atención si no me distrajeran. ¿Y a qué prestarías más atención, a modo de pregunta puramente teórica? (¿Ven lo provocativo que puede ser Andrew?) Lo pensé un rato y luego dije: A los pasajes altos y a los suaves, de hecho. A los altos porque, por más moderno que sea tu equipo, nada es comparable a la realidad de cien o más músicos tocando a todo trapo en tu presencia, atronando el aire. Y a los suaves, lo cual es más paradójico, porque uno cree que cualquier equipo de alta fidelidad puede reproducirlos bien. Pero no puede. Por ejemplo, esos compases inaugurales del *largo*, que flotan a lo largo de veinte, treinta, cincuenta metros, aunque flotar no es la palabra correcta, porque supone tiempo transcurrido viajando, y cuando la música avanza hacia ti, toda noción del tiempo queda abolida, así como el espacio y el lugar, por cierto.

—¿Y qué tal Shostakóvich? ¿Lo bastante sonoro para acallar a los hijoputas?

—Bueno, ésa es una cuestión interesante —dije—. ¿Sabes cómo empieza, con esos apogeos enormes? Me ha hecho pensar en lo que entiendo por pasajes altos. Todo el mundo hacía el mayor ruido posible, los metales, los timbales, el tambor grande, ¿y sabes el instrumento que más se oía? El xilofón. La mujer que lo percutía lograba un sonido nítido como una campana. Si lo oyeras en un disco creerías que era un truco mecánico: un realce, o como lo llamen. En la sala sabías que era exactamente el efecto que Shostakóvich quería.

—¿Te lo has pasado bien, entonces?

—Pero también me he dado cuenta de lo importante que es el tono. El flautín se impone del mismo modo. Así que no sólo es la tos o el estornudo y su volumen, sino la textura musical con la que rivalizan. Lo cual quiere decir, por supuesto, que ni siquiera puedes relajarte en los fragmentos más agudos.

—Que te den una pastilla para la tos y una peluca empolvada —dijo Andrew—. Si no, creo que te volverás loco de atar, en serio.

—Que lo digas tú... —contesté.

Él sabía a qué me refería. Permítanme que les hable de Andrew. Vivimos juntos desde hace veinte años o más; nos conocimos cuando los dos rondábamos los

cuarenta. Trabaja en la sección de muebles de la V & A. Todos los días, llueva o luzca el sol, recorre Londres en bici de una punta a otra. En el camino hace dos cosas: escucha libros grabados en su walkman y mira a todas partes en busca de leña. Ya sé que parece increíble, pero casi todos los días consigue llenar su cesta con leña suficiente para encender un fuego por la noche. Así que pedalea desde un extremo al otro de esta ciudad civilizada escuchando la casete 325 de *Daniel Deronda* y siempre ojo avizor en busca de contenedores y ramas caídas.

Pero esto no es todo. Aunque conoce un montón de atajos por sitios donde hay leña, Andrew pasa gran parte del trayecto en el tráfico de la hora punta. Y ya saben cómo son los automovilistas: sólo están atentos a los otros conductores. También a los autobuses y camiones, por supuesto; a veces a los motociclistas; a los ciclistas, nunca. Y esto desquicia a Andrew. Verlos allí con el culo en el asiento, expulsando gases, un pasajero por coche, en un atasco de egoístas que contaminan el medio ambiente y que continuamente intentan colarse en un hueco de cuarenta y cinco centímetros sin comprobar antes si hay algún ciclista. Andrew les vocifera. Andrew, mi amigo civilizado, mi compañero y ex amante, que se ha pasado la mitad de la jornada encorvado sobre una pieza exquisita de marquetería con un restaurador; Andrew, con los oídos llenos de frases de la alta sociedad victoriana, grita, exasperado:

—¡Cabronazo!

También grita: «¡Ojalá pilles un cáncer!» O: «¡Métete debajo de un puto camión, cara culo!»

Le pregunto qué les dice a las conductoras.

—Ah, a ellas no las llamo cabronas —responde—. «¡Putá puerca!» suele cubrir el expediente.

Y le da a los pedales, buscando leña y preocupado por Gwendolen Harleth. Daba golpes en el techo de un coche cuando un conductor le cerraba el paso. Pom, pom, pom, con un guante forrado de piel de oveja. Debía de sonar como una caja de truenos de Strauss o Henze. También les doblaba de un golpe los espejos retrovisores laterales: eso irritaba a los hijoputas. Pero ya no hace estas cosas; hará un año se llevó un susto con un Mondeo azul que se puso a su altura y le derribó de la bici mientras el chófer le hacía diversas sugerencias amenazadoras. Ahora sólo se desgañita llamándoles cabronazos. No protestan, porque es lo que son, y lo saben.

Empecé a llevar caramelos a los conciertos. Se los ofrecía, a manera de multa *in situ*, a los infractores que estaban a mi alcance, y a los alejados durante el entreacto. No tuve mucho éxito, como era de esperar. Si le das a alguien un caramelo envuelto en mitad de un concierto, luego tienes que escuchar el ruido que hace al quitarle el papel. Y si se lo das sin papel, es muy improbable que se lo meta en la boca, ¿no?

Algunos ni siquiera comprendían mi ánimo ofensivo ni se lo tomaban como una

represalia; pensaban que era un gesto amistoso. Y una noche paré a aquel chico cerca del bar, le puse la mano en el codo, pero no tan fuerte como para que el gesto resultase inequívoco. Se volvió, con su suéter negro de cuello vuelto, chaqueta de cuero, pelo rubio pinchado, cara ancha y virtuosa. Sueco, quizá; danés, tal vez finlandés. Miró lo que yo le tendía.

—Mi madre siempre me dice que no acepte caramelos de un caballero amable —dijo, con una sonrisa.

—Estabas tosiendo —respondí, débilmente incapaz de parecer enfadado.

—Gracias. —Cogió el caramelo por el extremo de papel y lo desprendió con suavidad de mis dedos—. ¿Te apetece beber algo?

No, no me apetecía. ¿Por qué no? Por la razón de la que no hablamos. Yo estaba en aquella escalera lateral que baja del nivel 2A. Andrew había ido a hacer pis y yo me puse a hablar con aquel chico. Creí que disponía de más tiempo. Estábamos intercambiando números cuando me volví y vi a Andrew observando. Difícilmente habría podido yo fingir que estaba comprando un coche de segunda mano. O que era la primera vez. O que..., cualquier cosa, en realidad. No nos quedamos a la segunda parte (Mahler 4) y el resto de la velada fue largo y penoso. Y fue la última vez que Andrew me acompañó a un concierto. También dejó de apetecerle dormir en mi cama. Dijo que todavía (probablemente) me quería, que (probablemente) seguiría viviendo conmigo, pero que ya no le apetecía volver a follar conmigo. Y más tarde dijo que tampoco volvería a tener ganas de hacer algo a mitad de camino de follar, muchísimas gracias. Quizá piensen que esto me impulsaría a decir sí, por favor, me apetece beber algo, a la cara sonriente y angelical del sueco, finlandés o lo que fuera. Pero se equivocan. No, no quería, gracias, no.

Es difícil acertar, ¿verdad? Y debe de ocurrirles lo mismo a los intérpretes. Si no hacen caso de los bastardos bronquíticos de ahí, se exponen a dar la impresión de que están tan enfrascados en la música que, oiga, tosa cuanto quiera, que ellos no se enteran. Pero si tratan de imponer su autoridad... He visto a Brendel levantar las manos del teclado en mitad de una sonata de Beethoven y dirigir una mirada fija en la dirección aproximada del infractor. Pero el cretino seguramente no se entera de que le están reprendiendo, mientras que los demás empezamos a inquietarnos por si a Brendel le han distraído o no.

Opté por otra táctica. La del caramelo era como un gesto ambiguo del ciclista al conductor: sí, muy agradecido por pasarte de un carril al otro, al fin y al cabo estaba pensando en frenar en seco y sufrir un ataque cardíaco. Nada de eso. Quizá fuese el momento de empezar a aporrearles un poco el techo.

Permítanme que les explique que poseo un físico razonablemente sólido: dos decenios en el gimnasio no me han hecho ningún daño; comparado con el raquítico espectador de conciertos yo podría ser un camionero. Además, llevaba un traje azul

oscuro de una tela gruesa, una especie de sarga; camisa blanca, corbata azul oscuro sin estampados y en la solapa una insignia con un escudo heráldico. Elegí adrede este efecto. Un facineroso podría haberme confundido con un acomodador. Por último me trasladé de la platea a los palcos. Es el sector que flanquea el lado del auditorio: desde allí puedes seguir al director y vigilar la platea y la mitad delantera del patio de butacas. Este acomodador no repartía caramelos. Aguardaba al entreacto y luego seguía al infractor —con la mayor discreción posible— hasta el bar o una de esas zonas no diferenciadas, con vistas de pantalla grande al serpenteo del Támesis.

—Perdone, señor, pero ¿es usted consciente del nivel de decibelios de la tos no sofocada? —Me miraban bastante nerviosos, al procurar yo que mi voz tampoco sonase amortiguada—. Unos ochenta y cinco, se calcula —proseguía—. Un *fortissimo* de trompeta tiene más o menos los mismos. —Aprendí enseguida a no darles la oportunidad de explicar de dónde habían sacado aquella garganta repulsiva, y que no volverían a hacerlo, o lo que fuera—. Así que gracias, señor, le agradeceríamos...

Y cuando me iba, esa primera persona del plural obraba como una confirmación de mi rango cuasi oficial.

Con las mujeres no hacía lo mismo. Como puntualizó Andrew, hay una distinción necesaria entre «cabronazo» y «puta puerca». Y a menudo existía el problema del marido o acompañante masculino, en quienes podrían despertar reminiscencias de la época en que las cavernas estaban pintarrajeadas con bisontes rojizos de elegante factura.

—*Comprendemos* su tos, señora —le decía, en voz baja, casi médica—, pero al director y a la orquesta les resulta muy engorrosa.

Esto era incluso más ofensivo, si se paraban a pensarlo; era más como doblar de un golpe el espejo retrovisor que como aporrear el techo.

Pero yo también quería hacer esto último. Quería ser ofensivo. Me parecía justo. De modo que desarrollé diversas tácticas de insulto. Por ejemplo, identificaba al infractor, le seguía en el descanso (estadísticamente solía ser un tío) hasta donde estaba tomando un café o media pinta de cerveza, y le preguntaba, de ese modo que los terapeutas llaman no agresivo:

—Disculpe, pero ¿le gusta el arte? ¿Va a museos y galerías?

Por lo general, esta pregunta suscitaba una respuesta afirmativa, aunque teñida de suspicacia. ¿Tendría yo una tablilla y un cuestionario escondidos? Así que me apresuraba a formular la siguiente:

—¿Y cuál diría que es su cuadro favorito? ¿O uno de sus predilectos?

A la gente le gusta que le pregunten esto, y puede que me recompensen con *El carro de heno*, *La Venus del espejo*, *Los nenúfares* de Monet o algo por el estilo.

—Pues imagínese esto —le decía, muy educado y alegre—. Usted está parado

delante de *La Venus del espejo* y yo estoy a su lado, y mientras usted contempla ese cuadro famosísimo que ama más que a nada en el mundo, yo empiezo a lanzar escupitajos que manchan de saliva fragmentos del lienzo. No sólo lo hago una vez, sino varias. ¿Qué le parecería a usted?

Mantengo mi tono de hombre razonable, sin tablilla alguna en la mano.

Las respuestas varían entre determinadas propuestas de acción y reflexión, como «Llamaría a los vigilantes» y «Pensaría que era usted un chalado».

—Exactamente —contesto, acercándome un poco—. *Pues entonces no* —y aquí les doy a veces un empujoncito con los dedos en el hombro o en el pecho, un empujón un poquito más fuerte de lo que se esperan—, *no tosa en mitad de Mozart*. Es como escupir a *La Venus del espejo*.

La mayoría se acoquinan al llegar a este punto, y unos cuantos tienen la decencia de reaccionar como si les hubieran pillando robando en una tienda. Uno o dos dicen: «¿Quién se ha creído que es?» A lo cual respondo: «Simplemente alguien que ha pagado una butaca, como usted.»

Obsérvese que nunca afirmo que soy un empleado. Y añado: «Y le estaré vigilando.»

Algunos mienten. «Es la fiebre del heno», dicen, y yo replico: «Se ha traído el heno, ¿eh?» Uno con pinta de estudiante alegó que se había equivocado de tempo: «Pensé que conocía la pieza. Pensé que venía un crescendo súbito, no un disminuyendo.»

Le miré iracundo, como pueden imaginar.

Pero no puedo decir que todos se mostrasen conciliadores o alicaídos. Los vejetes de raya diplomática, los hijoputas irascibles, los machos acompañados de mujeres vistosas pueden ser peliagudos. Puede que yo ejecute una de mis tácticas y ellos me digan: «¿Quién se ha creído que es?», o: «Váyase a tomar por el culo, ¿quiere?»; cosas así, que se salen del tema, y algunos me miran como si yo fuese el bicho raro y me dan la espalda. Como no me gusta esa conducta y me parece descortés, puede que le dé un pequeño codazo al brazo que sostiene la bebida, para que se vuelvan hacia mí, y si están solos me acerco y digo: «¿Sabes qué? Eres un *cabronazo*, y no voy a quitarte el ojo de encima.» No les suele gustar que les hablen así. Por supuesto, si hay una mujer presente modero mi lenguaje. «¿Qué se siente?», pregunto, y hago una pausa como si buscara la descripción exacta, «¿siendo una *gilipollas absolutamente egoísta*?».

Uno llamó a un acomodador del Festival Hall. Como le vi la intención, fui y me senté con un modesto vaso de agua, me desprendí de mi insignia heráldica y me puse tremendamente razonable. «Cuánto me alegro de que le haya llamado. Estaba buscando a alguien para preguntárselo. ¿Cuál es la política exacta de esta sala respecto a los tosedores persistentes y ruidosos? Es de suponer que al llegar a cierto

punto toman medidas para expulsarlos. Si me explicara cómo se cursan las quejas, estoy seguro de que muchos espectadores de esta noche apoyarían de buena gana mi propuesta de que en el futuro no permitan reservar localidades a este, ejem, caballero.»

Andrew sigue pensando soluciones prácticas. Dice que cambie de sala de conciertos y vaya al Wigmore Hall. Dice que me quede en casa a escuchar mis discos. Dice que dedico tanto tiempo a actuar de vigilante que no puedo concentrarme en la música. Le digo que no quiero ir al Wigmore Hall: reservo la música de cámara para más adelante. Quiero ir al Festival Hall, al Albert Hall y al Barbican, y nadie va a impedírmelo. Andrew dice que me compre una entrada de pie o que me siente en las butacas baratas o en el coro. Dice que la gente que ocupa las localidades caras es como la gente —de hecho, es probable que sea la misma— que conduce BMW, Range Rovers y Volvos grandes, puros cabronazos, ¿qué me esperaba?

Le digo que tengo dos propuestas para mejorar el comportamiento. La primera sería instalar focos en el techo, y si alguien hace un ruido que supera un nivel determinado —uno descrito en el programa pero también impreso en la entrada, para que los que no comprenden el programa estén asimismo advertidos del castigo—, se enciende la luz encima de su asiento y la persona que lo ocupa tendrá que permanecer así, como si estuviera en el cepo, hasta el final del concierto. Mi segunda sugerencia sería más discreta. Se trata de conectar un cable a cada butaca de patio y administrar una pequeña descarga eléctrica cuyo voltaje oscilaría según el volumen de la tos, el resoplido o el estornudo del infractor. Tal como han demostrado experimentos de laboratorio realizados con diferentes especies, este método contribuiría a impedir que los ruidosos reincidieran.

Andrew dijo que, aparte de consideraciones jurídicas, veía dos objeciones principales a mi plan. La primera era que si administras una descarga eléctrica a un ser humano, es muy posible que su reacción consista en producir más ruido del que había hecho antes, lo cual resultaría un tanto contraproducente. Y, en segundo lugar, por mucho que quisiera aplaudir mi método, no podía por menos de señalarme que el efecto práctico de electrocutar a los aficionados a conciertos podría muy bien ser que en lo sucesivo se abstuvieran de comprar entradas. Claro está que si la Filarmónica de Londres tocara ante una sala completamente vacía, no habría, sin duda, el menor ruido externo que pudiese perturbarme. En suma, sí conseguiría mi propósito, aunque, sin más traseros que el mío calentando el asiento, la orquesta quizá necesitase una subvención excepcionalmente elevada.

Andrew puede ser muy provocador, ¿no creen? Le pregunté si alguna vez había intentado escuchar la callada, triste música de la humanidad mientras alguien estaba hablando por un móvil.

—No sé con qué instrumento se tocaría eso —contestó—. Quizá con ninguno concreto. Lo que harías es atar con una cuerda a unos mil espectadores y aplicarles silenciosamente una corriente eléctrica al mismo tiempo que les adviertes que no hagan ruido si no quieren recibir otra descarga aún más fuerte. Oirías una serie de gruñidos y quejidos sordos y una variedad de chirridos mudos; y ésa es la música callada y triste de la humanidad.

—Qué cínico eres —dije—. La verdad es que no es mala idea.

—¿Cuántos años tienes?

—Deberías saberlo. Te olvidaste de mi último cumpleaños.

—Eso sólo prueba lo viejo que soy yo. Vamos, dímelo.

—Tres años mayor que tú.

—¿Ergo?

—Sesenta y dos.

—Y corrígeme si me equivoco, pero tú no has sido siempre así.

—No, doctor.

—Cuando eras joven, ¿ibas a conciertos y eras feliz escuchando la música en tu asiento?

—Que yo recuerde sí, doctor.

—¿Y la cuestión es que los demás se comportan peor ahora o que la edad te ha vuelto más sensible?

—La gente se comporta *peor*. Eso es lo que me vuelve más sensible.

—¿Y cuándo notaste este cambio en la conducta de la gente?

—Cuando dejaste de venir conmigo.

—No hablamos de eso.

—No lo hacía. Me has preguntado. Fue entonces cuando empezaron a portarse peor. Cuando dejaste de venir conmigo.

Andrew pensó en esto un momento.

—Lo cual demuestra mi teoría. Sólo empezaste a notarlo cuando empezaste a ir solo. O sea que el problema eres tú, no ellos.

—Pues vuelve a venir conmigo y se resolverá.

—No, no hablamos de eso.

Un par de días después lancé a un hombre escaleras abajo. Había sido especialmente ofensivo. Llegó en el último minuto con una fulana en minifalda; se recostó con las piernas separadas y miró alrededor con innecesarios giros de cabeza; charló y se amarteló en las pausas entre movimientos (el concierto de Sibelius, nada menos); y, por supuesto, pasó todas las páginas del programa. Y después, en el último movimiento, ¿a que no saben lo que hizo? Se inclinó hacia su acompañante y le arrancó dos tonos de violín de la cara interior del muslo. Ella fingió que no se daba cuenta, luego le dio golpecitos en la mano con el programa y él se recostó en la

butaca con una sonrisa satisfecha en su cara estúpida y fatua.

En el entreacto me fui derecho hacia ellos. Digamos que él no me dispensó una acogida cordial. Pasó de largo con un simple: «Que te jodan, capullo.» Así que les seguí, primero fuera y luego a la escalera lateral del nivel 2A. Era evidente que tenía prisa. Seguramente quería expectorar, escupir, toser, estornudar, fumar y beber y programar el despertador de su reloj digital para que le recordara que tenía que hacer una llamada por el móvil. Así que le calcé una zancadilla en el tobillo y rodó de bruces medio tramo de escalera. Era un hombre corpulento, y al parecer se hizo sangre. La mujer con la que estaba, que no había demostrado ser más educada, y que se había reído cuando él dijo: «Que te jodan, capullo», empezó a chillar. Sí, pensé, cuando me daba media vuelta, quizá en adelante aprendas a ser más respetuoso con el concierto para violín de Sibelius.

Lo esencial es el respeto, ¿no? Y si no lo tienes, hay que inculcartelo. La verdadera prueba, la única prueba, es si nos estamos haciendo más civilizados o no. ¿No están de acuerdo?

Corteza

El día del cumpleaños de Jean-Étienne Delacour, siguiendo las instrucciones de su nuera, Madame Amélie, se prepararon los siguientes platos: caldo de carne, la ternera con la que lo habían hecho, una liebre a la parrilla, pichón a la cazuela, verduras, queso y jaleas de frutas. Con un espíritu de civilidad desganada, Delacour consintió que le sirvieran un plato de caldo; incluso, en honor a la festividad, levantó hasta los labios una cucharada ceremonial, sopló con elegancia y volvió a bajarla, intacta. Cuando sirvieron la carne, hizo una señal a la criada, que le colocó delante, en dos platos distintos, una sola pera y un tajo de corteza arrancada de un árbol unos veinte minutos antes. Ninguno de los presentes —Charles, el hijo de Delacour; la nuera, el nieto, el sobrino, la mujer del sobrino, el cura, un granjero del vecindario y el viejo amigo de Delacour André Lagrange— hizo comentario alguno. Delacour, por su parte, dio muestras de urbanidad comiendo al mismo ritmo que los demás comensales: un cuarto de la pera mientras ellos daban cuenta de la carne, otro cuarto mientras despachaban la liebre, y así sucesivamente. Cuando sirvieron el queso, sacó una navaja, cortó en varios trozos la corteza de árbol y masticó cada trozo despacio, hasta deglutirlo. Más tarde, para propiciar el sueño, tomó una taza de leche, un poco de lechuga estofada y una manzana reineta. Su dormitorio estaba bien oreado y su almohada rellena de crines de caballo. Se cercioró de que las mantas no le pesaran sobre el pecho y de que sus pies se mantuvieran calientes. Al calzarse sobre las sienes el gorro de dormir de lino, Jean-Étienne meditó complacido sobre la insensatez de sus allegados.

Tenía sesenta y un años. En otro tiempo había sido glotón y jugador, una combinación que con frecuencia amenazaba con llevar la penuria a su casa. Allí donde se lanzasen dados o destapasen naipes, allí donde a uno o dos animales se los azuzara para que compitiesen en una carrera, para regocijo de los espectadores, allí estaba Delacour. Había ganado y perdido al faraón y al monte, al backgammon y al dominó, a la ruleta y al rojo y negro. Jugaba al tejo con un niño, se apostaba el caballo en una pelea de gallos, hacía solitarios de dos barajas con Madame V..., y con una sola cuando no encontraba rival o compañero.

Se decía que su gula había puesto fin a sus apuestas. Desde luego, en un hombre como él no había sitio para que las dos pasiones se expresaran plenamente. El momento de crisis se había producido cuando perdió en un santiamén, en una mano de piquet, un ganso cebado hasta días antes de matarlo, un ganso al que había alimentado con su propia mano y saboreado de antemano hasta los últimos menudillos. Pasó un tiempo dudando entre sus dos tentaciones, como el asno del refrán entre dos balas de heno; pero en lugar de morir de inanición, como el jumento indeciso, actuó como un auténtico jugador y dejó que una moneda al aire zanjara el asunto.

A partir de entonces se le infló tanto el estómago como la faltriguera, al mismo

tiempo que se le sosegaban los nervios. Se daba banquetes de cardenal, como dicen los italianos. Disertaba acerca de las propiedades comestibles de cada alimento, desde las alcaparras hasta la becada; explicaba que el chalote había sido introducido en Francia por los cruzados al regresar de sus campañas, y el queso de Parma por Monsieur le Prince de Talleyrand. Cuando le servían una perdiz, le arrancaba las patas, daba a cada una un mordisco reflexivo, no crítico, y anunciaba sobre cuál de ellas la perdiz había tenido por costumbre apoyar su peso cuando dormía. También le daba a la botella. Si le ofrecían uvas de postre, las rechazaba con las siguientes palabras: «No suelo tomar el vino en forma de pastillas.»

La mujer de Delacour había aprobado la elección de su vicio, pues la glotonería tiene más posibilidades que el juego de retener a un hombre en casa. Pasaron los años y su silueta empezó a emular la de su marido. Vivieron una vida oronda y desahogada hasta que un día, reponiendo fuerzas a media tarde, en ausencia de su esposo, Madame Delacour murió asfixiada por un hueso de pollo. Jean-Etienne se maldijo a sí mismo por haber dejado a su mujer sin compañía; maldijo su propia gula, pues la de su mujer, cómplice de la suya, le había acarreado la muerte; y maldijo al destino, al azar, a lo que sea que gobierne nuestros días, por haber alojado el hueso de pollo en un ángulo tan homicida dentro de su garganta.

Cuando empezó a remitir su congoja inicial, aceptó hospedarse en la casa de Charles y Madame Amélie. Empezó el estudio de las leyes, y a menudo se le veía absorto en los nueve códigos del reino. Se sabía de memoria el código rural y le consolaban sus certezas. Podía citar la legislación referente a los enjambres de abejas y la fabricación de abonos; conocía las penas por tocar las campanas de una iglesia durante una tormenta y por vender leche que hubiese estado en contacto con cazuelas de cobre; palabra por palabra, recitaba ordenanzas sobre la conducta de las amas de leche, el pasto de las cabras en los bosques y el entierro de animales encontrados muertos en la vía pública.

Por un tiempo persistió en su gula, como si al no hacerlo fuese desleal con el recuerdo de su cónyuge, pero aunque aún ponía el estómago en ello, no así su corazón. Lo que le indujo a abandonar su antigua pasión fue un bando municipal en el otoño de 18...: que, en aras de la higiene y el bienestar general, había que construir una casa de baños. Que un asunto de agua y jabón hubiese reducido a la moderación y la templanza a un hombre que había acogido la invención de un plato nuevo con las mismas alabanzas con que un astrónomo celebraría el descubrimiento de una nueva estrella inspiró burlas a unos y moralismos a otros. Pero Delacour nunca había hecho mucho caso de la opinión ajena.

La muerte de su mujer le reportó un legado pequeño. Madame Amélie propuso que quizá fuera un gesto prudente y cívico que su suegro invirtiera en la construcción de los baños. Con el fin de suscitar el interés, el municipio había concebido un

proyecto basado en una idea italiana. La suma que debía reunirse se dividió en cuarenta partes iguales; todos los suscriptores tenían que ser mayores de cuarenta años. Se pagaría un interés anual del dos y medio por ciento, y a la muerte de un suscriptor el interés acumulado de su capital se dividiría entre los restantes. La simple aritmética propiciaba una sencilla tentación: el último inversor superviviente percibiría, a la muerte del titular número treinta y nueve, un interés anual equivalente a la suma de su aportación inicial. Los préstamos expirarían al fallecimiento del último suscriptor, y el capital sería devuelto a los herederos nombrados por los cuarenta inversores.

La primera vez que Madame Amélie mencionó el proyecto a su marido, él se mostró dubitativo:

—¿No crees, querida, que podría despertar la antigua pasión de mi padre?

—Difícilmente se le puede llamar apuesta a algo en que no existe la posibilidad de perder.

—Eso es lo que afirman siempre todos los que apuestan.

Delacour aprobó la sugerencia de su nuera y siguió atentamente el curso de las suscripciones. A medida que aparecían nuevos inversores, apuntaba su nombre en una libreta y añadía su fecha de nacimiento y observaciones generales sobre su salud, aspecto y genealogía. Cuando un terrateniente quince años mayor que él se sumó al proyecto, Delacour se puso más contento que nunca desde la muerte de su mujer. Al cabo de unas semanas la lista quedó completa y él escribió a los otros treinta y nueve suscriptores diciéndoles que ya que todos se habían enrolado, por así decirlo, en el mismo regimiento, estaría bien que se reconociesen mediante un distintivo indumentario, como por ejemplo una cinta en la chaqueta. Propuso asimismo que todos los suscriptores —a punto estuvo de escribir «supervivientes»— celebraran una cena anual.

Pocos dispensaron una acogida favorable a las dos propuestas; algunos ni siquiera contestaron, pero Delacour siguió considerando compañeros de armas a sus colegas suscriptores. Si se encontraba con alguno en la calle le saludaba efusivamente, se interesaba por su salud e intercambiaba algunos comentarios generales, quizá sobre el cólera. Con su amigo Lagrange, que también se había suscrito, pasaba largas horas en el Café Anglais, jugando como actuarios con la vida de los otros treinta y ocho.

Los baños municipales aún no habían sido inaugurados cuando murió el primer inversor. Jean-Étienne, durante la cena con su familia, propuso un brindis por el septuagenario excesivamente optimista y ahora llorado. Más tarde, sacó la libreta, apuntó en ella la fecha del óbito y trazó debajo una larga línea negra.

Madame Amélie comentó con su marido el excelente ánimo de su suegro, que ella consideraba fuera de lugar.

—La muerte en general es su amiga —contestó Charles—. Sólo la suya propia

debe considerarse su enemiga.

Madame Amélie se preguntó brevemente si se trataba de una verdad filosófica o de una perogrullada vacua. Tenía un carácter afable y se preocupaba poco por las opiniones de su marido. Le inquietaba más la manera en que las expresaba, que cada vez se parecía más a la de su padre.

Junto con un gran certificado grabado de la suscripción, los inversores recibían el derecho de utilizar gratis los baños «durante todo el período de la inversión». Era de esperar que pocos lo hicieran, pues si eran lo bastante ricos para suscribirse al proyecto, lo serían sin duda para poseer una bañera. Pero Delacour se habituó a hacer uso de este derecho una vez por semana, al principio, y después todos los días. Algunos consideraban que esto constituía un abuso de la benevolencia del municipio, pero Delacour se mantuvo en sus trece. Sus jornadas se ajustaban ahora a una pauta fija. Se levantaba temprano, comía una pieza de fruta, bebía dos vasos de agua y caminaba durante tres horas. Luego visitaba los baños, donde no tardó en ser conocido por los empleados; en su calidad de suscriptor, le reservaban una toalla especial. Después se encaminaba al Café Anglais, donde hablaba de los temas del día con su amigo Lagrange. Los temas del día para Delacour rara vez eran más de dos: cualquier baja previsible en la lista de inversores y la laxa aplicación de las diversas ordenanzas municipales. Así por ejemplo, a su entender no se había anunciado suficientemente la escala de recompensas por la exterminación de lobos: 25 francos por una loba con carnada, 18 por una loba sin crías, 12 por un lobo y 6 por un lobezno, pagaderos una semana después de comprobar la veracidad de la prueba.

Lagrange, cuya mente era más contemplativa que teórica, caviló sobre esta queja.

—Y sin embargo no conozco a nadie que haya visto a un lobo en los últimos dieciocho meses —dijo, con suavidad.

—Razón de más para que al populacho se le incite a vigilar.

Delacour denunció a continuación la escasa frecuencia y el poco rigor con que se verificaba si el vino había sido adulterado. En virtud del artículo 38 de la ley de 19 de julio de 1791, todavía aplicable, podía imponerse una multa de hasta 100 francos, y una pena de prisión de hasta un período de un año, a quienes mezclaran monóxido de plomo, cola de pescado, extracto de madera de Campeche u otras sustancias nocivas con el vino que vendían.

—Tú sólo bebes agua —puntualizó Lagrange. Alzó su propio vaso y examinó el vino que contenía—. Además, si nuestro hostelero se permitiera estas prácticas, puede que muy felizmente se redujera la lista de suscriptores.

—No pretendo ganar de esa manera.

A Lagrange le molestó la aspereza en el tono de su amigo.

—Ganar —repitió—. Sólo puedes ganar, si lo quieres llamar así, si yo me muero.

—Lo lamentaré —dijo Delacour, a todas luces incapaz de concebir un desenlace

distinto.

Después del Café Anglais, Delacour volvía a casa y leía obras sobre fisiología y dieta. Veinte minutos antes de cenar se cortaba un trozo fresco de corteza de árbol. Mientras los demás comían guisos que acortaban la vida, él se explayaba sobre las amenazas para la salud en general y sobre los deplorables impedimentos a la inmortalidad humana.

Estos mismos impedimentos disminuían poco a poco la lista original de cuarenta suscriptores. Cada muerte acrecentaba el júbilo de Delacour y tornaba más estricto su régimen. Una obra de fisiología indicaba, con frases veladas y una súbita andanada de latinajos, que un signo fidedigno de salud en el varón humano era la frecuencia con que tenía trato sexual. Tanto la abstinencia total como la fornicación excesiva eran, en potencia, perniciosas, aunque no tanto como determinadas prácticas asociadas con la castidad. Pero una moderada frecuencia —por ejemplo, exactamente una vez por semana— se consideraba saludable.

Delacour, convencido de esta necesidad práctica, presentó sus excusas a su difunta esposa y concertó un arreglo con una criada de los baños a la que visitaba una vez a la semana. Ella le agradecía el dinero que le daba, y él, una vez que hubo desalentado las muestras de afecto, aguardaba con ilusión el día del encuentro. Decidió que cuando muriese el suscriptor número treinta y nueve, le daría a su amante cien francos o quizá un poco menos, en reconocimiento a los servicios que le prolongaban la vida.

Murieron más inversores; Delacour anotó en su libreta sus fechas de defunción y ofició un brindis risueño por su fallecimiento. Cuando se hubieron retirado de una de estas veladas, Madame Amélie le dijo a su marido:

—¿Qué sentido tiene vivir sólo para sobrevivir a otros?

—Cada cual debe encontrar su motivo —contestó Charles—. Ése es el suyo.

—Pero ¿no te parece extraño que lo que más alegría le produce ahora sea la muerte de sus conciudadanos? No disfruta de las cosas normales de la vida. Planea sus jornadas como obedeciendo al deber más estricto, pero ¿qué deber, para con quién?

—La suscripción fue una propuesta tuya, querida.

—Cuando la hice no preví el efecto que tendría sobre su carácter.

—El carácter de mi padre no ha cambiado —repuso Charles, con un tono severo—. Ahora es un anciano viudo. Es natural que sus placeres hayan disminuido y que sus intereses hayan variado un poco. Pero aplica el mismo vigor mental y la misma lógica a lo que ahora le interesa que a lo que le interesaba antes. Su carácter no ha cambiado —repitió, como si a su padre le hubieran acusado de senilidad.

Si a André Lagrange le hubieran consultado, habría coincidido con Madame Amélie. Antaño sibarita, Delacour se había vuelto ascético; antaño defensor de la

tolerancia, había desarrollado una actitud crítica hacia sus semejantes. Sentado en el Café Anglais, Lagrange escuchó una perorata relativa al incumplimiento de los dieciocho artículos que regulaban el cultivo de tabaco. Después hubo un silencio, Delacour bebió un sorbo de agua y prosiguió:

—Todos los hombres deberían tener tres vidas. Ésta es mi tercera.

Soltería, matrimonio, viudez, supuso Lagrange. O quizá juego, gula, la tontina. Pero Lagrange había sido contemplativo el tiempo suficiente para advertir que a los hombres les movía con frecuencia a formular un juicio universal algún suceso cotidiano cuya trascendencia se exageraba.

—¿Y cómo se llama ella? —preguntó Lagrange.

—Es extraño que, a medida que transcurre la vida, los sentimientos dominantes puedan cambiar. Cuando era joven yo respetaba a los curas, honraba a mi familia, estaba lleno de ambición. Respecto a las pasiones del corazón, cuando conocí a la mujer que sería mi esposa descubrí que un largo prólogo de amor desemboca finalmente, con el refrendo y la aprobación de la sociedad, en esos deleites carnales que tanto apreciamos. Ahora que he envejecido estoy menos seguro de que los curas nos muestren el mejor camino hacia Dios; mi familia me exaspera muchas veces y ya no tengo ambiciones.

—Eso es porque has adquirido alguna riqueza y alguna filosofía.

—No, se debe a que juzgo la mente y el carácter, más que el rango social. El cura es un compañero agradable, pero un teólogo insensato; mi hijo es honesto, pero aburrido. Fíjate en que no afirmo que este cambio de talante sea meritorio. Es simplemente algo que me ha ocurrido.

—¿Y el deleite carnal?

Delacour suspiró y movió la cabeza.

—Cuando era un muchacho, en mis años del ejército, antes de conocer a mi difunta esposa, me conformaba de un modo natural con la clase de mujeres que se muestran accesibles. Nada en aquellas experiencias de mi juventud me enseñó la posibilidad de que el deleite carnal pudiese generar sentimientos de amor. Me imaginaba..., no, estaba seguro de que siempre era al revés.

—¿Y cómo se llama ella?

—El enjambre de abejas —contestó Delacour—. Como sabes, la ley es clara. Siempre que el dueño siga a sus abejas cuando se enjambran, tiene el derecho de reclamarlas y recuperar su posesión. Pero si no las ha seguido, el propietario del terreno en que se han posado tiene el título legal de propiedad. O bien, mira el caso de los conejos. Los que se trasladan de una madriguera a otra pasan a ser propiedad del hombre en cuyas tierras está situada la segunda madriguera, a menos que los haya conducido hacia allí por medios fraudulentos o artificios. En el caso de los pichones y las palomas, si vuelan a una tierra comunal, pertenecen a quien los mate. Si vuelan a

otro palomar, pertenecen al dueño del mismo, siempre que no los haya atraído mediante fraude o artificio.

—Me he perdido totalmente —dijo Lagrange, mirándole con benevolencia, habituado a estas divagaciones de su amigo.

—Quiero decir que adoptamos todas las certezas que podemos. Pero ¿quién puede prever cuándo van a enjambrarse las abejas? ¿Quién puede prever adónde volará la paloma o cuándo se cansará el conejo de su madriguera?

—¿Y cómo se llama ella?

—Jeanne. Es una criada de los baños.

—Jeanne, ¿la criada de los baños?

Todo el mundo tenía a Lagrange por un hombre apacible. Ahora se levantó rápidamente, empujando la silla hacia atrás. El ruido recordó a Delacour su época en el ejército, de desafíos súbitos y muebles rotos.

—¿La conoces?

—¿A Jeanne, la criada de los baños? Sí. Y tienes que renunciar a ella.

Delacour no comprendió. Es decir, entendió las palabras, pero no su motivo ni su propósito.

—¿Quién puede prever adónde volará la paloma? —repitió, complacido con esta formulación.

Lagrange, inclinado sobre él, con los nudillos en la mesa, casi parecía temblar. Delacour nunca había visto a su amigo tan serio ni tan furioso.

—En nombre de nuestra amistad tienes que renunciar a ella —repitió.

—No me has estado escuchando. —Delacour se recostó en su silla y se colocó a distancia de la cara de su amigo—. Al principio fue una simple cuestión de higiene. Yo insistía en que la chica fuese dócil. No quería caricias a cambio; las rechazaba. No le hacía mucho caso. Y sin embargo, y a pesar de todo esto, he llegado a amarla. ¿Quién puede prever...?

—Te he estado escuchando, y, en el nombre de nuestra amistad, insisto.

Delacour meditó la petición. No era una petición, sino una exigencia. Había vuelto de repente a la mesa de juego y afrontaba a un adversario que, sin ninguna razón evidente, había subido diez veces su apuesta. En momentos así, evaluando el abanico inexpresivo en las manos de su contrincante, Delacour confiaba siempre en su instinto, no en el cálculo.

—No —contestó, como si se marcara un farol.

Lagrange se marchó.

Delacour dio un sorbo de su vaso de agua y repasó con calma los envites. Los redujo a dos: desaprobación o celos. Descartó el primero: Lagrange siempre había sido un observador de la conducta humana, no un moralista que condenase sus extravagancias. Así que debían de ser celos. ¿De la propia chica o de lo que ella

representaba y exhibía: salud, longevidad, victoria? Ciertamente, la suscripción generaba un comportamiento extraño de los inversores. Lagrange se había sobreexcitado y se había ido como un enjambre de abejas. Bueno, Delacour no lo seguiría. Que aterrizase donde le viniera en gana.

Continuó con su rutina cotidiana. No mencionó a nadie la deserción de Lagrange, y en todo momento esperaba su reaparición en el café. Echaba de menos las conversaciones que mantenían, o por lo menos la compañía atenta de su amigo; pero poco a poco se resignó a su pérdida. Empezó a visitar a Jeanne con más frecuencia. Ella no se opuso, y le escuchaba cuando le hablaba de cuestiones jurídicas que ella rara vez entendía. Advertida previamente de que las expresiones de afecto eran impertinentes, siguió siendo callada y manejable, aunque no pudo por menos de notar que las caricias de Delacour eran más tiernas. Un día le informó de que estaba embarazada.

—Veinticinco francos —contestó él, automáticamente. Ella declaró que no le estaba pidiendo dinero. Él se disculpó —tenía el pensamiento en otra parte— y le preguntó si el hijo era de él. Al oír la respuesta afirmativa —o, más exactamente, el tono en que la dijo, en el cual no había rastro de la vehemencia con que se dice una mentira— se ofreció a entregar el hijo a una nodriza y a fijarle una asignación. Se guardó para sus adentros el amor sorprendente que había empezado a sentir por Jeanne. A su modo de ver, en realidad no era asunto de ella; le concernía a él, no a ella, y también pensaba que si tuviera que expresar lo que sentía quizá lo perdiera o lo complicase de una forma indeseada. Le dio a entender a Jeanne que podía confiar en él; con eso bastaba. Por lo demás, Delacour disfrutaba de su amor como si fuera una cuestión privada.

Había sido un error confesárselo a Lagrange; sin duda también lo sería decírselo a cualquier otra persona.

Unos meses después, Lagrange se convirtió en el miembro fallecido número treinta y seis de la tontina. Como Delacour no le había hablado a nadie de su disputa con él, se sintió obligado a asistir al entierro. Cuando bajaban el féretro, le comentó a Madame Amélie: «No se cuidó todo lo que hubiera debido.» Al levantar los ojos vio a Jeanne de pie, con el vestido abultado, al fondo de un grupo de dolientes, al otro lado de la sepultura.

La ley relativa a las nodrizas era, en opinión de Delacour, ineficaz. La declaración del 29 de enero de 1715 era muy clara: se prohibía a las amas de leche amamantar a dos lactantes al mismo tiempo, so pena de cárcel para la mujer y una multa de 50 francos para su marido; estaban obligadas a declarar el embarazo en cuanto llegaba al segundo mes; se les prohibía asimismo devolver a bebés a la casa de los padres, incluso en casos de impago, y tenían la obligación de seguir prestando el servicio y de ser reembolsadas más tarde por el tribunal de la policía. Pero todo el mundo sabía

que aquellas mujeres no eran siempre de fiar. Pactaban acuerdos sobre otros bebés; mentían sobre el progreso de su embarazo, y si había un conflicto acerca del pago entre los padres y la nodriza, el niño muchas veces no sobrevivía una semana. Quizá debiera consentir que Jeanne amamantara al bebé, porque al fin y al cabo era lo que ella quería.

En su encuentro siguiente, Delacour expresó su sorpresa por la presencia de Jeanne en el entierro. Que él supiera, Lagrange jamás había ejercido su derecho a utilizar los baños municipales.

—Era mi padre —contestó ella.

De paternidad y filiación, pensó él. Decreto de 23 de marzo de 1803, promulgado el 2 de abril. Capítulos uno, dos y tres.

—¿Cómo? —fue lo único que acertó a decir.

—¿Cómo? —repitió ella.

—Sí, ¿cómo?

—De la manera normal, estoy segura —contestó la chica.

—Sí.

—Visitaba a mi madre como...

—Como te visito yo.

—Sí. Me tenía mucho cariño. Quería reconocirme, hacerme...

—¿Legítima?

—Sí. Mi madre no quería. Riñeron. Ella temió que intentase secuestrarme. Me custodiaba. A veces él nos espiaba. Cuando se estaba muriendo, mi madre me hizo prometerle que nunca le recibiría ni tendría contacto con él. Se lo prometí. Pensé que... el entierro no representaba un contacto.

Jean-Étienne Delacour se sentó en la cama estrecha de la chica. Algo se le escapaba de la mente. El mundo tenía menos sentido del que debiera. Aquel niño, si sobrevivía a los albures del parto, sería el nieto de Lagrange. Cosa que él prefirió no decirme, cosa que la madre de Jeanne ocultó a Lagrange y que yo, a mi vez, no le he dicho a Jeanne. Hacemos leyes pero las abejas se enjambran de todos modos, los conejos buscan madrigueras distintas y las palomas vuelan a un palomar ajeno.

—Cuando apostaba —dijo por fin—, la gente me censuraba. Lo consideraban un vicio. Para mí no lo era. A mí me parecía la aplicación al comportamiento humano de un estudio lógico. Cuando era un glotón, la gente lo consideraba un abandono. Para mí no lo era. A mí me parecía una actitud racional ante el placer humano.

Miró a la chica. Ella no parecía entender de qué le estaba hablando. Bueno, la culpa era de él.

—Jeanne —dijo, cogiéndole la mano—, no temas por tu hijo. No sientas el temor que sintió tu madre. No es necesario.

—Sí, señor.

En la cena escuchó la cháchara de su hijo adulto y se abstuvo de corregirle numerosas idioteces. Masticó un trozo de corteza de árbol, pero sin apetito. Más tarde, la taza de leche le supo como si hubiese salido de una cazuela de cobre, la lechuga estofada apestaba a boñiga y la manzana reineta tenía la textura de una almohada de crines de caballo. A la mañana siguiente, cuando le encontraron, su mano rígida aferraba el gorro de dormir de lino, aunque nadie supo si había estado a punto de ponérselo o si por alguna razón acababa de decidir quitárselo.

Saber francés

Pilcher House,
18 de febrero de 1986

Querido doctor Barnes (yo, una anciana frizando los ochenta y uno):

Pues bien, yo leo OBRAS serias, pero en las veladas de lecturas ligeras ¿qué relatos de ficción tenemos en una residencia? (Usted comprenderá que no llevo mucho tiempo aquí.) Muchas novelas facilitadas por la Cruz Roja. ¿Sobre qué? ¡Caramba! El médico con el pelo rizado y «canas ya en las sienes», probablemente incomprendido por su mujer o, mejor todavía, viudo, y la enfermera atractiva que le pasa el serrucho en el quirófano. Incluso a una edad en que podría haber sido sensible a una visión de la vida tan inverosímil, yo prefería «Sobre la influencia de las lombrices en la formación de la tierra vegetal», de Darwin.

Así que me dije: ¿por qué no voy a la biblioteca pública y me leo todas las novelas desde la A? Como descubro que he leído muchas descripciones amenas de pubs y mucho voyeurismo centrado en los pechos femeninos, voy rápido. ¿Ve dónde voy a parar? La pila siguiente a la que llego es Barnes: «El loro de Flaubert». Ah, esto debe de ser Loulou. Me precio de saberme de memoria «Un corazón simple». Pero tengo pocos libros, porque mi habitación aquí es *trop petite*.

Le agradecerá saber que soy bilingüe y estimo que es un placer. La semana pasada oí en la calle a un maestro decirle a un turista: «À gauche puis a droite.» La sutileza de la pronunciación de GAUCHE me alegró el día, y no paro de repetirlo en el baño. Es tan bueno como el pan con mantequilla francés. ¿Creería usted que a mi padre, que ahora tendría ciento treinta años, le enseñaron francés (al igual que por entonces enseñaban latín) pronunciado como inglés: «lee tchatt». No, no lo creería: yo tampoco tengo la certeza. Pero ha habido algunos progresos: hoy día, los estudiantes con frecuencia pronuncian fuerte la erre tal como debe ser.

Pero revenons a nos perroquets, que es la principal razón de que le escriba. No tengo que pedirle explicaciones sobre lo que usted dice en su libro sobre las coincidencias. Pues lo hago. Dice que no cree en las coincidencias. No puede decirlo en serio. Quiere decir que no cree en las que son intencionales o deliberadas. No puede negar la existencia de las coincidencias, puesto que se dan con alguna

frecuencia. Usted se niega, sin embargo, a atribuirles un significado. Yo no estoy tan segura como usted, siendo como soy completamente agnóstica en estas materias. Resumiendo: tengo por costumbre bajar por Church Street (ya no queda iglesia) hacia Market Green (tampoco mercado). Ayer acababa de dejar su libro e iba caminando cuando ¿qué veo? ¿Qué veo encerrado detrás de una ventana alta, sino a un loro grande y gris en una jaula? ¿Coincidencia? Por supuesto. ¿Sentido? El animal parece desgraciado, con todas las plumas ahuecadas y tosiendo, el pico goteando y ningún juguete en la jaula. Así que escribo una postal (educada) a su dueño (desconocido) diciendo que esta situación me encoge el corazón, y que confío en que cuando vuelvan a casa por la noche sean amables con el ave. No bien estoy de vuelta en mi cuarto cuando irrumpe una anciana furiosa, se presenta, agita mi postal y dice que me va a denunciar en el juzgado. «Bueno», le contesto. «Eso le saldrá caro.» Ella me dice que Dominic ahueca las plumas porque es un presumido. No hay juguetes en su jaula porque no es un periquito y los destrozaría si los hubiese. Y que el pico de los loros no puede gotear porque no poseen membrana mucosa. «Es usted una anciana ignorante y meticona», me espeta al marchar.

Ahora bien, esta disertación sobre loros me ha impresionado. Audrey Penn es a todas luces una mujer instruida. Como no tengo otro libro de referencia a mano que el almanaque de mi antigua facultad, le echo un vistazo. Aquí está: señorita Margaret Hall, ocho años más joven que yo, becaria cuando yo era alumna aventajada y estudiante de francés. (No de veterinaria.)

Tuve que escribirle esto a usted porque nadie más entendería el extraño sincronismo. Pero no estoy en condiciones de afirmar si todo esto constituye o no una coincidencia en su acepción más precisa. Las encarceladas conmigo aquí están locas o sordas. Yo, como Felicité, soy sorda. Por desgracia, las locas no están sordas, pero ¿quién soy yo para decir que las sordas no están locas? De hecho, aunque soy la más joven, soy la jefa, porque, gracias a mi relativa juventud, soy relativamente competente.

Croyez, cher Monsieur, a l'assurance
de mes sentiments distingués.
Sylvia Winstanley

4 de marzo de 1986

Querido señor Barnes:

Entonces, ¿por qué me dijo que era médico? En cuanto a mí, soy soltera, aunque no es generoso por su parte darme a elegir sólo entre señora o señorita. ¿Por qué no Lady Sylvia? En definitiva, soy de clase alta, de una «antigua familia distinguida» y

todo eso. Mi tía abuela me dijo que cuando era una niña el cardenal Newman le trajo una naranja de España. Una para ella y otra para cada una de sus hermanas. La fruta era por entonces poco conocida en Inglaterra. N. era el padrino de la abuela.

La guardiana me dice que la dueña de Dominic está «bien considerada en el barrio», por lo que es evidente que va a haber cotilleos y que más vale que yo cierre la boca. He escrito una carta conciliadora (no ha habido respuesta) y la siguiente vez que paso por donde Dominic me fijo en que lo han retirado de la ventana. Quizá esté enfermo. En definitiva, si los loros no tienen membrana mucosa, ¿por qué le goteaba el pico? Pero si sigo haciendo estas preguntas en público, acabaré sentada en el juzgado. Bueno, los jueces no me dan miedo.

He dado clase sobre muchas obras de Gide. Proust me aburre, y no entiendo a Giraudoux, que tiene un cerebro raro, brillante para algunas cosas y majadero para otras. Daban por seguro que iba a obtener una matrícula, la directora dijo que se comía el sombrero si no la sacaba. No me la dieron (sobresaliente alto en lenguaje hablado), y ella pidió explicaciones a las autoridades; le contestaron que el número de sobresalientes estaba compensado por el de aprobados; ningún notable. ¿Lo ve usted? Como no fui a la escuela preparatoria, y siendo «lady» no aprendí materias ortodoxas, en el examen de ingreso mi redacción sobre las costumbres maternas de la tizereta me rindió más provecho que las «educadas» de las chicas de Sherborne. Era una alumna aventajada, como creo que le he dicho.

Pero ¿por qué me dijo que era un médico sesentón cuando está claro que no puede tener más de cuarenta años? ¡Vamos, ande! En mi juventud descubrí que los hombres eran siempre unos impostores, y decidí no ligar hasta que llegase a la avanzada edad de jubilación de los sesenta, pero esto me ha llevado a ser durante otros veinte años —me dice mi psicólogo— un ligue escandaloso.

Después de acabar Barnes, paso a Brookner, Anita, y que me aspen si ella no aparece en la caja tonta ese mismo día. No sé, no sé. Desde luego, me ESTÁN haciendo cosas. Por ejemplo. Digo: «Si esta decisión no es la correcta, que vea un ciervo», escogiendo el animal más inverosímil en este lugar. El ciervo aparece. Ídem si se trata, en otras ocasiones, de un martín pescador o un pájaro carpintero. No puedo aceptar que sea mi imaginación, o que mi subconsciente tuviera conocimiento de que esos animales estaban acechando entre bastidores. Es como si hubiera un yo superior que, por ejemplo, le dice a un glóbulo rojo ignorante que vaya a coagular un corte de cuchillo. Pero ¿qué se ocupa de que su yo superior y el mío le enseñen a la sangre a restañar una herida? En el programa «Urgencias» vi que se limitaban a empujar toda la carne cruda hasta encajarla otra vez en el agujero y que dejaban que ella misma regenerase los músculos, y hace tres meses me hicieron una operación muy seria, pero parece que todas las piezas se han soldado de forma correcta y han hecho lo que debían. ¿Quién les enseñó cómo hacerlo?

¿Tengo sitio en la página para unas plumas de loro? La directora, la señorita Thurston, era una mujer bastante desgarbada y con una cara caballuna, veinticuatro años mayor que yo, «assoiffée de beauté», y que lucía sombreros inadecuados y pintorescos mientras pedaleaba en su bici (con la cesta detrás, al estilo de Cambridge). Hubo un tiempo en que fuimos íntimas y teníamos el proyecto de compartir una casa, pero ella descubrió justo a tiempo lo insoportable que yo era. Una noche soñé con ella: estaba bailando de alegría; llevaba en la cabeza un sombrero enorme con plumas de loro que volaban. Dijo: «Ahora todo va bien entre nosotras» (o algo parecido). Yo me decía: «Pero si esta mujer nunca ha sido FEA.» En el desayuno le dije a mi prima: «Estoy segura de que la señorita Thurston ha muerto.» Miramos en el Telegraph; no había ninguna esquila con su nombre. Llega el correo; en el reverso del sobre: «As-tu vu que Miss Thurston est morte?» Visitamos a otra prima; esquila y fotografía en el periódico Times. Tengo que añadir que no soy en absoluto «vidente».

No diré que no fuera mi intención sermonear como he hecho. Soy la jefa de grupo, por ser la MÁS JOVEN y la más competente. Tengo coche, sé conducir. Como casi todas están sordas como una tapia, hay pocos cuchicheos en las esquinas. ¿Puedo emplear una palabra ampulosa para la escritura de cartas larguísimas (epistolomanía)? Me disculpo.

Mis mejores deseos, buena suerte con sus escritos,
Sylvia Winstanley

18 de abril de 1986

Querido Julian:

Le llamo así con permiso, y tras haber sido autorizada a ligar; aunque ligar sin más información que una sobrecubierta es una experiencia nueva, como puede imaginarse. En cuanto a por qué he optado por encarcelarme en una residencia de la tercera edad, cuando puedo caminar y conducir y ser vitoreada por la amenaza de una denuncia en el juzgado, fue una cuestión de saltar antes de que te empujen, o de sauter pour mieux reculer. Mi querida prima había muerto, sobre mí pesaba la amenaza de una operación quirúrgica y no me pareció muy apetecible la perspectiva de ser ama de llaves de mí misma hasta estirar la pata. Así que había, como se suele decir, una vacante inesperada. Soy una inconformista, como habrá podido deducir, y la gramática parda me parece eso, lo que su nombre indica. La G. P. declara que de nosotros se espera que sigamos siendo independientes todo el tiempo posible y que luego sucumbamos ante una residencia cuando nuestra familia ya no soporte que empecemos a dejar abierta una llave de gas y a escaldarnos con el desayuno. Pero en

esas circunstancias es probable que la residencia representara una sacudida tremenda que nos indujese a perder la chaveta, convertirnos en coles y dar un rápido acceso a otra vacante inesperada. O sea que decidí trasladarme aquí mientras aún esté operativa en gran parte. Bueno, no tengo hijos y mi psicólogo se mostró de acuerdo.

Pero ¡ay, querido Barnes! El único libro suyo que me dijo que no leyera era el único que tenían en la biblioteca. «Antes de conocernos» ha sido pedido once veces desde enero, y le fascinará saber que un lector ha tachado con trazos gruesos la palabra «follar» cada vez que aparece. Sin embargo, se ha dignado leer el libro hasta el último «follar», que figura en la página 178. Yo todavía no he llegado tan lejos. He probado a leer un pasaje en la cena a las demás sordas, pero sin éxito. «Supongo», he dicho, «que este libro trata de los placeres de la cama.» «¿Qué? ¿Qué? ¿Perdón? ¿Perdón?» «¡Placeres! ¡Ya saben! Una almohada cómoda, agradable, un colchón blando, ojos de sueño.» Así que a nadie le pareció que el relato valiera la pena. Pues yo lo leeré y seguro que aprendo mucho.

Estoy muy enfadada, dolida, etc., por la excesiva grosería cuartelaria del marido de la guardiana, ex sargento mayor, a quien de buen grado le hubiera empujado para que cayera de espaldas desde lo alto de la escalera, pero me percaté de que probablemente era más fuerte que yo. Déjeme sermonearle un poco más, esta vez sobre la residencia. Cuando la abuelita empezó ya a chochar, investigué una serie de estos establecimientos. No levanta mucho el ánimo ver, una u otra vez, la misma media luna de viejecitas obedientes en butacas baratas mientras la caja tonta les berrea como Mussolini. En una de esas residencias le dije a la guardiana: «¿Qué clase de actividades ofrecen?» Me dirigió una mirada incrédula, pues ¿no estaba claro que las viejas sordas se lo estaban pasando tan pipa como la mente y el espíritu pueden soportar? Al final me respondió: «Hay un hombre que viene a organizar juegos una vez por semana.» «¿Juegos?», pregunté, no viendo a muchas interesadas en las olimpiadas. «Sí», me contestó, condescendiente. «Las pone en un corro, les lanza una pelota de playa y ellas tienen que devolvérsela.» Bueno: esta mañana hago un comentario sobre las pelotas de playa al sargento mayor, pero no lo capta, como era de esperar. Aquí las sordas y las locas tienen siempre miedo de ser una molestia. Como la única manera de estar segura de que no molestas es estar en tu ataúd, yo procuro molestar para asegurarme de que sigo viva. No sé si tendré éxito. Esta residencia funciona exactamente como un texto de Balzac. Desembolsamos los ahorros de toda una vida para ejercer un control sobre ella. Imaginé un sistema de dictadura ilustrada como el que aprobaba Voltaire, pero no sé si un gobierno así ha existido o podría llegar a existir. Las guardianas, ya sea adrede o por costumbre inconsciente, erosionan poco a poco nuestro ánimo. Se supone que la junta directiva es nuestra aliada.

Estaba recopilando sottises para usted sin muchas ganas; la que más me fastidia

es la idea de que en Inglaterra tenemos una cosa que se llama «verano» y que tarde o temprano «llega». Y entonces todos salimos al jardín después de cenar para que nos piquen los mosquitos. Concedo que la temperatura es unos diez grados más alta y que se puede salir a la calle después del té. Todas las de mediana edad me dicen que, cuando eran jóvenes, en verano se achicharraban y que había jolgorio en carromatos de paja, etc., pero yo les digo que soy treinta años más vieja y que recuerdo perfectamente bien que mayo era un mes apestoso en su juventud, y que lo han olvidado. ¿Ha oído hablar de «Les trois saints de glace»? he olvidado quiénes son, pero tienen que pasar antes de que haya un verano —latino— como es debido. Pasé un mayo en la Dordoña y llovió sin parar y me trataron a baqueta y me enseñaron sus operaciones y sólo hacían pan cada quince días, así que ¡a la mierda Aquitania! Pero me encanta el Drôme.

Libros que no he leído:

Todo Dickens

Todo Scott

Todo Thackeray

Todo Shakespeare, excepto «Macbeth»

Todo Jane Austen menos uno

Espero que encuentre un gite encantador; adoro los Pirineos; las flores; y los pequeños «gaves».

Ya ve, di la vuelta al mundo en 1935, antes de que lo estropeasen todo. Y además en un montón de barcos, no en avions.

Me dice usted, respecto a la coincidencia, que por qué no pedimos ver un armadillo o un búho níveo que pusieran a prueba el poder de la coincidencia deliberada. No contestaré a eso, pero sí le diré que vivíamos en Putney en el siglo XVI. Putney está al lado de Barnes.

Bueno, muchas gracias por escribirme. Ahora me siento mejor y la luna se ha asomado por detrás de los pinos al doblar la esquina.

Sylvia W.

El loro D. otra vez en la ventana.

16 de septiembre de 1986

Querido Julian:

Su novela ha resultado didáctica, no en materia sexual, sino porque su personaje, Barbara, tiene exactamente los mismos métodos de conversación escurridizos que

nuestra guardiana aquí. Su marido es para mí el colmo de la insolencia, pero sé que si se me escapa la palabra «puñetero» estoy totalmente perdida ante la junta directiva, que hasta ahora me acepta. Ayer me encaminaba al buzón cuando el sargento mayor me abordó para informarme de que era un desplazamiento innecesario. Todas las sordas y locas de aquí le dan las cartas para que las eche al correo. Le dije: «Puede que ya no conduzca mi coche, pero seguiré tomando el autobús al centro y soy muy capaz de llegar a pie hasta el buzón.» Me miró con impertinencia y me imaginé que de noche abría todas las cartas al vapor y rompía todas las que contuviesen quejas contra la residencia. Si mis cartas dejan de llegarle de golpe, puede concluir que me he muerto o estoy plenamente sometida al control de las autoridades.

¿Tiene dotes para la música? Bueno, supongo que yo sí, pero por el solo hecho de tener buen oído y empezar el piano a los seis años, enseguida aprendí a repentizar, y como tocaba el contrabajo y la flauta (más o menos), me pedían continuamente que tocara órganos de iglesias. Me gustaba obtener bramidos tremendos de estos instrumentos. (No voy a la iglesia. Piense lo que quiera.) Me gusta ir al centro: siempre hay chanzas en el autobús o bailes folklóricos en las galerías comerciales, con conciertos de Brandenburgo en una máquina y personas como es debido tocando el violín al compás.

He leído algunas A y B más. Un día de éstos sacaré la cuenta de las bebidas consumidas o los cigarrillos encendidos a modo de relleno en las novelas. También «viñetas» de camareros, taxistas, vendeuses y demás, que no vuelven a aparecer en el relato. Los novelistas meten paja o se ponen a filosofar, lo cual nos enseñaron a considerar «generalizaciones» en Balzac. Para quién son las novelas, me pregunto. En mi caso, para alguien de naturaleza poco exigente que necesita extraviarse entre las diez de la mañana y la hora de acostarse. Entiendo que esto no le satisfaga a usted. Además, para poder hacerlo es esencial que haya un personaje lo bastante parecido a mí misma para identificarme con él e, inconformista como soy, no sucede a menudo.

Aun así, las A y B siguen estando por encima del suministro mensual de la Cruz Roja. Estas parecen textos escritos por enfermeras de turno de noche en las largas horas en que no tienen nada mejor que hacer. Y el único tema es el afán de casarse. No parece que hayan pensado en lo que ocurre después del matrimonio, aunque para mí es el quid de la cuestión.

Una celebridad en el mundo del arte escribió hace unos años en su autobiografía que se aficionó a amar a las mujeres cuando se enamoró de una niña en la escuela elemental de baile. Por entonces él tenía once años y ella nueve. No hay la menor duda de que yo era esa niña: describe mi vestido, y la escuela de que habla era la de mi hermano, las fechas son las mismas, etc. Nadie se ha vuelto a enamorar de mí, pero yo era una niña bonita. Si me hubiese dignado mirarle, dice, me habría seguido hasta el fin de sus días. En cambio, persiguió a mujeres durante toda su vida e hizo

tan infeliz a la suya que se convirtió en una alcohólica, mientras que yo, por el contrario, no me he casado. ¿Qué deduce de esto, señor novelista Barnes? ¿Fue una oportunidad perdida hace setenta años? ¿O fue una afortunada escapatoria por ambas partes? Poco sabía él que yo habría de convertirme en una intelectual, y en absoluto una mujer de su gusto. Quizá me hubiese empujado a la bebida y yo le hubiera inducido a ser un mujeriego, y nadie habría salido bien parado, excepto la esposa que él no habría tenido, y en su autobiografía habría dicho que ojalá nunca se hubiese fijado en mí. Usted es demasiado joven para estas cuestiones, pero son las cosas sobre las que una se hace cada vez más preguntas a medida que se vuelve loca y sorda. ¿Dónde estaría yo ahora si antes de la Gran Guerra hubiese mirado hacia otra parte?

Bueno, un millón de gracias y espero que su vida sea satisfactoria y le depare todo lo que desea.

Con amor, Sylvia W.

24 de enero de 1987

Querido Julian:

Una de las locas ve fantasmas. Se le aparecen en forma de pequeños destellos verdes, por si usted quiere detectar alguno, y la siguieron hasta aquí cuando dejó su piso. Lo malo es que eran inofensivos en su domicilio anterior, pero al verse encarcelados en una residencia de viejos han reaccionado haciendo diabluras. Estamos autorizadas a tener una pequeña nevera en nuestro «cubículo», por si nos da un ataque de hambre de noche, y la señora Galloway llena la suya de chocolatinas y botellas de jerez. ¿Y qué hacen los duendecillos en mitad de la noche, sino comerse el chocolate y beberse el jerez? Todas mostramos la debida inquietud cuando la cosa se supo (las sordas mostraron una mayor preocupación, sin duda porque eran incapaces de entender) y tratamos de expresar nuestra aflicción por la pérdida. Los robos continuaron una temporada, y todas poníamos la consabida cara larga, hasta que un día la víctima entró en el comedor con un aspecto de gato de Cheshire. «¡He recuperado lo que es mío!», exclamó. «¡Me he bebido una de las botellas de jerez que ellos han dejado en la nevera!» Así que todas lo festejamos, pero, ay, prematuramente, pues las chocolatinas siguieron sufriendo la depredación nocturna, a pesar de las notas manuscritas, tanto severas como suplicantes, que la señora G empezó a pegar en la puerta de la nevera. (¿Qué idiomas cree usted que saben leer los fantasmas?) El asunto se abordó finalmente en la asamblea plenaria de Pilcher House una noche a la hora de la cena, con la guardiana y su marido presentes. ¿Cómo impedir que los espíritus se comieran el chocolate? Todas miraron a servidora, y esta

pobre infeliz no estuvo a la altura. Y por una vez tengo que alabar al sargento mayor, que mostró un estimable sentido de la ironía, a no ser —lo que quizá es más probable— que crea de verdad en los pequeños destellos verdes. «¿Por qué no ponemos un candado en la nevera?», propuso. Aplauso unánime de las sordas y locas, seguido del ofrecimiento del sargento de comprar uno en la ferretería. Le tendré au courant, por si le es útil para uno de sus libros. Me gustaría saber si jura usted tanto como sus personajes. Nadie dice palabrotas aquí, aparte de mí, y sólo para mis adentros.

¿Conoció a mi gran amiga Daphne Charteris? ¿No será, quizá, cuñada de su tía abuela? No, usted dijo que era de clase media. Daphne fue una de nuestras primeras aviadoras y era de clase alta, hija de un terrateniente escocés, acostumbrada a transportar de aquí para allá ganado Dexter después de sacar su licencia. Era una de las once únicas mujeres adiestradas para pilotar un Lancaster en la guerra. Criaba cerdos y siempre llamaba Henry, el nombre de su hermano más pequeño, al más mequetrefe de la camada. Tenía en su casa una habitación llamada el «Kremlin» en la que ni siquiera su marido estaba autorizado a molestarla. Siempre creí que ése era el secreto de un matrimonio feliz. De todos modos, su marido murió y ella volvió a la casa familiar con el mequetrefe Henry. La casa era una pocilga, pero los dos vivían muy contentos y al paso de los meses se iban volviendo sordos. Cuando ya no oían el timbre de la puerta, Henry instaló en su lugar una bocina de automóvil. Daphne se negaba a usar un audífono porque decía que se le enredaba en las ramas de los árboles.

En mitad de la noche, mientras los duendes tratan de romper el candado de la nevera de la señora Galloway para robarle huevecillos de chocolate con leche, yo estoy en vela y observo el lento avance de la luna entre los pinos y pienso en las ventajas de morir. Tampoco es que tengamos otra alternativa. Pues sí, podemos quitarnos la vida, pero eso siempre me ha parecido vulgar y fatuo, como la gente que se va del teatro o de un concierto sinfónico. Quiero decir que..., bueno, ya sabe lo que quiero decir.

Principales motivos para morir: es lo que los demás esperan cuando una llega a mi edad; la decrepitud y senilidad inminentes; el dispendio de dinero —consumo de la herencia— cuando tratas de mantener ensamblada una bolsa incontinente de huesos viejos y clínicamente muertos; el interés decreciente por los noticiarios, las hambrunas, las guerras, etc.; el miedo a caer bajo el dominio absoluto del sargento mayor; el deseo de descubrir lo que hay después (¿o no?).

Principales razones para no morir: el no haber hecho nunca lo que los demás esperan, así que por qué empezar a hacerlo ahora; la posible congoja infligida a otros (pero, en tal caso, inevitable en cualquier momento); el estar todavía en la B de bar; si no yo, ¿quién enfurecería al sargento mayor?

... No se me ocurren más. ¿Me propone usted otras? Descubro que los pros

siempre son más fuertes que los contras.

La semana pasada encontraron a una de las locas en pelota picada al fondo del jardín, con una maleta llena de periódicos, al parecer aguardando el tren. Huelga decir que no hay trenes en las cercanías de la residencia desde que Beeching se cargó los ramales.

Bueno, gracias de nuevo por escribirme.

Perdone la epistolomanía.

Sylvia

P. D. ¿Por qué le he dicho esto? Lo que intentaba decirle sobre Daphne es que siempre fue una persona que miraba hacia delante, no hacia atrás. Es probable que a usted no le parezca una gran proeza, pero le prometo que cada vez se vuelve más difícil.

5 de octubre de 1987

Querido Julian:

¿Diría usted que la finalidad del lenguaje es la comunicación? No me permitieron enseñar en mi primera escuela de prácticas (de magisterio), sino sólo asistir a clases, porque me equivocaba con el tu del passé simple. Ahora bien, si alguna vez me hubieran enseñado gramática, en lugar de a saber francés, habría podido replicar que nadie diría nunca «Lui écrivis-tu?», ni nada parecido. En mi «escuela» nos enseñaban sobre todo frases sin análisis de los tiempos verbales. Recibo cartas continuas de una francesa con una educación secundaria normal que escribe sin pensar «J'étais» o «Elle s'est blessait», y se queda tan ancha. Pero mi jefa, que me despidió, pronunciaba la erre francesa con ese espantoso sonido mudo que se emplea en inglés. Me alegra decir que todo esto ha mejorado mucho y que ya no rimamos «Paris» con «Marry».

No estoy segura todavía de si las cartas largas que escribo han incurrido o no en verborrea senil. El quid, señor novelista Barnes, reside en que saber francés es distinto de saber gramática, y que esto se aplica a todos los aspectos de la vida. No encuentro la carta en que usted me habla de un encuentro con un escritor aún más viejales que yo (¿Gerrady? ¿Cómo se escribe? Lo he buscado en la biblioteca pero no lo he encontrado; en todo caso, seguramente la habré palmado para cuando llegue a la G). Creo recordar que él le preguntó si creía en la supervivencia después de la muerte y que usted le contestó que no, y él dijo: «Cuando llegue a mi edad, quizá crea.» No estoy diciendo que haya vida después de la muerte, pero tengo la certeza de una cosa, de que cuando tienes treinta o cuarenta años puedes ser muy bueno en gramática,

pero para cuando llega el momento en que te vuelves sordo o loco también necesitas saber francés. (¿Capta lo que quiero decir?)

¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡lo que daría por un croissant de verdad! Pero el pan francés se hace con harina francesa. ¿La tienen ustedes en su lado del mundo? Anoche cenamos carne en conserva y judías; ojalá no me gustara tanto la comida. A veces sueño con albaricoques. Los de este país no se pueden comprar, saben a hilachas de algodón untadas con zumo de naranja. Después de la horrendosa escena con el sargento mayor me salto el almuerzo y me como un bocadillo y un pastel delicioso en el centro.

Usted escribe que no tiene miedo de morir con tal de que el resultado no sea la muerte. Esto me suena casuístico. Al fin y al cabo, quizá no note la transición. Mi amiga Daphne Charteris tardó mucho tiempo en morir. «¿Ya estoy muerta?», preguntaba, y a veces: «¿Cuánto hace que estoy muerta?» Sus últimas palabras fueron: «Llevo un rato muerta y no noto la diferencia.»

Aquí nadie habla de la muerte. Es morboso, ya sabe, y nada bonico. No les importa hablar de fantasmas, poltergeists y demás, pero siempre que saco a relucir el verdadero tema, el sargento y su señora me dicen que no asuste a las ovejas. Todo forma parte de mi batalla contra el tabú de la muerte como tema —o del miedo a la muerte— y la energía con la que la profesión médica trata de impedir que mueran los moribundos, mantienen vivos a bebés nacidos sin cerebro y facilitan que mujeres estériles tengan niños artificiales. «Llevamos seis años intentando tener un hijo.» Bueno, pues seguid sin él. La otra noche nos sirvieron a todas huevos de doble yema. «¿Por qué? Qué raro.» «Están dando a las pollas fármacos fertilizantes para que pongan antes.»

¿Qué guardo yo en mi nevera, me pregunta? El bolso, si quiere saberlo, mi libreta de direcciones, mi correspondencia y una copia de mi testamento. (Incendio.)

¿La familia sigue unida? ¿La suya? ¿Algún hijo más? Veo que desempeña muy bien su papel de padre moderno. Jorge V bañaba a sus hijos, la reina Mary no.

Mis mejores deseos y un succès fou para usted.

Sylvia

14 de octubre de 1987

Merci, charmant Monsieur, por el paquete de comida. Ay, la combinación del servicio de correos y el sargento mayor ha hecho que los croissants no llegaran tan tiernos como los mandó usted. He insistido en que se lleve a cabo un reparto general de este envío en usufructo, para que todas las locas y sordas recibieran medio croissant cada una. «¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué?» Prefieren los triángulos blandos de tostada de pan blanco con hebras doradas. Si metiera las sobras en el buzón para Dominic —que

sigue en la ventana—, ¿cree que la guardiana me castigaría sin salir? Perdón, sólo una postal, no tengo bien el brazo.

Cordiales saludos,

Sylvia

10 de diciembre de 1987

Barnes está como a la altura del pecho, Brookner te obliga a agacharte hasta el suelo. Creo que su *Mírame* es una hermosa muestra de texto trágico, a diferencia de *Rey Lear*, que acabo de leer por primera vez. Aparte de algunos remiendos púrpura, la trama y los personajes son una paparrucha absoluta. Como paradigma (palabra que acabo de aprender en un crucigrama), el traje del emperador. Sólo una postal. Brazo... Un cordial saludo, Sylvia

14 de enero de 1989

Querido Julian:

(¡Sí! La vieja Winstanley) Por favor, perdone más verborrea senil. También el estado de la letra, que avergonzaría a la niñera.

Fascinante historia en la tele sobre unos cachorros de león que intentan comer a un porc-épic (¿por qué épic? El Larousse dice que es una corrupción de porcospino, lo cual es obvio, pero ¿por qué no épine en vez de épic?). La verdad es que no me atraen los erizos; en mi casa de campo tenía una rejilla para impedir el paso del ganado en la que siempre caían erizos. Descubrí que la manera más fácil de sacarlos de allí era con la mano, pero están infestados de parásitos y tienen ojos inexpresivos, más bien ruines.

Idiota y senil por mi parte hablarle otra vez de sus hijos cuando usted dice que no tiene ninguno. Perdone, por favor. Por supuesto, inventa cosas en sus relatos.

Como tengo ochenta y cuatro años y conservo una memoria excelente, sé que es inevitable que se den coincidencias como, por ejemplo, loros, académicos franceses, etc. ¿Y aquella celebridad artística? Y hace un mes me enteré de que mi sobrina nieta Hortense Barret va a entrar en la universidad para estudiar ingeniería agrónoma. (En nuestra época se llamaba silvicultura. ¿Tenían ustedes guardas forestales? Jóvenes serios, con parches de cuero en los codos, que vivían en colonias cerca de Parks Road y salían juntos a hacer trabajo de campo?) Total, que la misma semana en que estoy leyendo un libro sobre las hidrangeas me entero de que la Hortensia puede haber tomado su nombre de una joven llamada Hortense Barret que fue en la expedición de

Bougainville con el botánico Commerson. Las investigaciones revelan que aunque les separan muchas generaciones, dentro y fuera del matrimonio, con cambios de nombres, la línea era directa. ¿Qué le sugiere esto? ¿Y por qué me dio por leer un libro sobre las hidrangeas? Ya no tengo plantas ni tiestos en el alféizar. Así que ya ve, no se puede atribuir todo esto a la edad avanzada o a la buena memoria. Es como si una mente exterior —no la mía, inconsciente— estuviese diciendo: «Toma nota: no te perdemos de vista.» Puedo decir que soy agnóstica, aunque podría aceptar la hipótesis de un «guía» o «sourveillant», y hasta un ángel de la guarda.

Y, en tal caso, ¿qué pasa? Lo único que le estoy diciendo es que tengo esta impresión de un constante codazo en las costillas. «¡Cuidado!», y a mí me parece que me sirve de señal. Quizá a usted no le concierna en absoluto. Para mí constituye la prueba de un propósito didáctico de una mente superior. ¿Cómo se explica? ¡Que me registren!

Como estoy en el cinturón psíquico advierto cómo la comprensión de la mente evoluciona casi a la velocidad de la tecnología: el ectoplasma está tan anticuado como las velas de junco.

La señora Galloway, la del candado en el frigorífico y los duendes verdes, «pasó a mejor vida», como le gusta decir a la guardiana. Todo pasa aquí. Pasa la mermelada, pasó tal noticia, «¿ha pasado?», le dice una a otra, hablando de sus penosos movimientos intestinales. ¿Qué creen que ocurrirá con los destellos verdes?, pregunté en una cena. Las locas y sordas cavilaron sobre el particular y al final llegaron a la conclusión de que es probable que también se «hayan pasado». Amitiés, sentiments distingués, etc.,

Sylvia W.

17 de enero de 1989

Supongo que si estás loco y te mueres, habrá una Explicación esperando, y antes tienen que volverte cuerdo para que la entiendas. ¿O cree usted que estar loco es sólo otro velo de conciencia alrededor de nuestro mundo actual, que no tiene nada que ver con ningún otro?

No deduzca de la postal de la catedral que he dejado de pensar por mí misma. «Sobre la influencia de las lombrices en la formación de la tierra vegetal», con toda probabilidad. Pero quizá no.

S. W.

19 de enero de 1989

Señor novelista Barnes:

Si le preguntase «¿Qué es la vida?», posiblemente me respondería, con muchas palabras, que es sólo una coincidencia.

De modo que la pregunta sigue en pie: ¿qué tipo de coincidencia?

S. W.

3 de abril de 1989

Querido señor Barnes:

Gracias por su carta del 22 de marzo. Lamento informarle de que la señora Winstanley pasó a mejor vida hace dos meses. Se fracturó la cadera en una caída cuando se dirigía al buzón, y a pesar de que en el hospital no escatimaron esfuerzos, surgieron complicaciones. Era una mujer encantadora, y sin duda la vida y el alma de Pilcher House. Será recordada largo tiempo y muy añorada.

Si desea más información, por favor no dude en ponerse en contacto conmigo.

Le saluda atentamente

J. Smyles (Guardiana)

10 de abril de 1989

Querido señor Barnes:

Gracias por su carta del 5 de los corrientes.

Al vaciar la habitación de la señora Winstanley, encontramos una serie de objetos de valor en la nevera. Había también un paquetito de cartas, pero como las había colocado en el compartimento del congelador y éste, por desgracia, fue desconectado para descongelarlo, han sufrido un gran daño. Si bien el membrete impreso todavía era visible, creímos que sería penoso entregárselas a la persona en semejante estado, y en consecuencia, desgraciadamente, nos deshicimos de ellas. Quizá sea a esto a lo que usted se refería.

Seguimos echando mucho de menos a la señora Winstanley. Era una mujer encantadora, y sin duda la vida y el alma de Pilcher House durante el tiempo que residió aquí.

Le saluda atentamente,

J. Smyles (Guardiana)

Apetito

Tiene sus días buenos. Claro que también los tiene malos, pero de momento no pensemos en ellos.

Los días buenos le leo en voz alta. Le leo de alguno de sus preferidos: *El placer de cocinar*, *El recetario de Constance Spry*, *Cocina de Margaret Costa para las cuatro estaciones*. No siempre dan resultado, pero son los más fiables, y he aprendido a saber lo que le agrada y lo que debo evitar. Ni hablar de Elizabeth David, por ejemplo, y odia a los famosos chefs modernos. «Sarasas», grita. «¡Sarasas con tupé!» Tampoco le gustan los cocineros de la tele. «Mira: payasos de tres al cuarto», dice, aunque yo le esté leyendo justo en ese momento.

Una vez probé con él *Londres para sibaritas, 1954*, y fue un error. Los médicos me advirtieron que no le convenía sobreexcitarse. Se habrán quedado calvos de tanto pensar, ¿no? Toda la ciencia que me han inculcado en los últimos años se resume en esto: en realidad desconocemos la causa, no sabemos cuál es el mejor tratamiento, tendrá días buenos y días malos, no le sobreexcite. Ah, sí, y por supuesto es incurable.

Está sentado en su silla, en pijama y con bata, tan bien afeitado como puedo afeitarle y con los pies completamente embutidos en sus zapatillas. No es de esos hombres que se pisan los talones de las zapatillas y las convierten en babuchas. Siempre ha sido muy correcto. Así que se sienta con los pies juntos, los talones dentro de las zapatillas, y aguarda a que yo abra el libro. Antes lo abría al azar, pero creaba problemas. Por otra parte, no quiere que vaya derecha a lo que le gusta. Tengo que fingir que lo encuentro por azar.

En fin, pongamos que abro *El placer de cocinar* por la página 422 y le leo «Cordero a la cazuela o Falso venado». Sólo el título, no la receta. No levanto la mirada esperando una respuesta, pero permanezco atenta. A continuación, «Pata de cordero estofada»; después, «Manos de cordero estofadas»; luego, «Estofado de cordero o *Navarin Printanier*». No reacciona; pero tampoco espero que lo haga. Digo «Estofado irlandés», y noto que alza ligeramente la cabeza. «De cuatro a seis cubiertos», leo. «Este famoso estofado no se dora. Cortar en dados de cuatro centímetros: libra y media de cordero o de añojo.»

—Hoy no se encuentran añojos —dice él.

Y por un momento me siento feliz. Sólo un momento, pero es mejor que nada, ¿no?

Y continúo. Cebollas, patatas, pelar y cortar en rodajas, una cazuela de fondo grueso, sal y pimienta, hoja de laurel, perejil bien picado, agua o caldo.

—Caldo —dice él.

—Caldo —repito yo. Poner a hervir. Tapar bien. Dos horas y media, agitar la olla cada cierto tiempo. Que toda la humedad se absorba.

—Eso es —dice él—. Que toda la humedad se absorba.

Lo dice con tal lentitud que suena como un aforismo filosófico.

Siempre ha sido correcto, como he dicho. Alguna gente nos señalaba con el dedo cuando nos conocimos; chistes sobre médicos y enfermeras. Pero no era eso. Además, ocho horas yendo y viniendo a la recepción, mezclando amalgama y sujetando el drenaje de saliva quizá ponga cachonda a alguna gente, pero a mí me deslomaba. Y creo que él no parecía interesado. Y creo que yo tampoco.

Lomo de cerdo con champiñones y aceitunas. Chuletas de cerdo asadas en nata agria. Chuletas de cerdo a la criolla. Estofado picante de chuletas de cerdo. Chuletas de cerdo estofadas con fruta.

—Con fruta —repetirá, arrugando la cara con un gruñido cómico, y estirando el labio inferior—. ¡Bazofia extranjera!

No lo dice en serio, desde luego. O no lo decía. O no lo habría dicho en serio. Lo que sea más correcto. Recuerdo que mi hermana Faith, cuando fui a trabajar con él, me preguntó cómo era, y le dije: «Bueno, supongo que es un señor cosmopolita.» Ella se rio y yo añadí: «No quiero decir que sea judío.» Sólo me refería a que viajaba, iba a conferencias y tenía ideas nuevas como poner música o colgar cuadros bonitos en la pared, y tener periódicos del día en la sala de espera, en vez de los de la víspera. También solía tomar notas en cuanto el paciente se marchaba: no sólo acerca del tratamiento, sino sobre lo que habían hablado, para que la vez siguiente pudiesen continuar la conversación. Todo el mundo hace esto hoy en día, pero él fue uno de los primeros. O sea que no habla en serio cuando crisca la cara y dice «bazofia extranjera».

Como él ya estaba casado y trabajábamos juntos, la gente hizo conjeturas. Pero no se vayan a pensar. Se sentía terriblemente culpable por la ruptura del matrimonio. Y contrariamente a lo que Ella decía y el mundo creía, no nos liamos. Yo era la impaciente, no me importa admitirlo. Incluso pensaba que él estaba un poco reprimido. Pero un día me dijo: «Viv, quiero tener una larga aventura contigo. Después de que nos casemos.» ¿No es romántico? ¿No es lo más romántico que se ha dicho nunca? Y a él, llegado el caso, no le pasaba nada raro, por si se lo preguntan.

Cuando empecé a leerle no era como ahora, que sólo repite una o dos palabras o hace un comentario. Para que él arrancara, bastaba con que yo topase con el nombre adecuado, como croquetas de huevo o lengua estofada o curry de pescado o champiñones a la griega. No se sabía cuánto duraría. Y qué cosas evocaría. Una vez, se disparó apenas empecé a leerle algo sobre la coliflor toscana («Prepare la coliflor a la francesa y blanquee durante 7 minutos»). Recordó el color del mantel, el modo en que habían enganchado la cubitera a la mesa, el ceceo del camarero, el *fritto misto* de verduras, la vendedora de rosas y los cilindros de papel con azúcar que acompañaban al café. Recordó que estaban engalanando la iglesia al otro lado de la *piazza* para una boda elegante, que el primer ministro italiano estaba intentando formar su cuarto

gobierno en un período de dieciséis meses, y que yo me había descalzado y recorría con los dedos del pie su pantorrilla desnuda. Se acordó de todo esto y yo también, gracias a él, al menos durante un rato. Más tarde aquello se borró, o yo no estaba ya segura de si había sucedido o ya no me lo creía. Es lo malo que tiene esto.

No, no hubo tejemanejes en la consulta, desde luego que no. Él siempre fue, como he dicho, correcto. Incluso después de saber yo que yo le interesaba. Y después de saber él que él me interesaba. Siempre insistió en que separásemos las cosas. En la consulta, en la sala de espera, éramos colegas y sólo hablábamos del trabajo. Poco antes yo había hecho un comentario sobre la cena de la noche anterior o algo parecido. No había ningún paciente delante, pero él me fulminó con la mirada. Me pidió unos rayos X que yo sabía que no necesitaba. Así transcurrió la jornada, hasta que él la dio por concluida. En fin, quería separar las cosas.

Por supuesto, todo esto fue hace mucho tiempo. Lleva ya diez años jubilado y los siete últimos hemos dormido en camas separadas. Lo cual fue voluntad suya más que mía.

Dijo que yo daba patadas dormida, y que al despertar a él le gustaba escuchar el noticiario internacional. Supongo que a mí no me importó demasiado, porque para entonces sólo nos hacíamos mutua compañía, ya me entienden.

Así que pueden imaginarse la sorpresa cuando una noche en que yo le estaba arrojando —fue poco después de haber empezado a leerle— dijo, sin más:

—Acuéstate conmigo.

—Eres un encanto —dije, pero sin darme por enterada.

—Acuéstate conmigo —repitió—. Por favor.

Y me lanzó una mirada..., una de sus miradas de años antes.

—No estoy... preparada —dije. No me refería a lo mismo que en los viejos tiempos, sino a que no estaba preparada en otros sentidos. En muchos sentidos. ¿Quién lo estaría, después de todo aquello?

—Vamos, apaga la luz y desnúdate.

Bueno, es fácil imaginar lo que pensé. Supuse que debía de ser un efecto de los fármacos. Pero luego pensé que quizá no, que quizá fuera por algo que le había leído y porque el pasado estaba retornando, y tal vez aquel momento, aquella hora, aquel día eran para él de pronto como en aquel entonces. Y esta idea me derritió. No me encontraba en un estado propicio —no le deseaba—, la cosa no funciona así, pero no pude negarme. Apagué la luz y empecé a desvestirme en la oscuridad, y entretanto le oía escuchar, ya entienden lo que quiero decir. Y eso fue excitante, aquel silencio de escucha, y por último respiré, retiré las mantas y me acosté a su lado.

Dijo, y lo recordaré hasta el día en que me muera; dijo, con aquella voz cortante, como si yo hubiese empezado a hablar de la vida privada en la consulta, dijo: «No, tú no.»

Creí que había oído mal, y él repitió: «No, tú no, puerca.»

Esto fue hace un año o dos, y ha habido cosas peores, pero aquello fue lo peor, no sé si me entienden. Me levanté y corrí a mi habitación, y dejé mi ropa amontonada al lado de su cama. Que investigara él por la mañana, si quería. Pero no lo hizo, ni se acordó. La vergüenza ya no pinta aquí nada.

—Ensalada de repollo, zanahoria y cebolla —leo—. Ensalada de alubias germinadas. Ensalada de endivias y remolacha. Ensalada de verduras. Ensalada verde mixta. Ensalada occidental. Ensalada César. —Levanta la cabeza un poco. Yo prosigo —: Cuatro cubiertos. Para esta famosa receta de California, dejar un diente de ajo, pelado y cortado, en tres cuartos de una taza de aceite de oliva: nada más.

—Taza —repite él. Con lo cual manifiesta que no le gusta que los americanos den medidas en tazas, cualquier idiota sabe que hay muchos tamaños de tazas. Él siempre fue tan preciso. Si estaba cocinando y una receta decía: «Añada dos o tres cucharadas de algo», se sulfuraba porque quería saber si eran dos o eran tres, una cosa u otra, ¿verdad, Viv?, tiene que haber una mejor que la otra, como es lógico.

Saltear el pan. Dos cogollos de lechuga romana, sal, mostaza de Dijon, abundante pimienta molida.

—Abundante —repite, refiriéndose a lo mismo que antes.

Cinco filetes de anchoa, tres cucharadas soperas de vinagre de vino.

—Menos.

Un huevo, de dos a tres cucharadas soperas de queso parmesano.

—¿De dos a tres?

—El zumo de un limón.

—Me gusta tu silueta —dice—. Me gustan mucho las tetas.

No me doy por enterada.

La primera vez que le hice una ensalada César, obró maravillas.

—Tú volaste con la Pan Am, yo había estado en un congreso de Oral B en Michigan, nos reunimos y viajamos en coche desde ningún sitio a ninguna parte, adrede.

Era una de sus bromas. En fin, siempre quería saber lo que hacíamos, y cuándo, por qué y dónde. Hoy dirían que era un maniático del control, pero casi todo el mundo lo era en aquella época. Una vez le dije que por qué no éramos más espontáneos y nos largábamos, para variar. Y él me lanzó aquella sonrisita y dijo: «Muy bien, Viv, si es lo que quieres iremos de ningún sitio a ninguna parte, adrede.»

Se acordó del Dino's Diner, justo a la salida de la carretera nacional, en dirección al sur. Paramos a comer allí. Se acordaba del camarero, Emilio, que dijo que le había enseñado a hacer la ensalada César el hombre que la había inventado. Después describió a Emilio preparándola delante de nosotros, aplanando las anchoas con el envés de una cuchara, tirando el huevo desde una gran altura y manejando el rallador

de parmesano como si fuera un instrumento musical. El rociado de picatostes en el último minuto. Se acordaba de todo, y yo lo recordé con él. Hasta se acordaba de cuánto subía la cuenta.

Cuando está en esta vena, cuenta las cosas con más nitidez que una foto, las hace más vívidas que un recuerdo normal. Es casi como un relato que él se inventa, sentado enfrente de mí en pijama y en bata. Lo inventa, pero yo sé que es verdad, porque ahora lo recuerdo. El letrero de hojalata, la torre de perforación que agacha la cabeza para beber, el buitre en el cielo, el pañuelo con que me recojo el pelo, la lluvia torrencial y el arco iris después del aguacero.

Siempre le gustó la comida. Interrogaba a sus pacientes sobre sus hábitos dietéticos y luego tomaba notas. Y una Navidad, por simple diversión, analizó si los pacientes a los que les gustaba la comida cuidaban más sus dientes que los otros. Hizo un gráfico al respecto. No quiso decirme qué estaba tramando hasta que hubo acabado. Y la respuesta, me dijo, era que no había una relación estadística significativa entre disfrutar de la comida y el cuidado posterior de los dientes. Lo cual, en cierto modo, fue decepcionante, pues uno espera que exista alguna relación, ¿no?

No, a él siempre le gustó comer. Por eso *Londres para sibaritas, 1954* me pareció tan buena idea en aquel momento. Estaba entre unos libros viejos que él había guardado de cuando, ya establecido, empezaba a ejercer y aprendía a divertirse, antes de casarse con Ella. Lo encontré en el cuarto de invitados y pensé que quizá le trajese recuerdos. Las páginas olían a viejo y contenían frases como: «El Club Emperatriz es Tommy Gale y Tommy es el Club Emperatriz.» Y como: «Si nunca has usado una vaina de vainilla para revolver el café, en lugar de una cucharilla, te has perdido uno de los millones de los pequeños placeres de la mesa.» Está claro por qué pensé que quizá le despertara recuerdos.

Como él había marcado algunas de las páginas, supuse que habría estado en el Chelsea Pensioner y la Antelope Tavern y en un sitio de Leicester Square llamado Bellometti, regentado por un individuo al que llamaban «Granjero» Bellometti. La reseña sobre este local empezaba así: «“Granjero” Bellometti es tan elegante que debe de avergonzar a su ganado y abochornar a los campos descuidados.» ¿No suena como si lo hubieran escrito hace una eternidad? Probé unos cuantos nombres y lugares. La Belle Meunière, Brief Encounter, Hungaria Tavern, Monseigneur Grill, Ox on the Roof, Vaglio's Maison Suisse. Él dijo:

—Chúpame la polla.

Yo dije:

—¿Perdona?

Puso un acento horrible y dijo:

—Sabes chupar una polla, ¿no? No tienes más que abrir la boca, como si fuera el

coño..., y chupar.

Y luego me miró como diciendo: «Ahora ya sabes dónde estás, ya sabes con quién estás tratando.»

Lo atribuí a un día malo o a las medicinas. Y tampoco pensé que tuviera algo que ver conmigo, conque a la tarde siguiente lo intenté otra vez.

—¿Fuiste alguna vez a un sitio llamado Peter's?

—Knightsbridge —contestó—. Acababa de hacer una complicada reparación de corona a una actriz de teatro. Norteamericana. Dijo que le había salvado la vida. Me preguntó si me gustaba comer. Me dio cinco de los grandes y me dijo que me llevara al Peter's a mi chica predilecta. Tuvo la amabilidad de telefonar antes para decirles que me esperasen. No he estado nunca en un sitio tan lujoso. Había un pianista holandés que se llamaba Eddie. Tomé la parrillada de la casa: filete, salchicha de Frankfurt, hígado, huevo frito, tomate a la parrilla y dos lonchas de jamón. No he olvidado aquel banquete. Salí de allí gordo como un tonel.

Yo quería saber quién había sido su chica predilecta, pero dije, en cambio:

—¿Qué tomaste de postre?

Frunció el ceño, como si consultara un menú lejano.

—Lléname el coño de miel y déjame que te la sorba entera, eso es para mí un postre.

Lo dicho: no me lo tomé como algo personal. Pensé que quizá tuviese algo que ver con la chica a la que había llevado al Peter's hace tantos años. Más tarde, en la cama, comprobé la reseña dedicada al restaurante. Él lo recordaba con absoluta exactitud. Y *había* un pianista llamado Eddie. Tocaba todas las noches de la semana, de lunes a sábado. La razón de que no tocase los domingos, leí, «no era renuencia por parte de Eddie, ni malas pulgas por parte del señor Steinler, sino la ñoñería de nuestros compatriotas, que extirpan la alegría como si fuese una uña del pie que crece hacia dentro». ¿Es cierto eso? ¿Extirpamos la alegría? Supongo que Steinler debía de ser el propietario.

Solía decirme, cuando nos conocimos: «La vida no es más que una reacción prematura a la muerte.» Le dije que no fuera morboso, que teníamos los mejores años por delante.

No quiero dar la impresión de que la comida es lo único que le ha interesado en la vida. Seguía las noticias, y tenía sus opiniones al respecto. Sus convicciones. Le gustaban las carreras de caballos, aunque nunca apostaba: tenía suficiente con dos veces al año, el Derby y el National; ni siquiera pude animarle a probar suerte en Oaks o el St Leger. Muy controlado, ya ven: meticoloso. Y había leído biografías, sobre todo de gente del mundo del espectáculo, y viajábamos, y le gustaba bailar. Pero todo eso queda lejos ya. Y ya no le gusta la comida; no le gusta comer, en cualquier caso. Le hago purés en la licuadora. No compro conservas. No puede tomar

alcohol, por supuesto, eso le sobreexcitaría. Le gusta el cacao y la leche caliente. No demasiado, sin llegar a hervir, sólo calentada a la temperatura corporal.

Cuando todo empezó, pensé que bueno, es mejor que algunas otras cosas que habría podido tener. Peor que otras, mejor que algunas. Y aunque se olvide de cosas, siempre será el mismo por dentro, exactamente el mismo. Puede ser una segunda infancia, pero será *su* infancia, ¿no? Era lo que yo pensaba. Aunque su estado empeore y no me reconozca, yo siempre le reconoceré, y ya es bastante.

Cuando pensé que le costaba trabajo recordar a la gente, saqué el álbum de fotos. Dejé de rellenarlo hace unos años. No me gustaba lo que salía de la química, si quieren que les diga la verdad. Él empezó por la última página. No sé por qué, pero me pareció una buena idea, recorrer tu vida hacia atrás en lugar de hacia delante. Hacia atrás, juntos, conmigo a su lado. Las últimas fotos que yo había pegado eran del crucero, y no muy buenas. Mejor dicho, no muy halagüeñas. Una mesa de pensionistas de cara colorada, con sombreros de papel y los ojos todos rojos por el flash. Pero examinó cada foto como si las reconociera, y luego repasó despacio todo el álbum: jubilación, bodas de plata, viaje a Canadá, fines de semana esporádicos en Cotswold Hills, Skipper justo antes de que lo sacrificásemos, el apartamento después y antes de haberlo remozado, Skipper el día en que llegó y todo lo demás, rebobinando hasta que llegó a las vacaciones que pasamos al año de casados en España, en la playa, cuando yo llevaba un traje que en la tienda me había ocasionado muchas dudas hasta que comprendí que era improbable que tropezásemos con alguno de sus colegas. La primera vez que me lo puse no me podía creer lo que mostraba. Aun así decidí atreverme y..., bueno, basta con decir que no tuve quejas del efecto que causó en las relaciones conyugales.

Ahora se detuvo ante la foto, la contempló un largo rato y después me miró:

—Me follaría muy a gusto *sus* tetas —dijo.

Piensen lo que quieran, pero no soy una gazmoña. Lo que me chocó no fue «tetas». Y en cuanto lo hube superado, tampoco fue «sus». Fue «follaría». Eso fue lo que me escandalizó.

Es afable con otras personas. Quiero decir que es correcto con ellas. Les dirige una media sonrisa y asiente, como un viejo profesor que reconoce a un antiguo alumno pero no logra recordar del todo su nombre o en qué curso lo tuvo. Las mira, se hace pis en silencio en sus pañales y dice: «Eres un tío muy majo, él es un hombre muy majo, sois unos tíos muy majos», en respuesta a cualquier cosa que le digan, y ellos se marchan pensando: sí, casi seguro que se acuerda de mí, sigue empantanado, es de lo más triste, desde luego, triste para él y también para ella, pero espero que le haya alegrado mi visita, he cumplido con mi deber. Cuando cierro la puerta tras ellos y vuelvo a su lado, él está tirando las cosas del té al suelo, rompiendo otra taza. Le digo:

—No, no hagas eso, déjalas en la bandeja.

Y él dice:

—Voy a meterte la polla en ese culo gordo y a perforarte el agujero hasta arriba y a correrme dentro hasta la última gota.

Luego cacarea de risa, como si se hubiese salido con la suya con el té, como si me hubiera engañado. Como si siempre me hubiera engañado, durante todos estos años.

Lo gracioso del caso es que tuvo siempre mejor memoria que yo. Yo pensaba que podría confiar en él, en sus recuerdos; en el futuro, me refiero. Ahora miro las fotos de algún fin de semana en Cotswold Hills, hace veinte años, y pienso dónde nos alojamos, qué es esta iglesia o abadía, por qué fotografié este seto de forsitia, quién conducía el coche y ¿tuvimos relaciones conyugales? No, esto último no me lo pregunto, aunque bien podría.

Él dice: «Chúpame las pelotas, vamos, métete las dos juntas en la boca y hazles cosquillas con la lengua.» No lo dice con un tono cariñoso. Dice: «Empápate las tetas de loción de bebé y apriétalas con las manos y déjame follarte entre las dos y correrme en tu cuello.» Dice: «Déjame que te cague en la boca, siempre has querido que lo hiciera, ¿verdad?, puerca borracha, sólo déjame que te haga esto, jodida, para variar.» Dice: «Te pagaré por hacer lo que me apetezca, pero tú no puedes chistar, tendrás que hacer todo lo que te pida. Te pagaré, tengo un montón de pasta de la pensión, no pienso dejárselo a *ella*.» Con *ella* no se refiere a *Ella*. Se refiere a mí.

Esto no me preocupa. Tengo un poder notarial. Sólo que cuando empeore tendré que contratar a una enfermera. Y según el tiempo que viva, quizá me lo gaste todo. No pienso dejárselo a *ella*, en efecto. Supongo que acabaré haciendo cuentas. Por ejemplo: hace veinte o treinta años se pasó dos o tres días trabajando con toda su pericia y su concentración para ganar dinero que yo ahora gastaré en una hora o dos pagando a una enfermera para que le limpie el culo y aguante el parloteo de un niño revoltoso de cinco años. No, no digo bien. Un revoltoso de setenta y cinco.

Dijo, hace todo aquel tiempo: «Viv, quiero tener una larga aventura contigo. Después de que nos casemos.» La noche de bodas me desenvolvió como si yo fuera un regalo. Era un hombre tierno. Yo sonreía ante sus precauciones, y decía: «Tranquilo, no necesito anestesia para esto.» Pero desistí de hacerle bromas en la cama, porque no le gustaban. Creo que al final se lo tomaba más en serio que yo. Es decir, tampoco tengo ninguna tara en este capítulo. Sólo que pienso que hay que dejarle a alguien que se ría si lo necesita.

Lo que ocurre ahora, si quieren que les diga la verdad, es que me cuesta recordar cómo éramos en la cama. Parece como si fueran cosas que hizo otra gente. Gente que llevaba ropa que les parecía elegante pero que ahora les parece idiota. Gente que iba al Peter's y oía tocar a Eddie, el pianista holandés, todas las noches menos los domingos. Gente que removía el café con una vaina de vainilla. Gente tan rara, tan

remota.

Por supuesto, sigue teniendo sus días buenos y sus días malos. Vamos de ningún sitio a ninguna parte, adrede. Los días buenos no se sobreexcita, disfruta de su leche caliente y le leo en voz alta. Durante un rato, las cosas vuelven a ser como eran. No como eran antes, sino como eran hace un rato.

Nunca le llamo por su nombre para que me preste atención, porque cree que hablo de otra persona y eso le produce pánico. Digo, en cambio: «Gulash de buey.» No me mira, pero sé que lo ha oído. «Gulash de cordero o de cerdo», continúo. «Gulash de ternera y cerdo. Estofado de buey belga o carbonada flamenca.»

—Bazofia extranjera —murmura, con un cuarto de sonrisa.

—Estofado de rabo de buey —prosigo, y levanta ligeramente la cabeza, aunque sé que no es el momento oportuno. He aprendido lo que le gusta; he aprendido la gradación. «Rollo de buey, *roulades* o *paupiettes*. Empanada de carne y riñones.»

Y él levanta los ojos, expectante.

—Para cuatro cubiertos. Calentar previamente el horno a trescientos cincuenta grados. Las recetas clásicas de este plato suelen recomendar riñones de buey. —El mueve la cabeza, con mansa discrepancia—. Si están sucios, hay que blanquearlos. Cortar en trozos pequeños, de un centímetro de grueso: una libra y media de redondo o de otra carne de vacuno.

—O de *otra* —repite él, desaprobándolo.

—Tres cuartos de libra de riñones de ternera o cordero.

—O.

—Tres cucharadas soperas de mantequilla o manteca.

—O —dice, más alto.

—Harina sazónada. Dos tazas de caldo de carne.

—*Tazas*.

—Una taza de vino tinto seco o de cerveza.

—*Taza* —repite—. *O* —repite. Y entonces sonrío.

Y por un momento me siento feliz.

La jaula para frutas

Cuando tenía trece años, descubrí un tubo de gel espermicida en el armario del cuarto de baño. A pesar de una sospecha generalizada de que, si me ocultaban algo, lo más probable era que guardase alguna relación con la lujuria, no logré reconocer la finalidad de aquel tubo abollado. Una pomada para eczemas, la alopecia, el sobrepeso de la madurez. El texto impreso, del que se habían desprendido unas pocas letras, me informó de lo que no quería saber. Mis padres todavía lo hacían. Peor aún, cuando lo hacían, había posibilidades de que mi madre se quedase embarazada. Lo cual era..., en fin, inconcebible. Yo tenía trece años, mi hermana diecisiete. Quizá el tubo fuese viejo, viejísimo. Lo apreté, empíricamente, y comprobé, consternado, que cedía suavemente a la presión de mi pulgar. Toqué el tapón, que pareció desenroscarse con lúbrica velocidad. Con la otra mano debí de apretar de nuevo, pues aquel engrudo me pringó la palma. Imaginen a mi madre haciéndose eso, fuera lo que fuese «eso», puesto que, casi con certeza, el tubo no era el ajuar completo. Olfateé el gel; olía como a gasolina. A algo entre la consulta de un médico y un garaje, pensé. Asqueroso.

Esto ocurrió hace más de treinta años. Lo había olvidado hasta hoy.

He conocido a mis padres toda mi vida. Comprendo que suena a obviedad. Me explico. De niño me sentí amado y protegido, en debida consonancia con la convicción normal de que el lazo parental era indisoluble. La adolescencia deparó el aburrimiento típico y una falsa madurez, pero no más que en el caso general. Me fui de casa sin trauma y nunca perdí el contacto con mis padres mucho tiempo. Les di nietos, niño y niña, compensando la dedicación de mi hermana a su carrera. Más tarde, tuve conversaciones responsables con mis padres —bueno, con mi madre— sobre las realidades de la vejez y la utilidad práctica de los bungalows. Organicé un bufet para su cuadragésimo aniversario de boda, inspeccioné residencias para la tercera edad y hablamos de sus respectivos testamentos. Mamá me dijo incluso lo que quería que hiciéramos con las cenizas de ambos. Tenía que llevar las urnas a un acantilado de la isla de Wight donde, deduje, se habían declarado. Los asistentes tenían que arrojar el polvo al viento y a las gaviotas. Descubrí que ya me preocupaba qué hacer con las urnas vacías. No se podía, que digamos, lanzarlas al precipicio a continuación de las cenizas, ni tampoco guardarlas para guardar, no sé, puros, galletas de chocolate o decoraciones navideñas. Y desde luego no podías tirarlas a una papelería del aparcamiento que mi madre, previsoramente, también había rodeado con un círculo en el mapa del servicio nacional de cartografía. Me lo había deslizado a toda prisa cuando mi padre no estaba en la habitación y de vez en cuando se cercioraba de que yo lo había puesto a buen recaudo.

Así que los he conocido. Toda mi vida.

Mi madre se llama Dorothy Mary Bishop, y no le dio ninguna pena renunciar a su apellido de soltera, Heathcock. Mi padre se llama Stanley George Bishop. Ella nació en 1921 y él en 1920. Crecieron en comarcas distintas al oeste de las Midlands, se conocieron en la isla de Wight, se afincaron en la periferia rural de Londres y se retiraron a la frontera entre Essex y Suffolk. Su vida ha sido ordenada. Durante la guerra, mi madre trabajó en la oficina de topografía del condado; mi padre estuvo en la RAF. No, no era un piloto de caza ni nada parecido; tenía dotes para la administración. Después entró en el municipio y llegó a ser subdirector. Le gustaba decir que era responsable de todo lo que damos por sentado. De lo esencial, que se valora poco: mi padre era un hombre irónico y había decidido mostrarse como tal.

Karen nació cuatro años antes que yo. La infancia retorna en los olores. Gachas, mostaza, la pipa de mi padre; detergente, limpiametales Brasso, el olor de mi madre antes de la cena con baile masónica; bacón a través de las tablas del suelo cuando yo estaba en la cama; naranjas de Sevilla hirviendo volcánicamente mientras todavía había escarcha en el césped de fuera; barro que se seca, entremezclado con hierba, en las botas de fútbol; peste de retrete de usuarios anteriores y tufo de cocina de tuberías con escapes; los asientos de cuero viejo de nuestro Morris Minor, y el olor acre del cisco que mi padre echaba a paladas en la chimenea para mantener el fuego. Todos estos olores eran recurrentes, como los ciclos invariables de la escuela, el clima, la vegetación del jardín y la vida hogareña. El primer brote escarlata de las flores de las habichuelas; mis camisetas dobladas en el cajón inferior; las bolas de naftalina; el atizador. Los lunes, la casa vibraba al ritmo de la lavadora, que tenía la costumbre desquiciada de desplazarse sola por el suelo de la cocina, encabritada y estridente, hasta que sus gruesos tubos beige vomitaban a borbotones en el fregadero, a intervalos demenciales, litros y litros de agua gris y caliente. En su placa de metal, el nombre del fabricante era Thor. El dios del trueno refunfuña sentado en las lejanías de los barrios periféricos.

Supongo que debería intentar dar algunas pinceladas del carácter de mis padres.

Creo que la gente suponía que mi madre poseía más inteligencia natural que mi padre. Él era un hombre grande, rollizo y barrigudo, con racimos de venas que surcaban el envés de sus manos. Solía decir que tenía los huesos pesados. Yo no sabía que variase el peso de los huesos. Quizá no varía; quizá lo decía sólo para divertir a los críos, para dejarnos perplejos. Podía parecer lento y pesado cuando sus dedos gruesos manipulaban un talonario o cuando arreglaba un enchufe con el libro de bricolaje abierto delante. Pero a los niños más bien les gusta que sus padres sean lentos: así el mundo adulto les parece menos imposible. Mi padre me llevaba al Great

Wen, como él lo llamaba, a comprar las piezas para maquetas de aviones (más olores: madera de balsa, barniz de colores, cuchillos de metal). En aquellos tiempos, un billete de ida y vuelta en el metro estaba señalado con una línea de puntos, perforada pero no cortada; la porción exterior ocupaba dos terceras partes del billete y el de vuelta una tercera parte, división cuya lógica nunca logré entender. En todo caso, mi padre hacía una pausa cuando nos acercábamos a la barrera de Oxford Circus y miraba con un ligero desconcierto los billetes que llevaba en su ancha palma. Yo se los arrancaba ágilmente de la mano, rasgaba la línea de puntos, devolvía a mi padre el tercio correspondiente a la vuelta y entregaba con un ademán jactancioso la porción exterior al revisor. Tenía entonces nueve o diez años, y estaba orgulloso de mi prestidigitación; pasado el tiempo, me pregunto si, en definitiva, mi padre no fingía.

Mi madre era la organizadora. Aunque mi padre se pasó la vida garantizando la marcha normal del municipio, en cuanto cerraba la puerta de casa se sometía a otro sistema de control. Mi madre le compraba la ropa, planificaba su vida social, supervisaba nuestros estudios, elaboraba presupuestos y tomaba decisiones sobre las vacaciones. Ante terceros, mi padre llamaba a mi madre «el gobierno» o «la autoridad superior». Siempre lo decía con una sonrisa. ¿Quiere usted, señor, un poco de estiércol para su jardín, un producto de primera calidad, bien putrefacto, juzgue usted mismo, toque un puñado? «Voy a ver lo que opina el gobierno», contestaba mi padre. Cuando yo le suplicaba que me llevase a una exhibición aérea, o a un partido de críquet, decía: «Vamos a consultar a una autoridad superior.» Mi madre recortaba la corteza de los emparedados sin que se le cayera nada del relleno: un armonioso acuerdo entre la palma y el cuchillo. Podía tener una lengua afilada, que yo atribuía a las frustraciones acumuladas de sus labores de ama de casa, pero también se preciaba de sus talentos domésticos. Cuando acosaba a mi padre y él le decía que no le chinchase, ella contestaba: «Los hombres sólo emplean la palabra *chincar* cuando es algo que no quieren hacer.» La mayoría de los días se ocupaban del jardín. Los dos juntos habían fabricado una jaula para frutas: unas estacas con bolas de goma en las juntas, media hectárea de tela metálica y defensas reforzadas contra pájaros, ardillas, conejos y topes. Trampas bajo tierra atrapaban a las babosas. Después del té jugaban al Scrabble; después de cenar hacían el crucigrama; luego veían el noticiario. Una vida ordenada.

Hace seis años advertí una amplia contusión en un costado de la cabeza de mi padre, justo encima de la sien, en el arranque del pelo. Era amarillenta en los bordes y todavía morada en el centro.

—¿Qué te has hecho, papá?

Estábamos en la cocina en aquel momento. Mi madre había abierto una botella de jerez y le estaba atando una servilleta de papel alrededor del cuello, para que no

gotease si mi padre no servía con suma delicadeza. Yo me preguntaba por qué no servía ella misma y se ahorraba la servilleta.

—Se ha caído, el muy tonto.

Mi madre apretó el nudo con la presión exacta, porque sabía mejor que nadie que una servilleta de papel se rompe si la atas con excesiva fuerza.

—¿Estás bien, papá?

—Como una seda. Pregunta al gobierno.

Más tarde, cuando mi madre estaba fregando y nosotros dos estábamos viendo una partida de *snooker* en la tele, dije:

—¿Cómo te has hecho la herida, papá?

—Me he caído —respondió, sin despegar los ojos de la pantalla—. Ja, sabía que iba a fallarla, estos tíos no tienen ni idea de jugar. No hacen más que billas, ¿eh?, no controlan el taco.

Después del té, mis padres jugaron al Scrabble. Yo dije que prefería mirar. Ganó mi madre, como de costumbre. Pero algo en la manera de jugar de mi padre, suspirando como si el destino le hubiese deparado letras que no podían coexistir, me hizo pensar que jugaba sin ganas.

Supongo que será mejor que les hable del pueblo. En realidad, más bien es una encrucijada donde un centenar aproximado de personas convive en una proximidad formal. Hay un triángulo de zona verde que invaden los automovilistas negligentes; una casa comunal; una iglesia desconsagrada; una marquesina de cemento; un buzón con una boca angosta. Mi madre dice que la tienda del pueblo está «bien para lo básico», lo que quiere decir que la gente compra allí para que no la cierren. En cuanto al bungalow de mis padres, es espacioso e impersonal. El armazón es de madera, el suelo de cemento, las ventanas tienen doble cristal: los agentes inmobiliarios dicen que es una vivienda tipo chalet; en otras palabras, tiene un tejado inclinado que delimita un amplio espacio para guardar palos de golf herrumbrosos y mantas eléctricas desechadas. La única razón convincente que dio mi madre para vivir aquí es que a cinco kilómetros de distancia hay un establecimiento de congelados muy bueno.

A cinco kilómetros en la dirección opuesta hay un club destartado de la British Legion. Mi padre me llevaba allí en coche, al almuerzo de los miércoles, «para escapar de las garras de una autoridad superior». Un emparedado, una pinta de cerveza, una partida de billar contra cualquiera que anduviese por allí y vuelta a casa hacia la hora del té, con la ropa oliendo a humo de tabaco. Guardaba su uniforme de la Legion —una chaqueta de tweed marrón, con coderas de cuero y un par de galones de sarga beige— en una percha del trastero. Mi madre había aprobado, y puede que incluso decidido, esta escapada de los miércoles. Sostenía que mi padre prefería el

billar al *snooker* porque había menos bolas encima del tapete y no tenía que pensar tanto.

Cuando le pregunté a mi padre por qué prefería el billar, no me respondió que el billar era un juego de caballeros, o que era más sutil o más elegante.

—El billar no tiene que terminarse —dijo—. Una partida puede durar siempre, aunque vayas perdiendo todo el rato. No me gustan las cosas que terminan.

Era raro que mi padre hablase así. Por lo general hablaba con una especie de complicidad risueña. Empleaba la ironía para no parecer condescendiente pero tampoco totalmente serio. Nuestra pauta de conversación databa de muy antiguo: amigable, de compadres, indirecta; efusiva, pero en esencia distante. Inglés, oh, sí, eso es inglés, vaya que sí lo es. En mi familia no nos damos abrazos ni palmadas en la espalda, no nos gustan los sentimentalismos. Ritos de iniciación: para éstos nos mandan el certificado por correo.

Es probable que parezca que tomo partido por mi padre. No quiero presentar a mi madre como una mujer seca y sin sentido del humor. Bueno, es cierto que puede ser seca. Y que le falta humor. Hay un sesgo nervioso en ella: ni siquiera en la edad madura ganó peso. Y como ella suele repetir, nunca ha tenido paciencia para los idiotas. Cuando mis padres llegaron al pueblo, conocieron a los Royce. Jim Royce era su médico, uno de esos anticuados que fumaban y bebían y andaban diciendo que el placer nunca ha hecho mal a nadie, hasta el día en que murió fulminado por un ataque cardíaco, cuando todavía le faltaba bastante para llegar a la media masculina de esperanza de vida. Su primera mujer había muerto de cáncer y Jim se volvió a casar cuando todavía no había pasado un año. Elsie era una mujer pechugona y extrovertida, algunos años más joven que él, que usaba unas gafas muy personales y a quien, como decía, «le gustaba echar un baile». Mi madre la llamaba «Joyce Royce», y mucho después de que se supiera a ciencia cierta que la vida anterior de Elsie había consistido en cuidar de la casa de sus padres en Bishop's Stortford, afirmaba que había sido la recepcionista de Jim Royce y que le había chantajeado para que se casara con ella.

—Sabes que no es cierto —protestaba mi padre algunas veces.

—No sé si no lo es. Y tú tampoco. Seguramente envenenó a la primera mujer para atraparlo.

—Bueno, creo que tiene buen corazón. —Ante la mirada y el silencio de mi madre, añadió—: Quizá es un poco aburrida.

—¿Aburrida? Como mirar la carta de ajuste. Salvo que no para de parlotear. Y ese pelo que tiene es teñido.

—¿Sí?

A mi padre le sorprendió visiblemente esta afirmación.

—Ah, los hombres. ¿Creías que ese color era natural?

—Nunca me he parado a pensarlo.

Papá estuvo callado un rato. Mi madre le hizo compañía, lo cual no era nada propio de ella, y por último dijo:

—¿Y ahora que lo has hecho?

—¿Que he hecho qué?

—Que lo has pensado. Lo del pelo de Royce.

—Oh. No, estaba pensando en otra cosa.

—¿Y vas a compartir tus pensamientos con el resto de la especie humana?

—Me estaba preguntando cuántas *us* hay en el Scrabble.

—Hombres —contestó mi madre—. Sólo hay una *a* y una *e*, botarate.

Mi padre sonrió al oír esto. ¿Ven cómo se llevaban?

Pregunté a mi padre qué tal iba el coche. Él tenía entonces setenta y ocho años, y yo no sabía cuánto tiempo más le permitirían conducir.

—El motor carbura bien. La carrocería deja que desear. La chapa se está oxidando.

—¿Y cómo estás tú, papá?

Procuré evitar la pregunta directa, pero algo falló.

—El motor carbura bien. La carrocería deja que desear. La chapa se está oxidando.

Ahora está acostado, a veces con su pijama de rayas verdes, más a menudo con otro que no es de su talla, heredado de alguien..., alguien muerto, quizá. Me guiña un ojo, como siempre hizo, y llama a la gente «querido, querida». Dice: «Mi mujer, ya ve. Muchos años felices.»

Mi madre hablaba prácticamente de las «cuatro últimas cosas». Es decir, las cuatro últimas de la vida moderna: hacer testamento, planificar la vejez, encarar la muerte y no poder creer en una vida ulterior. A mi padre le convencieron por fin de que testase cuando tenía más de sesenta años. Nunca hablaba de la muerte, al menos que yo lo oyera. En cuanto al más allá: en las contadas ocasiones en que entramos en una iglesia como una familia (y sólo para una boda, un bautizo o un entierro), se arrodillaba un momento y se apretaba la frente con los dedos. ¿Rezaba, era un equivalente laico o una costumbre residual de la infancia? ¿Quizá denotaba cortesía o una mente liberal? La actitud de mi madre hacia los misterios del espíritu era menos ambigua. «Paparruchas.» «Supercherías.» «Que a mí no me hagan nada de eso, ¿entendido, Chris?» «Sí, mamá.»

Lo que yo me pregunto es: por detrás de la reticencia de mi padre y de sus guiños,

detrás de la jocosa pleitesía que rendía a mi madre, detrás de sus evasivas —o, si se prefiere, buenos modales— con respecto a las cuatro últimas cosas, ¿había pánico y terror mortal? ¿O es una pregunta estúpida? ¿Hay alguien que no sienta un terror mortal?

Después de muerto Jim Royce, Elsie trató de continuar las relaciones con mis padres. Les invitaba a tomar el té o jerez, a contemplar el jardín: pero mi madre siempre la rechazaba.

—La aguantamos sólo porque él nos gustaba —decía.

—Oh, es agradable —contestaba mi padre—. No tiene malicia.

—Tampoco tiene malicia una bolsa de turba. Eso no quiere decir que tengas que ir a tomar una copa de jerez con ella. Al fin y al cabo, ya ha conseguido lo que quería.

—¿Qué quería?

—La pensión de Jim. Ahora estará desahogada. Aquí no hacen falta tontos que nos ayuden a matar el tiempo.

—A Jim le habría gustado que mantuviéramos el contacto.

—Jim ya se ha librado de ella. Tendrías que haber visto la cara que ponía cuando empezaba a parlotear. Se oía cómo le divagaba el pensamiento.

—Creí que se tenían mucho afecto.

—Ya veo tu poder de observación.

Mi padre me dirigió un guiño.

—¿Por qué guiñas un ojo?

—¿Yo? ¿Guiñar un ojo? ¿Haría yo semejante cosa?

Mi padre giró la cabeza otros diez grados y volvió a lanzarme un guiño.

Lo que estoy intentando expresar es lo siguiente: parte de la conducta de mi padre consistía en negar su conducta. ¿Tiene sentido eso?

El descubrimiento se hizo al día siguiente. Fue una cuestión de bulbos. Un amigo de un pueblo vecino se ofreció a regalar un excedente de narcisos. Mi madre dijo que mi padre los recogería en el trayecto de vuelta de la British Legion. Telefoneó al club y pidió que le pusieran con mi padre. El secretario dijo que no estaba. Cuando alguien da a mi madre una respuesta que ella no se espera, tiende a atribuirlo a la estupidez de su interlocutor.

—Está jugando al billar —dijo ella.

—No, no está.

—No diga bobadas —dijo mi madre, y me imagino su tono perfectamente—. Juega al billar todos los miércoles por la tarde.

—Señora —fue lo que ella oyó a continuación—. He sido secretario de este club

durante los últimos veinte años, y en todo este tiempo no se ha jugado al billar ni un solo miércoles por la tarde. Los lunes, martes y viernes sí. Los miércoles no. ¿Me ha entendido bien?

Mi madre tenía ochenta años cuando mantuvo esta conversación y mi padre ochenta y uno.

—Ven a intentar que razone un poco. Tu padre chochea. Me gustaría estrangularla, a la muy perra.

Y allí estaba yo de nuevo. Otra vez yo, como antes, no mi hermana. Pero esta vez no se trataba de testamentos, poderes notariales o residencias de ancianos.

Mi madre se hallaba en ese estado de alta energía nerviosa que deparan las crisis: una mezcla de burbujeo inquieto y de extenuación subyacente, cada uno de los cuales alimenta al otro.

—No atiende a razones. No escucha nada. Voy a podar los groselleros.

Mi padre se levantó rápidamente de su silla. Nos estrechamos la mano, como siempre hacíamos.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Tu madre no atiende a razones.

—No soy la voz de la razón —dije—. Así que no esperes demasiado.

—No espero nada. Sólo me alegro de verte.

Me alarmó tan rara expresión de placer directo por parte de mi padre. Me alarmó asimismo la postura erguida en que estaba sentado; normalmente adoptaba una posición oblicua o torcida, como sus ojos y su pensamiento.

—Tu madre y yo vamos a separarnos. Me voy a vivir con Elsie. Repartiremos los muebles y dividiremos el saldo bancario. Ella se quedará a vivir en esta casa, que debo confesarte que nunca me ha gustado mucho, todo el tiempo que quiera. Por supuesto que la mitad de la casa es mía, y si quiere mudarse tendrá que encontrar un sitio más pequeño. Podría quedarse con el coche si supiera conducir, pero dudo de que sea una alternativa viable.

—Papá, ¿desde cuándo dura esto?

Me miró sin pestañear ni sonrojarse, y movió la cabeza débilmente.

—Me temo que no es de tu incumbencia.

—Pues claro que lo es, papá. Soy tu hijo.

—Cierto. Quizá te estés preguntando si pienso hacer otro testamento. No tengo ese proyecto. No por el momento. Lo único que pasa es que me voy a vivir con Elsie. No voy a divorciarme de tu madre ni nada parecido. Sólo me voy a vivir con Elsie.

El modo en que pronunció este nombre me dio a entender que mi tarea —o, al menos, la tarea que me había encomendado mi madre— no tendría éxito. Mi padre pronunció el nombre sin un titubeo culpable ni un falso énfasis; «Elsie» sonó tan sólido como un cuerpo.

—¿Qué haría mamá sin ti?

—Arreglárselas sola.

No lo dijo con aspereza, sino sólo con una sequedad que evidenciaba que ya lo tenía todo planeado y que a los demás les bastaba pensar un poco en ello para estar de acuerdo.

—Que ella sea un gobierno de una sola persona.

Mi padre sólo me había escandalizado una vez: a través de la ventana le había visto retorcerle el pescuezo a un mirlo al que había atrapado en la jaula para frutas. También vi que estaba sudando. Luego ató el pájaro a la malla por las patas y lo dejó colgando cabeza abajo para disuadir a otros saqueadores.

Hablamos un poco más. O, mejor dicho, yo hablé y mi padre me escuchó como si yo fuese uno de esos chavales que van de puerta en puerta con una bolsa de deporte llena de trapos para el polvo, gamuzas y fundas para tablas de planchar, cuya adquisición, insinúa su perorata, les mantendrá alejados de una vida de delincuencia. Al final, supe cómo se sentían cuando yo les cerraba la puerta en las narices. Mi padre había escuchado educadamente mientras yo alababa los artículos de mi bolsa, pero no quería comprar nada. Por último, dije:

—Pero ¿lo pensarás, papá? ¿Le dedicarás un poco de tiempo?

—Si le dedico un poco de tiempo estaré muerto.

Siempre había habido una distancia cortés en nuestro trato desde que me hice adulto; quedaban cosas sin decir, pero prevalecía una igualdad amistosa. Ahora había un nuevo abismo entre nosotros. O quizá era el antiguo: mi padre había vuelto a ser un padre y estaba reafirmando su mayor conocimiento del mundo.

—Papá, no es de mi incumbencia, pero... ¿es físico?

Me miró con aquellos ojos claros, de un azul grisáceo, no con reproche, sino con serenidad. Si uno de los dos iba a sonrojarse, sería yo.

—No es asunto tuyo, Chris. Pero ya que lo preguntas, la respuesta es sí.

—¿Y...?

No pude seguir. Mi padre no era un amigo de mediana edad que farfulla sandeces; era mi progenitor de ochenta y un años, que al cabo de unos cincuenta años de matrimonio se marchaba de casa por una mujer que andaba por los sesenta y cinco. Yo tenía miedo hasta de formular las preguntas.

—Pero... ¿por qué ahora? O sea, si ha durado todos estos años...

—¿Qué años?

—Todos los que se supone que ibas a jugar al billar al club.

—Casi siempre iba al club, hijo. Decía que a jugar al billar para simplificar las cosas. A veces me quedaba sentado en el coche. Mirando al campo. No, Elsie es... reciente.

Más tarde, sequé los platos que fregó mi madre. Cuando me tendió la tapa de una

cacerola Pyrex, dijo:

—Espero que use ese chisme.

—¿Qué chisme?

—Ya sabes qué. Ese chisme. —Depositó la tapa y extendí la mano para recibir una sartén—. Viene en los periódicos. Rima con follón.

—Ah.

Una de las pistas más fáciles de los crucigramas.

—Dicen que en toda América los viejos andan triscando como conejos. —Procuré no imaginar a mi padre como un conejo—. Todos los hombres son unos majaderos, Chris, y en lo único que cambian es que se vuelven todavía más idiotas con cada año que pasa. Ojalá yo me las hubiera arreglado sola.

Más tarde, en el cuarto de baño, abrí la puerta con espejo de un armario esquinero y fisgué dentro. Crema para las hemorroides, champú para cabellos delicados, algodón, una pulsera de cobre contra la artritis que vendían por correo... No seas ridículo, pensé. No aquí, no ahora, no mi padre.

Al principio pensé: No es más que otro caso, otro hombre tentado por el ego, la novedad, el sexo. Lo de la edad hace que parezca distinto, pero en realidad no lo es. Es algo corriente, banal, pegajoso.

Después pensé: ¿Qué sabré yo? ¿Por qué presuponer que mis padres ya no practican —no practicaban— el sexo? Aún dormían en la misma cama hasta que ocurrió esto. ¿Qué sabré yo del sexo a esa edad? Lo cual planteaba la siguiente pregunta: ¿Qué es peor para mi madre: dejar la relación sexual a los sesenta y cinco, pongamos, y descubrir quince años más tarde que su marido se va con una mujer de la edad que ella tenía cuando renunció al sexo, o seguir manteniendo relaciones sexuales con su marido después de medio siglo para acabar descubriendo que él se lo monta por su cuenta?

Y después pensé: ¿Y si en realidad no se trata de sexo? ¿Me habría mostrado yo menos escrupuloso si mi padre me hubiera dicho: «No hijo, no es nada físico, es sólo que me he enamorado»? La pregunta que yo le había hecho, y que en aquel momento ya resultaba bastante peliaguda, era, en efecto, la más sencilla. ¿Por qué presuponer que el corazón se enfría al mismo tiempo que los genitales? ¿Porque queremos —necesitamos— ver la vejez como una época de serenidad? Ahora pienso que esto es una de las grandes conspiraciones de la juventud. No sólo de la juventud, sino también de la madurez, de cada año que pasa hasta el momento en que reconocemos que somos viejos. Y es una conspiración más amplia porque los viejos corroboran nuestra creencia. Sentados con una manta encima de las rodillas, asienten servilmente y están de acuerdo en que sus retozos ya han terminado. Sus movimientos se han vuelto más lentos y la sangre ha perdido espesor. Los ardores se han apagado; o al

menos se ha reservado una paletada de leña para la larga noche que se avecina. Salvo que mi padre se negaba a jugar este juego.

No les dije a mis padres que iba a ver a Elsie.

—¿Sí?

Estaba en la puerta de cristal decorada con juncos, cruzada de brazos por debajo del pecho, la cabeza alta y unas gafas absurdas destellando al sol. Llevaba el pelo del color de las hayas en otoño y advertí que era más ralo en la coronilla. Tenía las mejillas empolvadas, aunque no lo bastante para camuflar la ramificación producida por el derrame de algunos capilares.

—¿Podríamos hablar? Yo... Mis padres no saben que he venido.

Se volvió sin decir una palabra y, en pos de sus medias con costuras, recorrí un pasillo estrecho hasta el salón. Su bungalow tenía exactamente la misma distribución que el de mis padres: la cocina a la derecha, dos dormitorios a continuación, un trastero contiguo al cuarto de baño y el salón a la izquierda. Quizá los había edificado el mismo constructor. Quizá todos los bungalows se parecen mucho. No soy un experto.

Se sentó en una silla baja de cuero negro y encendió al instante un cigarrillo.

—Te advierto de que soy muy mayor para que me sermoneen.

Vestía una falda marrón y una blusa de color crema, y lucía un gran despliegue de pendientes en forma de conchas de caracol. Yo la había visto dos veces en mi vida y la había encontrado razonablemente aburrida. Ella, sin duda, pensaba lo mismo de mí. Me senté enfrente, rechacé un cigarrillo, procuré verla como una seductora, una destructora de hogares, el escándalo del pueblo, pero sólo vi a una mujer que rondaba los sesenta y cinco, regordeta, ligeramente nerviosa, más que levemente hostil. No era una seductora, ni tampoco una versión más joven de mi madre.

—No he venido a sermonearla. Supongo que intento comprender.

—¿Qué hay que comprender? Tu padre se viene a vivir conmigo. —Dio una calada irritada y luego se arrancó el cigarrillo de la boca—. Si no fuese un hombre tan decente ya estaría aquí ahora. Dijo que tenía que dejar que todos os hicierais a la idea.

—Llevan casados muchísimo tiempo —dije, en el tono más neutro que conseguí adoptar.

—Nadie abandona lo que todavía quiere —dijo Elsie, cortante. Dio otra calada rápida y miró el cigarrillo, desaprobándolo a medias. El cenicero estaba suspendido del brazo de la silla mediante una tira de cuero con pesas en cada extremo. Deseé que estuviera lleno de colillas turbiamente manchadas de pintura de labios escarlata. Quise ver uñas escarlatas en los dedos de los pies y de las manos. Pero no hubo suerte. En el tobillo izquierdo llevaba un calcetín de refuerzo. ¿Qué sabía yo de ella? Que había cuidado a sus padres, que había cuidado a Jim Royce y ahora tenía

intención —o eso suponía yo— de cuidar a mi padre. El salón contenía un gran número de violetas africanas plantadas en envases de yogur, una excesiva cantidad de almohadones rollizos, un par de animales disecados, un mueble bar junto a la tele, un montón de revistas de jardinería, varias fotos de familia agrupadas, un fuego eléctrico empotrado. Nada de esto habría sido extemporáneo en la casa de mis padres.

—Violetas africanas —dije.

—Gracias. —Parecía aguardar a que yo dijera algo que le diese pie para atacar. Guardé silencio y no se notó nada—. No debería pegarle, ¿verdad?

—¿Qué?

—No debería pegarle, ¿verdad? No, si quiere retenerle.

—No diga tonterías.

—Con una sartén. En un lado de la cabeza. Hace seis años, ¿no? Jim siempre lo había sospechado. Y algunas veces más, hace poco. Claro que ella ha aprendido la lección y no se ven las marcas. Le pega en la espalda. Demencia senil, si me lo preguntan. Deberían internarla.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Bueno, *ella* no.

Elsie me miró fijamente y encendió otro cigarrillo.

—Mi madre...

—Cree lo que quieras creer.

No intentaba congraciarse, desde luego. Pero ¿por qué tendría que hacerlo? Aquello no era una prueba de audición. Cuando me acompañaba a la puerta, automáticamente extendí la mano. La estrechó brevemente y dijo:

—Nadie abandona lo que todavía quiere.

Le dije a mi madre:

—Mamá, ¿alguna vez le has pegado a papá?

Ella rastreó al instante mi fuente.

—¿Es lo que dice esa perra? Puedes decirle que la veré en los tribunales. Tendrían que... cubrirla de brea y plumas, o lo que hagan.

Le dije a mi padre:

—Papá, puede que sea una pregunta estúpida, pero... ¿alguna vez te ha pegado mamá?

Sus ojos permanecieron claros y directos.

—Fue una caída, hijo.

Fui al dispensario y vi a una mujer dinámica, con una falda de peto que despedía un discreto hedor a altos principios. Había tomado posesión del puesto después de jubilarse el doctor Royce. Los historiales médicos eran confidenciales, por supuesto; si había sospechas de malos tratos se vería obligada a informar a los servicios

sociales, mi padre había declarado una caída hacía seis años, no hubo nada antes ni después que suscitara sospechas, ¿qué pruebas tenía yo?

—Algo que dijo alguien.

—Ya sabe cómo son los pueblos. O quizá no lo sepa. ¿Qué tipo de persona?

—Oh, alguien.

—¿Cree que su madre es la clase de mujer que maltrataría a su padre?

Maltrato, maltrato. ¿Por qué no decir que daría una paliza, una tunda, un sartenazo en un costado de la cabeza?

—No lo sé. ¿Cómo quiere que lo sepa?

¿Tiene uno que ver el nombre del fabricante estampado con todas las letras en la piel de mi padre?

—Evidentemente, depende del estado en que llega el paciente. A menos que un familiar formule sospechas. ¿Lo está haciendo usted?

No. No estoy denunciando a mi madre de ochenta años por presunta agresión a mi padre de ochenta y uno porque así lo afirma una mujer de más de sesenta que quizá se acueste o no con mi padre.

—No —dije.

—No conozco muy bien a sus padres —prosiguió la doctora—. Pero ¿son... —hizo una pausa para encontrar el eufemismo correcto—, son personas educadas?

—Sí —contesté—. Sí, a mi padre le educaron hace sesenta años..., más de sesenta..., y también a mi madre. Estoy seguro de que les resulta de provecho. —Todavía enfadado, añadí—: Por cierto, ¿alguna vez receta Viagra?

Me miró como si ya tuviese la certeza de que yo era un simple camorrista.

—Para eso tendrá que ver a su médico de cabecera.

Cuando volví al pueblo sentí una depresión súbita, como si yo fuera el que vivía allí y ya me hubiera cansado de aquella encrucijada con ínfulas, con su iglesia muerta, su atroz parada de autobús, sus bungalows tipo chalet y la tienda carísima que es útil para los productos básicos. Maniobré con mi coche sobre la franja de asfalto que es exagerado llamar camino de entrada y, al fondo del jardín, vi a mi padre trabajando en la jaula para frutas, encorvado y amarrando algo. Mi madre me estaba esperando.

—Joyce puñetera Royce, son tal para cual. Qué par de tarados. Por supuesto, esto me envenena la vida entera.

—Oh, vamos, mamá.

—No me digas «vamos», jovencito. No hasta que tengas mi edad. Entonces te habrás ganado el derecho. Me envenena la vida entera.

No consentía que la contradijesen; se estaba también reafirmando como madre.

Me serví una taza de té de la tetera junto al fregadero.

—Está pasado.

—Da igual.

Siguió un silencio oneroso. Una vez más, me sentí como un niño que busca aprobación o que, en todo caso, trata de evitar una censura.

—¿Te acuerdas de la Thor, mamá? —dije de pronto, sin saber por qué.

—¿De qué?

—De la Thor. De cómo se desplazaba por todo el suelo de la cocina. Tenía una mente autónoma. Y lo inundaba todo, ¿verdad?

—Diría que era la Hotpoint.

—No —me empeciné, extrañamente—. La Hotpoint la tuviste luego. De la que yo me acuerdo es de la Thor. Hacía mucho ruido y tenía unos tubos gordos, de color beige, para el agua.

—El té debe de estar imbebible —dijo mi madre—. Y, a propósito, mándame aquel mapa que te di. No, tíralo. Isla de Wight, botarate. Pamplinas. ¿Entendido?

—Sí, mamá.

—Lo que quiero, si me muero antes que tu padre, como espero, es que esparzas mis cenizas. En cualquier sitio. O que lo hagan los del crematorio. No estás obligado a recoger las cenizas, ya sabes.

—Me gustaría que no hablaras así.

—Tu padre me sobrevivirá. La puerta que chirría es la que dura más. Que la recepcionista se quede luego con sus cenizas.

—No hables así.

—Ponlas en la repisa de su chimenea.

—*Mira*, mamá, *si* eso ocurriese, es decir, si murieras antes que papá, ella no tendría ningún derecho. Nos corresponde a nosotros, a mí y a Karen. No quiero tener nada que ver con Elsie.

Mi madre se puso rígida al oír el nombre.

—Karen es una calamidad, ¿y no puedo contar contigo, hijo?

—Mamá...

—Visitarla a escondidas sin decirme nada. De tal palo tal astilla. Eres hijo de tu padre.

Según Elsie, mi madre les emponzoñó la vida con sus continuas llamadas por teléfono. «Mañana, mediodía y noche, sobre todo por la noche. Al final, lo desenchufamos.» Según Elsie, mi madre requería continuamente a mi padre para que hiciese chapuzas en casa. Utilizaba una serie de argumentos: 1) Como la mitad de la casa era de él, tenía el deber de conservarla en buen estado. 2) Él la había dejado sin dinero suficiente para llamar a un operario. 3) Era de suponer que él no pensaría que ella, a su edad, iba a subirse a una escalera. 4) Si no acudía de inmediato, ella iría a buscarle a casa de Elsie.

Según mi madre, mi padre se presentó en su puerta casi un momento después de haberse ido y se ofreció a reparar cosas, a cavar el jardín, limpiar las cañerías, comprobar el nivel del depósito de gasoil, cualquier arreglo. Según mi madre, mi padre se quejaba de que Elsie le trataba como a un perro, no le dejaba ir al club de la British Legion, le había comprado un par de zapatillas que él aborrecía especialmente y quería que cortase todo contacto con sus hijos. Según mi madre, mi padre no paraba de suplicarle que le readmitiera, a lo cual ella contestaba: «Con tu pan te lo comas», aunque de hecho sólo pretendía que él sufriera un poco más. Según mi madre, a mi padre no le gustaba la desidia con que Elsie le planchaba las camisas, ni que toda su ropa oliese ahora a humo de tabaco.

Según Elsie, mi madre armó tal jaleo por el hecho de que, como la puerta de atrás se había alabeado y el cerrojo sólo entraba hasta la mitad, un ladrón pudiese colarse en un periquete y violarla y asesinarla mientras ella dormía, que mi padre accedió de mala gana a acudir a su llamada. Según Elsie, mi padre juró que aquella era la última vez que iba, y que si fuera por él toda la puñetera casa podía arder hasta los cimientos, de preferencia con mi madre dentro, antes que dejarse convencer de que volviera a pisarla. Según Elsie, fue mientras mi padre estaba trabajando en la puerta trasera cuando mi madre le asestó un golpe en la cabeza con un instrumento desconocido y le dejó allí tendido, con la esperanza de que se muriese, y sólo llamó a la ambulancia varias horas más tarde.

Según mi madre, mi padre no paraba de importunarla para que arreglase aquella puerta, y le dijo que no le hacía gracia la idea de que ella pasara las noches sola, y que todo el asunto quedaría resuelto si ella le permitía regresar. Según mi madre, mi padre se presentó de improviso una tarde con su caja de herramientas. Se sentaron a hablar un par de horas de los viejos tiempos y de los hijos, y hasta sacaron fotos que les humedecieron los ojos. Ella le dijo que se pensaría lo de readmitirle, pero no hasta que hubiese arreglado la puerta, si es que había ido para eso. Él salió con las herramientas, ella retiró las cosas del té y luego se sentó a mirar algunas fotografías más. Al cabo de un rato, cayó en la cuenta de que no había oído golpes procedentes del trastero. Mi padre yacía de costado, haciendo un ruido como de borboteo; debió de sufrir otra caída y golpearse la cabeza contra el suelo, que por supuesto allí es de cemento. Ella llamó a la ambulancia —Dios, lo que tardaron— y le puso un almohadón debajo de la cabeza, mira, este de aquí, todavía se ve la sangre.

Según la policía, la señora Elsie Royce presentó una denuncia diciendo que la señora Dorothy Mary Bishop había agredido al señor Stanley George Bishop con intención de matarle. Ellos habían investigado el asunto a conciencia y decidieron desestimar la denuncia. Según la policía, la señora Bishop se quejó de que la señora Royce iba por los pueblos de las cercanías acusándola de ser una asesina. La policía tuvo una charla reposada con la señora Royce. Las cuestiones domésticas siempre

constituyen un problema, sobre todo las cuestiones domésticas ampliadas, como podría llamarse a aquel caso.

Mi padre lleva dos meses ingresado en el hospital. Recobró el conocimiento al cabo de tres días, pero desde entonces no ha progresado mucho. Cuando le ingresaron, el médico me dijo: «Me temo que a estas edades suele ser bastante rápido.» Ahora, otro médico con más tacto me ha explicado que: «Sería un error concebir muchas esperanzas.» Mi padre tiene paralizado el lado izquierdo, padece una grave pérdida de memoria y tiene afectada la facultad del habla, no puede alimentarse él solo y en gran medida sufre incontinencia. Tiene la mitad izquierda de la cara torcida como la corteza de un árbol, pero conserva los ojos tan claros y de ese azul grisáceo de siempre, y tiene siempre el pelo blanco limpio y bien peinado. No sé cuánto entiende de lo que le digo. Hay una frase que enuncia bien, pero por lo demás habla poco. Sus vocales están distorsionadas, salen retorcidas de su boca escorada, y sus ojos expresan la vergüenza que le inspira la mala articulación. Por lo general, prefiere guardar silencio.

Mi madre le visita los lunes, miércoles, viernes y domingos, haciendo uso de su derecho conyugal a cuatro días de siete, le lleva uvas y los periódicos del día anterior, y cuando él babea por la comisura izquierda de la boca, ella saca un pañuelo de papel de la caja que hay en la mesilla y le limpia la saliva. Si hay una nota de Elsie en la mesa la rompe en pedazos mientras él hace como que no se entera. Ella le habla de los tiempos que han pasado juntos, de los hijos y de recuerdos comunes. Cuando se va, él la sigue con los ojos y dice, con toda claridad, a cualquiera que le escuche: «Mi mujer, ya ve. Muchos años felices.»

Elsie visita a mi padre los martes, jueves y sábados. Le lleva flores y dulce de leche casero, y cuando él babea ella saca del bolsillo un pañuelo blanco con un ribete de encaje y la inicial E bordada en rojo. Le limpia la cara con evidente ternura. Se ha acostumbrado a llevar, en el tercer dedo de la mano derecha, un anillo similar al que todavía luce en la mano izquierda en recuerdo de Jim Royce. Le habla a mi padre del futuro, de que va a reponerse y de la vida que harán juntos. Cuando se marcha, él la sigue con los ojos y dice, con toda claridad, a cualquiera que le escuche: «Mi mujer, ya ve. Muchos años felices.»

El silencio

Al menos hay un sentimiento en mí que se intensifica con cada año que pasa: un ansia de ver a las grullas. En esta época del año observo el cielo desde la colina. Hoy no han venido. Sólo había gansos silvestres. Los gansos serían bellos si no existieran las grullas.

Un joven periodista me ayudó a pasar el tiempo. Hablamos de Homero. Hablamos de jazz. Él ignoraba que mi música había sido utilizada en *El cantante de jazz*. A veces, la ignorancia de los jóvenes me emociona. Es una especie de silencio.

Taimadamente, al cabo de dos horas, preguntó sobre composiciones nuevas. Sonreí. Me preguntó por la octava sinfonía. Comparé la música con las alas de una mariposa. Él dijo que los críticos se habían quejado de que yo estaba «acabado». Sonreí. Dijo que algunos —él no, por supuesto— me habían acusado de eludir mis deberes siendo beneficiario de una pensión del gobierno. Preguntó cuándo terminaría exactamente mi nueva sinfonía. Ya no sonreí. «Es usted quien me impide terminarla», contesté, y toqué la campanilla para que le mostraran la salida.

Quise decirle que cuando era un joven compositor había compuesto una pieza para dos clarinetes y dos fagots. Ello constituía un acto de considerable optimismo por mi parte, ya que en aquella época sólo había dos fagotistas en el país, y uno de ellos era tísico.

Los jóvenes progresan. ¡Mis enemigos naturales! Quieres ser para ellos una figura paternal y les importa un comino. Quizá con razón.

Naturalmente, el artista es un incomprendido. Es normal, y te acostumbras al cabo de un tiempo. Yo sólo repito, e insisto en ello: que me incomprendan correctamente.

Una carta de K. desde París. Le preocupa la indicación del tempo. Necesita que se lo confirme. Tiene que tener un metrónomo que indique el *allegro*. Quiere saber si el *doppo più lento* en la letra K del segundo movimiento se aplica únicamente a tres compases. Le respondo, maestro K., que no quiero oponerme a sus intenciones. Al fin y al cabo —perdóneme si parezco muy seguro en mí mismo—, hay más de una manera de expresar la verdad.

Recuerdo mi conversación con N. sobre Beethoven. N. opinaba que cuando las ruedas del tiempo den una vuelta más, las mejores sinfonías de Mozart seguirán estando ahí, mientras que las de Beethoven se habrán quedado a mitad de camino.

Esto ilustra las típicas divergencias entre nosotros dos. No siento lo mismo por N. que por Busoni y Stenhammar.

Me han dicho que Stravinski considera que tengo un pobre conocimiento del oficio. ¡Lo tomo como el mayor cumplido que me han hecho en toda mi larga vida! Stravinski es uno de esos compositores que oscilan entre Bach y las modas más modernas. Pero la técnica musical no se aprende en las pizarras y caballetes de la escuela. En este sentido, el señor I. S. es el primero de la clase. Pero cuando comparas mis sinfonías con sus afectaciones abortadas...

Un crítico francés que quería denostar mi tercera sinfonía citó a Gounod: «Sólo Dios compone en do mayor.»

Precisamente. Mahler y yo hablamos una de vez de composición. Para él, una sinfonía tiene que ser como el mundo y contenerlo todo. Le contesté que la esencia de la sinfonía es la forma; son la severidad del estilo y la lógica profunda las que crean las conexiones internas entre motivos.

Cuando la música es literatura, es mala literatura. La música comienza donde las palabras acaban. ¿Qué ocurre cuando la música cesa? El silencio. Todas las demás artes aspiran a la condición de la música. ¿A qué aspira la música? Al silencio. En ese caso he triunfado. Ahora soy tan famoso por mi largo silencio como lo he sido por mi música.

Por supuesto, aún podría componer bagatelas. Un *intermezzo* de cumpleaños para la nueva esposa del primo S., cuyo manejo de los pedales no es tan diestro como ella se figura. Podría responder a la llamada del Estado, a las peticiones de una docena de pueblos con una bandera que colgar. Pero sería una fatuidad. Mi trayectoria casi ha concluido. Hasta mis enemigos, que detestan mi música, reconocen que posee su lógica. En última instancia, la lógica de la música conduce al silencio.

A. posee la entereza de que yo carezco. No por nada es hija de un general. Otros me ven como a un hombre famoso con una mujer y cinco hijas, el gallo del corral. Dicen que A. se ha sacrificado en el altar de mi vida. Pero yo he sacrificado mi vida en el altar del arte. Soy un compositor muy bueno, pero como ser humano..., ejem, eso es otro cantar. Sin embargo, la he amado y hemos compartido cierta felicidad. Cuando la

conocí era para mí la sirena de Josephsson, que resguarda a su caballero entre las violetas. Sólo que las cosas se complican. Los demonios se manifiestan. Mi hermana en el hospital mental. Alcohol. Neurosis. Melancolía.

¡Ánimo! La muerte está a la vuelta de la esquina.

Otto Andersson ha rastreado mi árbol genealógico tan concienzudamente que me pone enfermo.

Algunos me tachan de tirano porque mis cinco hijas tenían prohibido cantar o tocar en casa. Nada de chirridos alegres de un violín incompetente, nada de flautas inquietas que se quedan sin aliento. ¿Cómo?... ¿Nada de música en la casa de un gran compositor? Pero A. lo comprende. Comprende que la música debe venir del silencio. Nacer del silencio y retornar a él.

A., por su parte, también actúa en silencio. Dios sabe que se me pueden reprochar muchas cosas. Nunca he pretendido ser uno de esos maridos cuyas alabanzas cantan en las iglesias. Después de Goteburgo, ella me escribió una carta que llevaré conmigo hasta que se implante en mi cuerpo el rigor mortis. Pero los días normales no me reprende. Y, a diferencia de todas las demás personas, nunca me pregunta cuándo estará lista mi octava sinfonía. Se limita a actuar a mi alrededor. Compongo de noche. No, de noche me siento a mi escritorio con una botella de whisky y trato de trabajar. Más tarde despierto con la cabeza sobre la partitura y aferrando el vacío con la mano. A. se ha llevado el whisky mientras yo dormía. No hablamos de eso.

El alcohol, al que una vez renuncié, es ahora mi más fiel compañero. ¡Y el más comprensivo!

Salgo a cenar solo y reflexiono sobre la mortalidad. O voy al Kämp, a la Societethuset, al König para hablar de este tema con otros. El extraño asunto de *Man lebt nur einmal*. Me sumo a la mesa limón en el Kamp. Allí está permitido —de hecho, es obligatorio— hablar de la muerte. Es de lo más cordial. A. no lo aprueba.

Para los chinos, el limón es el símbolo de la muerte. Ese poema de Anna Maria Lengren: «Enterrado con un limón en la mano.» Exacto. A. intentaría prohibirlo, alegando que es morboso. Pero ¿a quién, sino a un cadáver, se le consiente ser morboso?

Oigo a las grullas hoy, pero no las veo. Las nubes estaban demasiado bajas. Pero mientras estaba en aquella colina oí que venía hacia mí desde arriba el grito a pleno pulmón que emiten cuando vuelan hacia el sur para pasar el verano. Invisibles, eran aún más bellas, más misteriosas. Una vez más, me lo enseñan todo sobre la sonoridad. Su música, mi música, la música. Es lo que es. Estás en una colina y desde el otro lado de las nubes oyes sonidos que te traspasan el corazón. La música — incluso la mía— siempre se dirige hacia el sur, invisible.

Hoy en día, cuando mis amigos me abandonan, ya no sé si lo hacen a causa de mi éxito o de mi fracaso. Así es la vejez.

Quizá yo sea un hombre difícil, aunque no tanto. Toda mi vida, cuando he desaparecido, han sabido dónde encontrarme: en el mejor restaurante que sirve ostras y champán.

Cuando visité Estados Unidos, se sorprendieron de que no me hubiera afeitado ni una sola vez en mi vida. Reaccionaron como si fuese una especie de aristócrata. Pero no lo soy ni pretendo serlo. No soy más que un hombre que ha decidido no perder el tiempo afeitándose. Que me afeiten otros.

No, eso no es cierto. Soy un hombre difícil, como mi padre y mi abuelo. Mi caso lo agrava el hecho de que soy un artista. También lo agrava mi compañero más fiel y comprensivo. Pocos son los días a los que puedo adjuntar la nota *sine alc*. Es duro escribir música cuando te tiemblan las manos. Es penoso dirigir. En muchos sentidos, la vida de A. conmigo ha sido un martirio. Lo reconozco.

Goteburgo. Desaparecí antes del concierto. No me encontraron en el lugar de costumbre. A. tenía los nervios deshechos. Fue a la sala, sin embargo, con un soplo de esperanza. Para su sorpresa, hice mi entrada a la hora prevista, saludé con una reverencia y levanté la batuta. Ella me dijo que tras unos compases de la obertura me interrumpí, como si fuera un ensayo. El público se quedó perplejo, y no digamos la orquesta. Luego marqué un compás débil y volví a empezar por el principio. Ella me aseguró que lo siguiente fue el caos. El auditorio estaba entusiasmado, la crítica posterior se mostró respetuosa. Pero creo a A. Después del concierto, cuando estaba entre amigos fuera de la sala, saqué del bolsillo una botella de whisky y la estrellé contra los escalones. No recuerdo nada de esto.

Cuando volvimos a casa y yo estaba tomando tranquilamente mi café de la mañana, ella me entregó una carta. Al cabo de treinta años de matrimonio me escribía en mi propia casa. Sus palabras me han acompañado desde entonces. Me decía que

era un inepto y un alfeñique que se refugiaba de sus problemas en el alcohol; que estaba profundamente equivocado si me figuraba que la bebida me ayudaría a crear nuevas obras maestras. En todo caso, ella no volvería a exponerse a la indignidad pública de verme dirigir en estado de embriaguez.

No le respondí palabra, ni verbal ni escrita. Procuré responderle por medio de actos. Ella fue fiel a su carta y no me acompañó a Estocolmo, a Copenhague ni a Malmö. Llevo encima su carta en todo momento. He escrito en el sobre el nombre de nuestra hija mayor, para que sepa, después de mi muerte, lo que se dice en ella.

¡Qué horrible es la vejez para un compositor! Las cosas no van tan rápido como iban, y la autocrítica cobra proporciones inmensas. Los demás sólo ven la fama, el aplauso, las cenas oficiales, la pensión del Estado, una familia entregada, admiradores al otro lado del océano. Observan que los zapatos y camisas me los hacen a medida en Berlín. El día en que cumplí ochenta años pusieron mi efigie en un sello de correos. El *Homo diurnalis* respeta estos boatos del éxito.

Pero yo considero al *Homo diurnalis* la forma más vil de vida humana.

Recuerdo el día en que sepultaron en la fría tierra a mi amigo Toivo Kuula. Unos soldados Jäger le dispararon en la cabeza y murió unas semanas después. En el entierro reflexioné sobre la infinita desdicha del destino del artista. Tanto trabajo, talento y valentía para que luego te olviden: es la suerte del artista. Mi amigo Lagerborg defiende las teorías de Freud, según el cual el artista utiliza el arte como una vía de escape de la neurosis. La creatividad ofrece una compensación por la ineptitud del artista para vivir plenamente la vida. Bueno, no es sino un desarrollo de la opinión de Wagner. Wagner sostenía que si gozásemos la vida a fondo no necesitaríamos el arte. A mi entender, lo entienden al revés. No niego, por supuesto, que el artista tiene muchos aspectos neuróticos. ¿Cómo podría negarlo alguien como yo, precisamente? Sin duda soy un neurótico y con frecuencia infeliz, pero esto es en gran medida consecuencia de ser un artista, y no la causa. Cuando aspiramos tan alto y tan a menudo volamos tan bajo, ¿cómo no va a producir neurosis? No somos revisores de tranvía que sólo buscan agujerear billetes y anunciar bien las paradas. Además, mi réplica a Wagner es sencilla: ¿cómo una vida plena puede no incluir uno de sus placeres más nobles, como es la apreciación del arte?

Las teorías de Freud no abarcan la posibilidad de que el conflicto del compositor de sinfonías —que consiste en descubrir y después expresar leyes para que el movimiento de las notas sea aplicable a todos los momentos— sea un logro bastante superior al de morir por el rey y la patria. Muchos pueden hacer esto, y muchos más pueden plantar patatas, perforar billetes y otras cosas de similar utilidad.

¡Wagner! Sus dioses y héroes me han puesto la carne de gallina durante cincuenta años.

En Alemania me llevaron a escuchar una música nueva. Dije: «Estáis confeccionando cócteles de todos los colores. Y aquí vengo yo con agua pura y fría.» Mi música es hielo derretido. En su movimiento se detectan sus comienzos helados, en sus sonoridades se rastrea su silencio inicial.

Me preguntaron qué país extranjero había mostrado una mayor comprensión de mi obra. Contesté que Inglaterra. Es un país sin chovinismo. En una de mis visitas me reconoció el funcionario de inmigración. Conocí a Vaughan Williams; hablamos en francés, nuestra lengua común, aparte de la música. Después de un concierto pronuncié unas palabras. Dije que tenía allí muchos amigos y esperaba, naturalmente, que también enemigos. En Bournemouth, un estudiante de música me presentó sus respetos y dijo, con toda simplicidad, que no podía costearse el lujo de ir a Londres a escuchar mi cuarta sinfonía. Me metí la mano en el bolsillo y le dije: «Le daré *ein Pfund Sterling*.»

Mi orquestación es mejor que la de Beethoven, y también mis temas. Pero él nació en un país vinícola, yo en uno donde la leche cortada lleva la batuta. Un talento como el mío, por no decir genio, no se puede alimentar con cuajada.

Durante la guerra, el arquitecto Nordman me envió un paquete con la forma de un estuche de violín. Lo era, en efecto, pero dentro había una pata de cordero ahumado. Compuse *Fridolin's Folly* para expresarle mi gratitud y se la envié a Nordman. Sabía que él era un cantante *a cappella* muy bueno. Le agradecí *le délicieux violon*. Más tarde, alguien me envió una caja de lampreas. Contesté con una pieza coral. Me dije a mí mismo que aquello era un desbarajuste. Cuando los artistas tenían mecenas producían música, y los sustentaban mientras la siguieran produciendo. Ahora me envían comida y respondo creando música. Es un sistema más aleatorio.

Diktonius llamó a mi cuarta una «sinfonía de pan de corteza», aludiendo a la antigua época en que los pobres adulteraban la harina con corteza molida muy fina. Las hogazas resultantes no eran de máxima calidad, pero la inanición se mantenía a raya. Kalisch dijo que la cuarta expresaba una visión sombría y desagradable de la

vida en general.

Cuando era joven me dolían las críticas. Ahora, cuando estoy melancólico, releo las palabras ingratas que se escribieron sobre mi obra y me siento inmensamente animado. Digo a mis colegas. «Recordad siempre que no hay una sola ciudad en el mundo que haya erigido una estatua a un crítico.»

En mi funeral tocarán el movimiento lento de la cuarta. Y deseo que me entierren con un limón en la mano que escribió esas notas.

No, A. retiraría el limón de mi mano muerta como retira la botella de whisky de la viva. Pero no contravendrá mis instrucciones sobre la «sinfonía de pan de corteza».

¡Ánimo! La muerte está a la vuelta de la esquina.

Mi octava es la única por la que preguntan. ¿Cuándo estará terminada, maestro? ¿Cuándo podremos publicarla? ¿Quizá sólo el movimiento de obertura? ¿Se la ofrecerá a K. para que la dirija? ¿Por qué le ha costado tanto tiempo? ¿Por qué el ganso ha dejado de ponernos huevos de oro?

Caballeros, puede que haya una sinfonía nueva o puede que no. Me ha llevado diez, veinte, casi treinta años. Quizá tarde más de treinta. Quizá no haya nada ni siquiera al final de esos treinta años. Quizá acabe en el fuego. Fuego y después silencio. Así termina todo, en definitiva. Pero incompréndanme correctamente, caballeros. No elijo el silencio. El silencio me elige a mí.

El santo de A. Quiere que vaya a recoger setas. Las morillas maduran en los bosques. Bueno, no es mi fuerte. Sin embargo, a fuerza de trabajo, talento y valentía, encontré una sola. La recogí, me la acerqué a la nariz, la olí y la deposité con reverencia en la pequeña cesta de A. Luego me sacudí de los puños las agujas de pino y, cumplido mi deber, volví a casa. Más tarde tocamos dúos. *Sine alc.*

Un gran *auto de fe* de manuscritos. Los he recogido en una canasta de la colada y en presencia de A. los he quemado en la chimenea del comedor. Al cabo de un rato ella no lo ha podido soportar y se ha ido. Yo he continuado mi buena obra. Al final me he sentido más sosegado y ligero. Ha sido un día feliz.

Las cosas no van tan rápido como iban... Cierto. Pero ¿por qué tenemos que esperar que el movimiento final de la vida sea un *rondo allegro*? ¿Cuál es la mejor manera de

indicarlo? ¿*Maestoso*? Pocos tienen tanta suerte. *Largo*..., todavía un poco demasiado digno. *Largamente e appassionato*? Un movimiento final podría empezar así..., mi quinta lo hacía. Pero la vida no desemboca en un *allegro molto* en que el director despelleja a la orquesta para que toque más aprisa y más alto. No, para su movimiento final la vida tiene a un borracho en el estrado, a un viejo que no reconoce su propia música y que no sabe distinguir un ensayo de un concierto. ¿Poner *tempo buffo*? No, ya lo he hecho. Indicar simplemente que es un *sostenuto*, y que sea el director quien decida. Al fin y al cabo, hay más de una manera de expresar la verdad.

Hoy he salido a dar mi habitual paseo matutino. He subido a la colina orientada al norte. «¡Pájaros de mi juventud!», le grito al cielo. «¡Pájaros de mi juventud!»
Aguardo. Había nubes gruesas, pero por una vez las grullas volaban por debajo. Cuando se acercaban, una se ha separado de la bandada y ha volado directamente hacia mí. He levantado las manos para aclamarla mientras ella trazaba un círculo a mi alrededor, lanzaba su graznido a los cuatro vientos y volvía a reunirse con la bandada para el largo viaje al sur. La he observado hasta que los ojos se me han puesto borrosos, he escuchado hasta que mis oídos no captaban nada más y el silencio ha vuelto.

He vuelto a casa caminando despacio. Me he parado en la puerta, pidiendo un limón.



JULIAN BARNES nació en Leicester, Inglaterra, in 1946, Estudió en Oxford, y vive actualmente en Londres. Es autor además de una decena de novelas, entre ellas *El loro de Flaubert* (1994), *Una historia del mundo en 10 capítulos y medio* (1989), *El puercoespín* (1992), *Inglaterra, Inglaterra* (1998), *Amor, etcétera* (2000), *Arthur & George* (2005) y más recientemente *El sentido de un final* (ganador del premio Booker 2011).

Notas

[1] ¿Quién vigila a los vigilantes? (*N. del T.*) ↩ <<